

— PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA —

FORUM.COM



Una historia de esperanza



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación



Número 224 - 24 de NOVIEMBRE de 2025

ÍNDICE

Este número	3
Una historia de esperanza	
Retiro	4
Celebrar 150 años de Misión ad Gentes	
Formación	14
El amor en la vida religiosa	
Comunicación	27
La adolescencia en serie	
Carisma	41
Los sueños misioneros de Don Bosco	
Pastoral	62
La esperanza en tiempos de crisis	
Jubileo	69
Pier Giorgio Frassati, un joven laico	
La Solana	80
¿Largo amanecer o atardecer de la vida religiosa en Europa?	
Por tu Palabra	88
Bienaventurados los pobres, porque suyo es el reino de Dios	
El anaquel	93
'Dilexi te', Francisco y León XIV	
Una estrella en mi ventana	104
Jugando en el tobogán de la vida	

FORUM.COM – PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Una historia de esperanza

Tras las celebraciones del 150 aniversario de la primera expedición misionera –algunos de cuyos materiales específicos se cuelan en este nuevo número de **FORUM.COM**–, nos vamos acercando al final del año litúrgico. Precisamente al final de esta semana comenzaremos con el Adviento un nuevo tiempo de esperanza. Y en este 2025 el mensaje nos llega por partida doble al situarnos en el horizonte del final del Jubileo que ha estado centrado en esta virtud teologal.

“En esta noche, la puerta de la esperanza se ha abierto de par en par al mundo; en esta noche, Dios dice a cada uno: ¡también hay esperanza para ti! Hay esperanza para cada uno de nosotros. Pero no se olviden, hermanas y hermanos, que Dios perdona todo, Dios perdona siempre. No se olviden de esto, que es un modo de entender la esperanza en el Señor”. Estas eran las palabras del papa Francisco hace ahora casi un año cuando en la Misa de Nochebuena abría la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro en el Vaticano. Una llamada a la conversión esperanzada nos ofrecía el pontífice que unos meses después colmaría sus anhelos descansando en Dios.

“¡También hay esperanza para ti!” puede ser de nuevo el mensaje del adviento para cada uno de nosotros, en nuestras historias vitales, en nuestra misión, en nuestra entrega. Ojalá que en este nuevo año litúrgico nuestra historia sea historia de salvación por la esperanza que deja en el corazón de quienes salen a nuestro encuentro.

¡Feliz Adviento! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

Celebrar 150 años de Misión ad Gentes

Recordar el pasado y proyectar el futuro

Jesús Graciliano González, SDB

1. Oración inicial

D.: Padre nuestro,

T.: Jesucristo, tu Hijo Unigénito,
resucitado de entre los muertos,
dejó a sus discípulos el mandato
“Id y haced discípulos a todas las gentes”.
Tú nos recuerdas
que, a través de nuestro bautismo,
somos hijos tuyos, responsables de la misión de la Iglesia.

T.: Por los dones de tu Santo Espíritu,
concédenos la gracia de ser testigos de tu evangelio,
valientes y tenaces,
para la misión que nos encomendaste
y que aún está lejos de ser completada.
Que tu Espíritu nos llene de ardor apostólico,
que nos haga descubrirnos enviados tuyos
y encontrar manifestaciones nuevas y eficaces de evangelización.

T.: Te adoramos con gratitud filial,
porque tu Espíritu nos acompaña con la gracia
en la vivencia diaria de nuestra vocación salesiana,
que caracteriza nuestra misión eclesial
con el don de predilección por los jóvenes
sobre todo, los que no te aún no te conocen.
Ayúdanos a hacer que todos los pueblos

puedan experimentar el amor salvífico
y la gran misericordia de Jesucristo.

D.: Fortalece con el fuego de tu Espíritu
a todos los misioneros salesianos,
que en tu nombre, y con tu mandato,
anuncian la buena nueva del Reino.
María, Madre de la Iglesia
y estrella de la evangelización,
acompañanos y concédenos
el don de la perseverancia
en nuestro compromiso misionero

2. Reflexión¹

El día 11 de este mes de noviembre se cumple el 150 aniversario del comienzo de la actividad misionera de los Salesianos con la primera expedición misionera enviada por San Juan Bosco a las misiones de la Patagonia y la Tierra del Fuego. Este hecho marcó un punto de inflexión en la historia de la Congregación salesiana.

Celebrar los 150 años del inicio de las misiones salesianas muestra que la Congregación Salesiana tiene una historia misionera relativamente corta, si la comparamos con la larga historia de otras ilustres órdenes y congregaciones religiosas. A su lado, nuestra aportación no es más que un grano de arena a la grande y maravillosa historia misionera de la Iglesia.

Entonces, ¿por qué es tan importante esta primera expedición misionera para la Congregación salesiana? Formulada la pregunta desde la situación de hoy, tiene una respuesta obvia: porque la Congregación Salesiana es una de las congregaciones misioneras más importantes de la Iglesia. Ya centenaria, la aportación salesiana a la Iglesia universal no deja de llamar la atención por un doble motivo: su rápida expansión geográfica y numérica y, sobre todo, el modo específico de ejercer la actividad misionera, no habiendo sido creada con esa precisa intención.

La Congregación salesiana no fue fundada con una finalidad explícitamente misionera

Conviene dejar bien claro el hecho de que la Congregación salesiana no fue fundada con una finalidad explícitamente misionera, sino con una finalidad educativa para la formación de jóvenes pobres y abandonados; y ello, a pesar de haber sido fundada en un momento de gran fervor misionero en la Iglesia.

¹ Vídeo de presentación disponible en este enlace: <http://bit.ly/3Jxo11g> (3 min. 47 seg.). También se puede ver el vídeo de [150 años de Misiones Salesianas](https://youtu.be/Y5F6G-nu5jo?si=d98paHHBLD17ZFra) (<https://youtu.be/Y5F6G-nu5jo?si=d98paHHBLD17ZFra>) de 8 min. 26 seg.

Como es sabido, tras la derrota de Napoleón, en 1815, el año precisamente del nacimiento de Don Bosco, bajo el decidido impulso especialmente de los papas Gregorio XVI, llamado el papa misionero, y de Pío IX, no solo las antiguas órdenes y congregaciones religiosas, como los jesuitas, dominicos, franciscanos, agustinos, carmelitas, etc., reanudaron su actividad misionera, sino que se fundaron numerosos institutos masculinos y femeninos que tenían como finalidad exclusiva o primordial la evangelización de los pueblos a los que no había llegado todavía el evangelio².

En este clima de gran fervor misionero, en el año 1859 Don Bosco fundó la Congregación salesiana, que no incluía entre sus fines la *misio ad gentes*; es decir, no nacía específicamente como misionera, sino como educadora, para acoger y educar a los jóvenes pobres y abandonados de la ciudad de Turín y hacer de ellos honestos ciudadanos y buenos cristianos. Una finalidad eminentemente educativa.

Mucho antes de pensar en fundar una congregación, Don Bosco comenzó creando en Turín una obra social de gran envergadura, muy apreciada por las autoridades tanto eclesiásticas como civiles, que la consideraban tan importante y necesaria que estaban preocupadas por su continuidad en el momento en que faltara Don Bosco.

Fue, nada menos, que el liberal y anticlerical ministro Urbano Rattazzi, el mismo que había decretado la supresión de la mayor parte de las congregaciones religiosas en el reino del Piamonte, quien aconsejó a Don Bosco que creara una sociedad civil de personas que, bien imbuidas de su espíritu y de su sistema educativo, perpetuaran su obra educativa en favor de la juventud pobre, después de su muerte.

Don Bosco se lo pensó; fue a Roma para hablar de ello con el papa Pío IX, que apreció la idea, pero le advirtió que, si quería que los socios se mantuvieran fieles, deberían comprometerse con votos religiosos. Es decir, le sugería que fundara una institución que fuera a la vez una asociación civil ante el Estado y una congregación religiosa ante la Iglesia.

Eso es lo que hizo Don Bosco, creó una institución de clérigos y laicos, para que continuaran su obra en favor de la juventud pobre y en riesgo en Turín y allí donde se estableciera en el futuro. De hecho, el primer texto de las Constituciones, aprobado en 1874, no mencionaba entre sus fines las misiones *ad gentes*. La Congregación salesiana no se alineó entre las numerosas congregaciones misioneras fundadas en aquellos años, consagrándose a cumplir su finalidad de acoger y formar a los jóvenes en ciudades y pueblos del Piamonte y de la cercana Liguria.

Solo a partir de 1875, la Congregación comenzó a expandirse fuera de Italia. Pero siempre con la misma finalidad de repetir en otras partes lo que Don Bosco hacía en Turín en favor de la juventud pobre y abandonada. Primero lo hizo en Europa y solo en

² Recordemos, entre otros a Los Oblatos de María (1816), los marianistas (1817); los oblatos de san Francisco de Sales (1833); los palotinos (1835); los Padres del Espíritu Santo (1841); los Hijos del Inmaculado Corazón de María (1840); los Padres Blancos (1866); los Combonianos (1867) ... y un largo etcétera.

noviembre de 1875 comenzó su actividad en países de misión. Desde entonces la Congregación salesiana fue expandiéndose hasta llegar a ser hoy una de las Congregaciones con más socios y más misioneros de toda la Iglesia.

Algunas cuestiones

Cabe, pues, preguntarse: ¿cómo ha sido posible que una congregación que no tenía expresamente entre sus fines la evangelización *ad gentes* haya llegado a ser una de las grandes congregaciones misioneras?

Quisiera señalar algunos motivos que aclaran el *porqué* de la actividad misionera de la Congregación; el *cómo* han actuado los misioneros salesianos y el *dónde* han ejercido su actividad.

a. El porqué: la finalidad exclusiva de la Congregación es la salvación de las almas.

Para saber el *porqué*, hay que comenzar por conocer al fundador. Es verdad que Don Bosco nunca fue a tierras lejanas como misionero *ad gentes*, pero está bien documentado que tuvo siempre un corazón misionero y un ardiente deseo de compartir su carisma en todo el mundo para contribuir a la salvación de los jóvenes.

La salvación de las almas fue su obsesión, su mística, el núcleo esencial e irrenunciable, la raíz más profunda de su interioridad, de su diálogo con Dios, del trabajo sobre sí mismo. Como lo fue también el motivo de su enorme y genial actividad apostólica. Él mismo se reconocía como llamado y nacido para la salvación de las almas. Este celo por la salvación de las almas unificó toda su vida y toda su obra y se manifestó cumplidamente con la entrega total a su labor como pedagogo, como pastor, como director espiritual, como escritor y como fundador.

Y este celo por la salvación de las almas (hoy se podría decir, por la formación integral) de los jóvenes quiso que primara en la actuación educativa de los salesianos:

"Nuestros jóvenes, escribe, vienen al Oratorio: sus familiares y bienhechores nos los confían con la intención de que sean educados...; pero el Señor nos los envía para que podamos estar interesados en sus almas y aquí encuentren el camino hacia la salud eterna. Por eso nosotros debemos considerar todo lo demás como medio: nuestro supremo fin es hacerlos buenos y salvarlos eternamente". "La escuela es para nosotros un campo de apostolado y nosotros somos misioneros que solo buscan la salvación de las almas".

A medida que fue progresando en los años, fue comprendiendo cada vez más clara e intensamente que trabajar por la juventud pobre incluía también a los jóvenes indígenas, que eran los más pobres y necesitados, porque, además de otras pobreza, carecían también del conocimiento de Evangelio. El celo por la salvación de los jóvenes, de todos

los jóvenes, lo abrió a la universalidad, deseando llevar el evangelio a tantos jóvenes que no lo conocían.³

Nada extraño que con este celo y con estos principios él mismo quisiera ir a las misiones. Nos consta que, siendo todavía joven sacerdote, pidió entrar en la Congregación de los Oblatos de María, que acababa de recibir el encargo de un vicariato apostólico en la actual Myanmar, entonces Birmania. Así lo cuenta él mismo:

“Estaba decidido a entrar en los Oblatos de María Virgen; lo había ya arreglado todo y fui al santuario de San Ignacio para hacer los ejercicios espirituales. Cuando los terminé hablé con don Cafasso para que me diese una respuesta definitiva y él me dijo que no. Esta respuesta supuso para mí un golpe terrible”:

San José Cafasso, el confesor de Don Bosco y su gran bienhechor, lo había introducido en el trabajo con los jóvenes, llevándolo a visitar las cárceles de jóvenes de Turín y ayudándolo a fundar para ellos el Oratorio de Turín. La razón que San José Cafasso le dio para no dejar ir a las misiones lejanas fue “tu misión está aquí, los jóvenes te necesitan. Tú tienes que ser misionero de los jóvenes”.

Don Bosco obedeció a su director espiritual y se dedicó en cuerpo y alma a su misión entre los jóvenes. Sin embargo, nunca dejó de interesarse por las misiones propiamente dichas y trató de impulsar el espíritu misionero entre los chicos del Oratorio. Sabemos que leía con atención los *Anales de la Propagación de la Fe y de la Obra de la Santa Infancia*; y que sacaba de ellos noticias y anécdotas para contárselas después a los chicos en las Buenas Noches o para escribirlas las *Lecturas Católicas*, colección de libros para el pueblo, y en otros de sus escritos⁴.

Sobre el espíritu misionero que se vivía en el Oratorio, tenemos preciosos testimonios de alumnos, por ejemplo, los muy valiosos de dos de sus sucesores: don Miguel Rua, confiesa que le oyó exclamar repetidamente:

*“Si yo tuviera doce sacerdotes a mi disposición ¡Cuánto bien podría hacer! Los mandaría a predicar por iglesias y plazas. Y mirando el mapamundi que pendía en la pared de su habitación, se fijaba en las regiones no cristianas y repetía una y otra vez que su deseo más vehemente era llevar la luz del Evangelio a todas aquellas regiones”.*⁵

Y don Felipe Rinaldi:

³ Notemos que la teología que él había estudiado y que asimiló y defendió en sus escritos, afirmaba que fuera de la Iglesia no hay salvación y, por consiguiente, salvar almas implicaba convertirlas para que formaran parte de la Iglesia. Lo dejó claro en la respuesta que dio, siendo todavía seminarista, a la madre de su amigo Jonás, cuando ella le recriminaba que quisiera convertir a su hijo: “Como amigo suyo de verdad, deseo que salve su alma y pueda conocer aquella *religión fuera de la cual nadie puede salvarse*”.

⁴ De los Anales extrajo episodios para su *El Católico instruido* (1853) y para el *Mes* de mayo (1858). Mantuvo buena amistad con el canónigo Ortalda, activo y generoso mecenas de la Obra de Propagación de la Fe y de las Escuelas Apostólicas de Turín. También tuvo buenas relaciones con don Eugenio Reffo y don Alessandro Lana (quien de joven fue catequista en el Oratorio del Ángel Custodio), editores del Museo de las Misiones Católicas, para el cual también hizo publicidad en las *Lecturas Católicas*.

⁵ Cfr. MB IV, 424

“Veo al amadísimo padre en los lejanos recuerdos de mi vocación salesiana, precisamente en los años de su mayor fervor misionero, y la impresión que me ha quedado es indeleble; era un verdadero misionero, un apóstol devorado por la pasión de las almas. Su primera preocupación fue la de suscitar en sus hijos el ardor de las misiones. Escuchaba una voz que le venía de lejos y le gritaba: ¡venid a salvarnos! Era la voz de tantas almas que esperaban que fuera a sacarlas del borde de la perdición y a ponerlas en el camino de la salvación”.⁶

Este celo apostólico por la salvación de los jóvenes condujo a tomar conciencia de que la Congregación salesiana es por naturaleza misionera. Las misiones no son sino una variante más de su finalidad esencial: salvar a los jóvenes en riesgo de perdición. Es decir, la misionalidad, en su sentido más auténtico, forma parte esencial del carisma salesiano. Y por eso, durante su vida, Don Bosco envió nada menos que 12 expediciones misioneras, con un total de 150 salesianos, es decir, más de un 20% del total de los miembros de la Congregación en su tiempo. Y sus sucesores han seguido el mismo camino.

b. El cómo: la metodología misionera propia del sistema salesiano

La Congregación salesiana es esencialmente misionera, pero sin dejar de ser educativa. Así lo concibió Don Bosco y así es como debe ser. Para mejor entenderlo, recordemos dos hechos:

Primer hecho: en 1864, solo cinco años después de la fundación de la Congregación, visitó el Oratorio uno de los más ilustres misioneros de la época, el hoy san Daniel Comboni, fundador de los Padres Combonianos, y gran misionero en África. En su experiencia misionera, Mons. Comboni había llegado a la conclusión de que la evangelización de África debía ser obra de los mismos africanos, y para ello había que crear escuelas y seminarios donde suscitar vocaciones. Había visto en el Oratorio y en las escuelas salesianas el modelo ideal de lo que se debía hacer en las misiones. Por eso fue a Turín para hablar con Don Bosco y para pedirle que enviara salesianos a África.

Don Bosco no contaba en aquel momento más que 29 salesianos; los necesitaba todos en Italia y, por tanto, no podía atender su petición. Pero se quedó fascinado por la idea: hacer en las misiones oratorios, escuelas, talleres para suscitar vocaciones nativas y promover la cultura y la formación de los jóvenes, que es lo que estaba haciendo en Turín.

Con ocasión del Concilio Vaticano I, Mons. Comboni habló con los obispos misioneros sobre su idea y sobre Don Bosco y su obra y varios de ellos visitaron el Oratorio y pidieron a Don Bosco que enviara salesianos a sus diócesis, para que hicieran en sus diócesis lo mismo que estaba haciendo en Italia: crear oratorios festivos, seminarios, escuelas profesionales y agrícolas, etc.

⁶ *Lettere circolari ai salesiani de don Filippo Rinaldi*, Roma, LAS, 2022, 148

El segundo hecho es un sueño. Todos sabemos la importancia que tuvieron los sueños de Don Bosco en el desarrollo de su misión como sacerdote y como fundador de la Congregación salesiana. Pues bien, entre los 159 sueños cuya relación se conserva, hay 5 que tienen por objeto las misiones. De ellos, cuatro son posteriores al envío de misioneros salesianos a las misiones, y fueron fruto de la gran preocupación que de Don Bosco tenía en los últimos años de su vida por el futuro de la Congregación y, en este caso de las misiones, pero hay uno que tuvo lugar en 1872, es decir tres años antes de enviar la primera expedición misionera y este sueño es revelador de cómo tenían que actuar los salesianos en caso de ir a las misiones. Don Bosco confiesa que este sueño le causó una grande impresión: estaba convencido de que era un aviso del cielo.

El sueño consta de dos escenas: en la primera Don Bosco ve que unos feroces salvajes, armados con lanzas, flechas y lazos atacaban y mataban a todos los misioneros que se acercaban a ellos. Observando estas horribles matanzas, Don Bosco, siempre en el sueño, se pregunta cómo hacer para convertir a aquella gente tan hostil y salvaje”. Y la respuesta le vino en la segunda escena del sueño. Leo textualmente:

*“Vi entretanto en lontananza un grupo de otros misioneros que se acercaban a los salvajes, con rostro alegre, precedidos de un pelotón de muchachos [...] noté que su aparición había provocado la alegría en aquellas turbas de bárbaros, los cuales bajaron las armas, cambiaron su ferocidad y recibieron a nuestros misioneros con las mayores muestras de cortesía [...] seguí observando y me di cuenta que los misioneros rezaban el rosario [...] y he aquí que uno de los salesianos entonó el **Load a María** y aquellas turbas, todos a una voz, continuaron el canto tan al unísono y en tono tal, que yo, casi espantado, me desperté. ”*

El sueño no tiene nada que ver con un anacrónico chauvinismo, ajeno totalmente a la mentalidad y al respeto que Don Bosco sentía por las congregaciones religiosas. Es la expresión de la metodología en la evangelización. En este sueño-visión Don Bosco descubrió tres elementos de su estrategia misionera: educar los niños; anunciar la alegría del evangelio y meter por medio a la Virgen.

Ese será el modo de ser y evangelizar del misionero salesiano: escuelas para niños; sistema educativo con los tres elementos esenciales, que según Don Bosco lo componen: razón, religión y amabilidad y devoción mariana. Es decir, abrir casas para acoger con alegría y trato familiar a los niños indígenas, construir escuelas y talleres para educarlos y prepararlos para la vida, con iglesias donde rezar y patios donde jugar y divertirse. Y teniendo siempre como madre, maestra y auxilio eficaz a María Auxiliadora. Cultura y evangelización: Hacer honestos ciudadanos y buenos cristianos. Para esta labor educativa y evangelizadora se necesitan sacerdotes, laicos y mujeres. Ya en la primera expedición misionera iban 6 sacerdotes y cuatro salesianos laicos. Y en la tercera, dos años más tarde, irá también el primer grupo de religiosas salesianas

c. El dónde: universalidad del carisma salesiano

Un rasgo importante de la actividad misionera salesiana es el campo en el que los salesianos tienen que ejercerla. También en este caso los sueños misioneros de Don Bosco nos revelan que el carisma misionero de los salesianos no tiene fronteras, está abierto a todo el mundo. No hay un territorio acotado para los misioneros salesianos, toda la tierra es tierra de misión salesiana.

En los sueños misioneros está muy explícita esta universalidad del carisma salesiano: en el primero se habla en general de unos indígenas no bien definidos, tanto que Don Bosco mismo no supo a qué pueblo pertenecían: pensó primero en Australia, después en la India y después en la Patagonia. En realidad, carecía de importancia la localización; lo importante eran las personas que necesitaban ser evangelizadas, estuvieran donde estuvieran. En el segundo y en el tercer sueño, Don Bosco sueña con las misiones en tierras de toda Suramérica; en el cuarto con las regiones de África, Asia y Australia y en el quinto, con todos los territorios del mundo pagano. El hecho es, como testimonia don Rinaldi:

“Don Bosco oía una voz que le venía de lejos y le gritaba: ¡venid a salvarnos! Era la voz de tantas almas que esperaban que fuera a sacarlas del borde de la perdición y a ponerlas en el camino de la salvación”.⁷

En tiempo de Don Bosco, las tierras de misión eran la no cristianizadas de América, África, Asia y Oceanía; hoy lo es todo el mundo, incluida Europa, por eso, la actividad misionera hoy se da en todas partes y todo salesiano es igualmente misionero, pues en todas partes hay almas que salvar y gente a la que hay que anunciar el evangelio

d. El con quién: cuidar las vocaciones autóctonas

En el quinto sueño misionero, el de Barcelona, en un determinado momento Don Bosco, viendo el inmenso campo de misión que esperaba a los salesianos, pregunta a la pastorcilla:

—Pero ¿cómo hacer todo esto? Las distancias son inmensas, los lugares difíciles y los Salesianos pocos.

—No te preocupes. [...] Traza una línea desde Santiago al África Central. ¿Qué ves?

—Diez centros de misión.

—Bien; estos centros que ves serán casas de estudio y de noviciado que se dedicarán a la formación de los misioneros que han de trabajar en estas regiones. Y ahora vuélvete hacia esta parte. Aquí verás otros diez centros desde el corazón del África a Pekín. También estas casas proporcionarán misioneros a todas estas otras regiones.

⁷ *Lettere circolari ai salesiani di don Filippo Rinaldi*, Roma, LAS, 2022, 148.

La idea, tomada de Mons. Comboni, de evangelizar África por los africanos, es una de las características más señaladas y fecundas del carisma salesiano. Hoy la mayor parte de las entonces tierras de misión no solo tienen salesianos autóctonos que realizan la evangelización de aquellas tierras, sino que envían misioneros a otros países. En India, por ejemplo, hay 2706 salesianos, de ellos 9 obispos, pertenecientes a 11 provincias, con 333 casas y están haciendo el noviciado más de 80 novicios. Otro ejemplo, en África existen hoy 19 florecientes provincias salesianas, con más de 1900 salesianos, en su gran mayoría africanos, 170 novicios; 180 escuelas y 110 centros de formación profesional; 10 escuelas agrícolas; 150 parroquias, con sus respectivos oratorios y centro juveniles, educación de adultos; más de 50 lugares de acogida para menores de la calle, etcétera.

f. La plena confianza en la Providencia de Dios

Por último, otra característica importante de la actividad misionera salesiana de Don Bosco sobre la labor misionera salesiana, está apoyada, sostenida y confiada en la Providencia, tanto en el sentido de los recursos que necesitan y que la Providencia de Dios les envía, a través de la generosa colaboración de muchas personas, como por la recompensa con la que Dios premiará la labor de los misioneros. En el sueño tercero aparece una sala maravillosa, que *“si alguien intentase dar una idea de ella y lo consiguiese, ningún hombre podría soportar su esplendor ni aun con la imaginación”*. Es el premio que espera a los que han entregado su vida a la acción misionera

Conclusión

Fue a partir de la primera expedición misionera, cuando la Congregación percibió que sus principios básicos orientaban necesariamente a la acción misionera, sin perder en absoluto sus esencias, sus fines y sus métodos, sino todo lo contrario, los llevaba a su plenitud y el momento en que tomó explícitamente conciencia de que la misionalidad era una característica esencial de su propio ser fue en 1875 cuando envió a América a los primeros salesianos.

La celebración del 150 aniversario de la primera expedición de misioneros salesianos, no debe quedarse en un mero recuerdo de un acontecimiento importante en la historia de la Congregación, ni en una mirada nostálgica de lo que en estos 150 años han realizado los cerca de 11 mil misioneros salesianos, enviados a evangelizar en los múltiples campos de misión en todo el mundo, sino que tiene que ser una mirada, llena de esperanza y de responsabilidad hacia el interior de cada salesiano, para ser cada vez más conscientes de que el carisma salesiano es esencialmente misionero y que todos, de una manera o de otra, estamos llamados a ser misioneros, *inter gentes*.

Perder la perspectiva misionera sería renunciar a nuestra propia esencia salesiana y convertirnos en funcionarios de una organización social laica, cuando estamos llamados a mucho más que eso: ser misioneros de Dios, según el carisma salesiano.

Algunos puntos para reflexionar

- *La universalidad del carisma misionero salesiano.*
El carisma misionero de los salesianos no tiene fronteras, está abierto a todo el mundo. En tiempo de Don Bosco, las tierras de misión eran la no cristianizadas de América, África, Asia y Oceanía; hoy lo es todo el mundo, incluida Europa, por eso, la actividad misionera hoy se da en todas partes y todo salesiano es igualmente misionero, pues en todas partes hay almas que salvar y gente a la que hay que anunciar el evangelio.
- *La finalidad exclusiva de la labor misionera salesiana es la salvación de las almas*
En tiempo de Don Bosco, las tierras de misión eran la no cristianizadas de América, África, Asia y Oceanía; hoy lo es todo el mundo, incluida Europa, por eso, la actividad misionera hoy se da en todas partes y todo salesiano es igualmente misionero, pues en todas partes hay almas que salvar y gente a la que hay que anunciar el evangelio.
- *La metodología misionera propia del sistema salesiano*
La metodología misionera está implícita en todos los sueños misioneros, pero de un modo más explícito en el primero tenido en 1872. En este sueño-visión Don Bosco descubrió tres elementos de su estrategia misionera: educar los niños; anunciar la alegría del evangelio y meter por medio a la Virgen. Es decir: hacer en las misiones lo que se hacía en el Oratorio.

3. Oración conclusiva

D.: Alabado sea Dios, nuestro Padre, por el espíritu misionero que derramó en el corazón de Don Bosco como elemento esencial de su carisma.

T.: Te damos gracias por los 150 años de las misiones salesianas y por tantos misioneros y misioneras salesianas, que han dado su vida, llevando el Evangelio y el carisma salesiano a los 137 países del mundo.
Envía tu Espíritu para que nos guíe
a repensar una visión renovada de las misiones salesianas
con incansable creatividad misionera.
Enciende nuestros corazones con el fuego de tu amor
para que, apasionados por Jesucristo,
podamos relanzarnos con celo y entusiasmo misionero
para anunciarlo a todos, especialmente a los jóvenes pobres y abandonados.

Todos los santos misioneros salesianos: ¡rueguen por nosotros! Amén

El amor en la vida religiosa⁸

Ignacio Andereggen⁹

1. Caridad y vida consagrada

Tal como la presentaba el último Concilio, la vida religiosa, por ser un medio excelente para lograr la caridad, a su vez ilumina los demás medios y modos de vivir. El decreto *Perfectae Caritatis* es el documento del Concilio Vaticano II acerca de la apropiada renovación de la vida religiosa, el cual comienza precisamente con una referencia a la caridad:

La prosecución de la caridad perfecta por la práctica de los consejos evangélicos tiene su origen en la doctrina y en los ejemplos del Divino Maestro y se presenta ella misma como preclaro signo del Reino de los Cielos. Se propone ahora tratar de la disciplina de los Institutos cuyos miembros profesan castidad, pobreza y obediencia, y proveer a las necesidades de los mismos en conformidad con las exigencias de nuestro tiempo¹⁰.

En efecto, se trata siempre de los medios para vivir la caridad; ella está más bien en el orden del fin, puesto que, como dijimos, permanece en la vida eterna. Estos medios son tanto más excelentes cuanto más se acercan a las palabras y al ejemplo de Jesucristo, el cual aconsejó la castidad, la pobreza, la obediencia, entre otras actitudes que están resumida en estas.

Ya desde los orígenes de la Iglesia hubo hombres y mujeres que se esforzaron por seguir con más libertad a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos y, cada uno según su modo peculiar, llevaron una vida dedicada a Dios, muchos de los cuales bajo la inspiración del Espíritu Santo, o vivieron en la soledad o erigieron familias religiosas a las cuales la Iglesia, con su autoridad, acogió y aprobó de buen grado. De donde, por designios divinos, floreció aquella admirable variedad de familias religiosas que en tan gran manera contribuyó a

⁸ Artículo publicado en la revista *Ecclesia* núm. 39 (2025), págs. 135-149.

⁹ Profesor titular ordinario de Metafísica y de Gnoseología en la Pontificia Universidad Católica Argentina; profesor invitado en la Pontificia Universidad Gregoriana y en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* de Roma. Miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino y de Religión Católica.

¹⁰ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Perfectae caritatis* (28 de octubre de 1965), n. 1. De ahora en adelante se citará como *PC*.

que la Iglesia no solo estuviera equipada para toda obra buena (cf. 2Tim 3,17) y preparada para la obra del ministerio en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, sino también a que, hermoseaada con los diversos dones de sus hijos, se presente como esposa que se engalana para su Esposo, y por ella se ponga de manifiesto la multiforme sabiduría de Dios¹¹.

La prosecución de la caridad perfecta produce múltiples modos de la vida comunitaria y social. Ciertamente, el hombre es social por naturaleza, y la caridad perfecciona esa naturaleza. Por ello, la caridad se vive no solamente en el matrimonio, sino también de muchas otras maneras que, si bien por un lado están más lejos de la naturaleza, por otro lado, implican un ejercicio superior de la libertad, que es una cualidad superior de la naturaleza misma.

Estos modos de vida religiosa, que son muy variados, y otros análogos basados sobre la libertad, aunque no puedan ser categorizados estrictamente como vida religiosa, implican un perfeccionamiento de las dimensiones humanas, como más adelante el mismo Concilio especifica, y como recuerdan los documentos posteriores del Magisterio de la Iglesia.

Mas en medio de tanta diversidad de dones, todos los que son llamados por Dios a la práctica de los consejos evangélicos y fielmente los profesan se consagran de modo particular al Señor, siguiente a Cristo, quien, virgen y pobre, redimió y santificó a los hombres por su obediencia hasta la muerte de Cruz. Así, impulsados por la caridad que el Espíritu Santo difunde en sus corazones, viven más y más para Cristo y para su Cuerpo, que es la Iglesia. Porque cuanto más fervientemente se unan a Cristo por medio de esta donación de sí mismos, que abarca la vida entera, más exuberante resultará la vida de la Iglesia y más intensamente fecundo su apostolado¹².

La vida de la Iglesia requiere de este tipo de comunidades, que son muy variadas. Ellas, en cierta manera, más allá del texto del Concilio, fueron surgiendo también de entre la vida de los laicos. En efecto, luego del Concilio Vaticano II surgieron muchos tipos de comunidades que integran a los laicos, y que no están estrictamente consideradas en estas formas de vida religiosa. Consideradas de un modo profundo, se ve que todo esto proviene de la acción del Espíritu Santo que hace vivir la búsqueda de la caridad de una manera siempre nueva y adaptada a las nuevas circunstancias.

2. Renovación de la vida religiosa

Frente a la socialización material que existe en el mundo contemporáneo, como vemos en la constitución pastoral *Gaudium et spes*, existe una respuesta del Espíritu Santo que va mucho más allá de esto, y que consiste en la multiplicación de dones para la Iglesia o, mejor aún, en la renovación de dones que Dios ya había concedido antiguamente a la

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*.

Iglesia. De ahí que en nuestra época coexistan formas antiguas de vida religiosa con otras nuevas, las cuales adquieren características no totalmente previstas en estos textos.

Mas para que el eminente valor de la vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos y su función necesaria, también en las actuales circunstancias, redunden en mayor bien de la Iglesia, este Sagrado Concilio establece lo siguiente que, sin embargo, no expresa más que los principios generales de renovación y acomodación de la vida y de la disciplina de las familias religiosas y también atendida su índole peculiar de las sociedades de vida común sin voto y de los institutos seculares. Después del Concilio habrán de dictarse por la Autoridad competente las normas particulares para la conveniente explicación y aplicación de estos principios. La adecuada adaptación y renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos, y la acomodación de los mismos a las cambiadas condiciones de los tiempos. Esta renovación habrá de promoverse, bajo el impulso del Espíritu Santo y la guía de la Iglesia, teniendo en cuenta los principios siguientes¹³.

Se hace aquí una aplicación evangélica de la renovación de la vida religiosa, que es vida en el Espíritu Santo siguiendo a Cristo. Ella tiene como norma suprema la caridad, que es la perfección de las personas. Ya la vida social tiende a la perfección de los hombres, y mucho más la vida comunitaria y religiosa en el Espíritu Santo. Esa caridad implica, por sí misma, la configuración con Cristo. Por esto, si por un lado actúa el Espíritu Santo infundiendo la caridad en la vida religiosa, por otro lado, la mente del religioso y de los que están insertados en una comunidad eclesial o en otras análogas se configura con Cristo: en esto consiste precisamente el Evangelio. Esto es así dado «que la última norma de vida religiosa sea el seguimiento de Cristo, tal como lo propone el Evangelio, [y] todos los Institutos han de tenerlo como regla suprema»¹⁴.

En otras palabras, todas las formas de vida comunitaria en la Iglesia, y estrictamente las de vida religiosa, deben tener una regla que sea como reflejo de la Sagrada Escritura, para ser aplicada en situaciones particulares o ámbitos determinados de la vida humana. La Sagrada Escritura consiste principalmente en la Persona divina de Jesucristo, con la gracia de su humanidad, que se revela; ella está reflejada en los textos, principalmente en los Evangelios. Por ello, la norma suprema de toda la vida religiosa es seguir a Cristo, y eso vale tanto para la vida religiosa en sentido estricto como para toda la vida comunitaria. De esta manera, el Evangelio vale para todos los hombres, pues está propuesto para renovar toda la vida humana. Por tanto, redundan en bien mismo de la Iglesia el que todos los Institutos tengan su carácter y fin propios. Por tanto, han de conocerse y conservarse con fidelidad el espíritu y los propósitos de los Fundadores, lo mismo que las sanas tradiciones, pues, todo ello constituye el patrimonio de cada uno de los Institutos¹⁵.

De la misma manera como la Iglesia universal tiene la presencia del Espíritu Santo, textos y tradiciones, así también las realizaciones particulares de la vida de la Iglesia –las

¹³ PC, nn. 1-2.

¹⁴ PC, n. 2.

¹⁵ *Ibidem*.

comunidades eclesiales de distinto tipo y, especialmente, las comunidades religiosas—tienen una acción propia del Espíritu Santo: textos, reglas, tradiciones particulares, etcétera. Todo ello debe ser permanentemente renovado para responder a las circunstancias nuevas. Sin embargo, el principio de esa renovación tiene que ser siempre el mismo, esto es, la presencia del Espíritu Santo y el seguimiento del mensaje de Cristo.

El Concilio nos manifiesta que la garantía de que esa renovación es auténtica es la concordancia con la Iglesia universal.

Todos los Institutos participen en la vida de la Iglesia y, teniendo en cuenta el carácter propio de cada uno, hagan suyas y fomenten las empresas e iniciativas de la misma: en materia bíblica, litúrgica, dogmática, pastoral, ecuménica, misional, social, etc. Promuevan los Institutos entre sus miembros un conocimiento adecuado de las condiciones de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia, de suerte que, juzgando prudentemente a la luz de la fe las circunstancias del mundo de hoy y abrasados de celo apostólico, puedan prestar a los hombres una ayuda más eficaz¹⁶.

Se trata de una preocupación constante del Concilio. Éste insiste, en efecto, en que debemos entender el mundo de hoy, como así también conocer sus principios, especialmente como se los puede entender a la luz de la filosofía, estudiando la configuración filosófica del mundo de hoy, lo que se hace a su vez teniendo una filosofía verdadera. Además, hay que hacerlo a la luz de la fe, vale decir, enjuiciar a la luz de la fe las circunstancias del mundo de hoy. Para ello se debe tener una fe muy profunda, incluso más profunda que en otras épocas, pues, de otra manera, la confrontación con el mundo es más bien negativa, y se tiende a perder la fe que es débil.

Ordenándose ante todo la vida religiosa a que sus miembros sigan a Cristo y se unan a Dios por la profesión de los consejos evangélicos, habrá que tener muy en cuenta que aun las mejores adaptaciones a las necesidades de nuestros tiempos no surtirían efecto alguno si no estuvieren animadas por una renovación espiritual, a la que, incluso al promover las obras externas, se ha de dar siempre el primer lugar¹⁷.

Con esto queda enunciado el remedio contra las deformaciones propias del mundo contemporáneo. A la vez que crece la complejidad de la vida social y existe un progreso técnico en el orden material, en el conocimiento de las cosas exteriores, por esa misma razón se debe tener una respuesta más espiritual, la cual requiere una renovación espiritual más intensa.

El Concilio tenía presente que no era suficiente la espiritualidad que había hasta ese momento para enfrentar al mundo de hoy. Se hacía necesario, en efecto, acrecentar esa espiritualidad, lo cual más tarde en gran medida no sucedió, sino que más bien se perdió la espiritualidad que había anteriormente. De esta manera, el resultado en muchos campos fue realmente negativo, pero no por culpa del Concilio, sino por la inadecuada respuesta de los cristianos al llamamiento que este realizaba. Permanentemente, en todos

¹⁶ *Ibidem.*

¹⁷ *Ibidem.*

los textos el Concilio, se llama a renovación espiritual, que evidentemente supone la fe verdadera.

3. Votos y vida religiosa

Este decreto hace referencia también a las distintas formas de vida religiosa, y después se refiere específicamente a los votos religiosos, por los cuales las personas se establecen firmemente en la práctica de los consejos evangélicos.

La castidad “por el Reino de los Cielos”, que profesan los religiosos, debe ser estimada como un singular don de la gracia. Ella libera de modo especial el corazón del hombre para que se inflame más en el amor a Dios y a todos los hombres, y es, por lo mismo, signo peculiar de los bienes celestiales y medio aptísimo para que los religiosos se dediquen con alegría al servicio divino y a las obras de apostolado. Evocan así ellos ante todos los cristianos aquel maravilloso connubio instituido por Dios y que habrá de tener en el siglo futuro su plena manifestación, por el que la Iglesia tiene a Cristo como único Esposo. Es, pues, necesario que los religiosos, celosos por guardar fielmente su profesión, se fíen de la palabra del Señor y sin presumir de sus propias fuerzas pongan su confianza en el auxilio divino y practiquen la mortificación y la guarda de los sentidos. No omitan tampoco los medios naturales, que favorecen la salud del alma y del cuerpo. Así, los religiosos no se dejarán impresionar por las falsas doctrinas, que presentan la continencia perfecta como imposible o como algo perjudicial al perfeccionamiento del hombre, y rechazarán, como por instinto espiritual, cuanto pone en peligro la castidad¹⁸.

La pobreza voluntaria es otro consejo importante que Cristo da, y que resume en gran medida todo lo que nos enseña en el Evangelio:

Cultiven con diligencia los religiosos y, si es preciso, expresen con formas nuevas la pobreza voluntaria abrazada por el seguimiento de Cristo, del que, principalmente hoy, constituye un signo muy estimado. Por ella, en efecto, se participa en la pobreza de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza. Por lo que concierne a la pobreza religiosa, no basta con someterse a los superiores en el uso de los bienes, sino que es menester que los religiosos sean pobres en la realidad y en el espíritu, teniendo sus tesoros en el cielo. Cada cual en su oficio considérese sometido a la ley común del trabajo, y mientras se procura de modo las cosas necesarias para el sustento y las obras, deseche toda solicitud exagerada y abandónese a la Providencia del Padre, que está en los cielos¹⁹.

La vida religiosa debe ser imitación de Cristo, el cual quiso ser voluntariamente pobre, como decía Santo Tomás, para que nadie crea que lo que Él decía tenía un requerimiento

¹⁸ PC, n. 12.

¹⁹ PC, n. 13.

de una especie de contraprestación, o que lo hacía por dinero²⁰. Por ello Cristo manifestó su doctrina, totalmente desprendido de los bienes materiales. Por otra parte, en su vida se manifiesta la total libertad que produce ese absoluto desprendimiento.

Evidentemente nosotros no tenemos la perfección espiritual del mismo Cristo, y por ello necesitamos, en mayor o en menor medida, de bienes materiales. Pero también los requieren las comunidades religiosas, según sus distintas características. Esto no es así a causa de nuestra perfección, sino más bien por nuestra imperfección, pues no podemos cambiar el mundo –ni a las personas interiormente– como lo hacía Cristo por la gracia que como Dios otorgaba. Por el contrario, necesitamos de esos bienes, a la vez que es necesaria una actitud adecuada hacia ellos, la cual tiene un aspecto interior y otro exterior.

El aspecto exterior consiste en no buscar las cosas que valen por sí mismas, es decir, las cosas que los hombres aprecian como valiosas o mejores desde el punto de vista humano: por el contrario, debemos usar de ellas solamente en la medida en que es imprescindible para vivir la caridad y el apostolado.

En segundo lugar, hay que tener la actitud espiritual debida, pues aunque ese uso del cual hablamos teóricamente fuese posible sin tener la actitud espiritual –de hecho no lo es–, lo más importante está siempre en el desprendimiento interior. En efecto, existen pobres que lo son involuntariamente –porque no tienen lo que necesitan–, y sin embargo no tienen esa actitud interior, que es la que verdaderamente otorga el mérito. Estar desprendido de todos los bienes: esa es la condición para seguir a Cristo.

Por último, este decreto se refiere a la obediencia:

Los religiosos, por la profesión de la obediencia, ofrecen a Dios, como sacrificio de sí mismos, la consagración completa de su propia voluntad, y mediante ella se unen de manera más constante y segura a la divina voluntad salvífica. De ahí se deduce que siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que vino a cumplir la voluntad del Padre, *tomando la forma de siervo*, y aprendió por sus padecimientos la obediencia, los religiosos, movidos por el Espíritu Santo, se someten en fe a los superiores, que hacen las veces de Dios, y mediante ellos sirven a todos los hermanos en Cristo, como el mismo Cristo, por su sumisión al Padre, sirvió a los hermanos y dio su vida por la redención de muchos²¹.

El Nuevo Testamento explícitamente manifiesta la obediencia de Cristo, que es obediencia en cuanto hombre, pues como Dios es igual al Padre. En efecto, como hombre, Cristo estaba sometido al Padre y cumplía su voluntad.

De esta manera se vinculan más estrechamente al servicio de la Iglesia y se esfuerzan por llegar a la medida de la edad que realiza la plenitud de Cristo. En consecuencia, los súbditos, en espíritu de fe y de amor a la voluntad de Dios, presten humilde obediencia a los superiores, en conformidad con la Regla y las Constituciones, poniendo a contribución las fuerzas de inteligencia y voluntad y

²⁰ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q. 40, a. 3, c.

²¹ PC, n. 14.

los dones de naturaleza y gracia en la ejecución de los mandatos y en el desempeño de los oficios que se les encomienden, persuadidos de que así contribuyen según el designio de Dios, a la edificación del Cuerpo de Cristo²².

Se trata de ejercitar, pues, no solo la voluntad sino también la inteligencia, y esto último resulta lo más difícil. Es evidente que la obediencia a los superiores significa que estos mandan cosas lícitas y que están al servicio del Evangelio; la única excepción que hay a la obediencia es en el caso de que los superiores manden algo ilícito o contra el Evangelio, y por lo tanto también contra la ley natural. En otras épocas, esto se podía suponer menos que ahora; en la época actual se debe hacer un discernimiento mayor. En efecto, puede suceder que haya superiores, religiosos o sacerdotes, obispos u otros con superioridad análoga, que manden cosas que en realidad van contra el Evangelio o contra la ley natural, es decir, contra la moral que esta ley natural comanda y favorece.

Sin embargo, cuando existe la verdadera superioridad en la vida religiosa, y cuando no se trata de estos casos –es decir, en la mayoría de ellos–, dice el Concilio que es necesario que haya una sumisión de la voluntad y de la inteligencia. De la voluntad, para cumplir lo que está mandado; y de la inteligencia, para que ese cumplimiento produzca la armonía profunda a que se refiere santo Tomás al hablar de la perfección evangélica²³, que también estaba citada por el Concilio.

La armonía de los juicios proviene de la caridad, y la obediencia es el medio principal, en la vida religiosa, para lograr esa caridad. Por ello, en la vida religiosa es necesario atender no solo al cumplimiento material, por medio de la voluntad de lo que manda el superior, sino también a la configuración práctica de la inteligencia respecto de ese mandato. No es una configuración especulativa ni teórica, porque lo que hay que contemplar es el fin, que es Dios mismo, y eso no está puesto en las manos del superior. Por el contrario, aquello que está en sus manos es una participación de la Providencia divina, el gobierno del medio o de los medios para llegar al fin, que consiste en vivir la caridad. Por lo tanto, el superior tiene real autonomía como partícipe de la Providencia divina, una autonomía mayor que en el orden natural incluso, pues en este hay leyes que tienen un significado unívoco y que la inteligencia puede captar. En cambio, en el orden sobrenatural el superior tiene que ser guiado por el Espíritu Santo, tiene que dejar iluminar su inteligencia respecto de los medios a utilizar para llevar a la comunidad a la perfección de la caridad.

En función de esto, los que obedecen al superior tienen que tener una docilidad especial y estar abiertos indirectamente a esa acción del Espíritu Santo en la mente del superior. Esa acción está, en última instancia, en el orden de los consejos, pues se trata de vivir la obediencia y las otras formas de la vida religiosa. De ahí que el súbdito no puede juzgar totalmente con su inteligencia natural la mente del superior, pues eso sería destruir el fundamento de la obediencia y convertirla en algo natural e, indirectamente, destruir la vida religiosa. Esto mismo es en gran medida la causa de la decadencia que observamos en muchas órdenes religiosas.

²² *Ibidem*.

²³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 184.

El espíritu de la filosofía moderna –el espíritu crítico, kantiano e iluminista– produce ese deterioro de la vida religiosa, y causa en la mente del subordinado la deformación a que aludimos antes, pero también la causa en la mente del superior, por lo cual a veces resulta que no se debe obedecerle, a causa de que posee una doctrina equivocada. Este es, insistimos, el fundamento de la destrucción de la vida religiosa que observamos a veces, y que se extiende ampliamente en las circunstancias presentes.

Sin embargo, esto no atañe solamente a las comunidades religiosas en sentido estricto, sino también a las otras formas de vida comunitaria en la Iglesia, como son las diócesis, parroquias, etcétera. El remedio es, evidentemente, aplicar el Evangelio, y eso es lo que quería el Concilio. Vemos entonces cómo la decadencia de la vida religiosa no está causada por el Concilio Vaticano II sino precisamente por la falta de aplicación del mismo.

Esta obediencia religiosa no mengua en manera alguna la dignidad de la persona humana, sino que la lleva a la madurez, dilatando la libertad de los hijos de Dios. Mas los superiores, que habrán de dar cuenta a Dios de las almas a ellos encomendadas, dóciles a la voluntad divina en el desempeño de su cargo, ejerzan su autoridad en espíritu de servicio para con sus hermanos, de suerte que pongan de manifiesto la caridad con que Dios los ama. Gobiernen a sus súbditos como a hijos de Dios y con respeto a la persona humana. Por lo mismo, especialmente, déjenles la debida libertad por lo que se refiere al sacramento de la penitencia y a la dirección de conciencia. Logren de los súbditos que en el desempeño de sus cargos y en la aceptación de las iniciativas cooperen estos con obediencia activa y responsable. Por tanto, escuchen los superiores con agrado a los súbditos, procurando que empuen su actividad en bien del Instituto y de la Iglesia, quedando, no obstante, siempre a salvo su autoridad para determinar y mandar lo que debe hacerse²⁴.

4. Amistad, comunidad y vida religiosa

Hay aquí una llamada a una vida comunitaria perfecta. Esa vida es perfecta cuando realiza la amistad sobrenatural, que es la caridad, como explica santo Tomás en la *Suma Teológica*²⁵.

Ya la comunidad humana se realiza como forma de amistad. En efecto, el fin de todas las acciones humanas, en el orden propiamente humano, es realizar una comunidad política, la cual tanto más perfecta será cuanto más se parezca a una comunidad de amigos. Esto ya lo afirmaba Aristóteles, señalando a los filósofos antiguos²⁶. Es claro que cuanto más compleja es la condición humana, menos fácil es lograr esto, y tanto más queda como único recurso para la realización de esta dimensión humana la vida en la

²⁴ PC, n. 14.

²⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I-II, q. 65, a. 5, c.

²⁶ Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, VIII, 1, 1155a20-30.

Iglesia. Ciertamente ella está constituida por el vínculo de la caridad, como dice san Pablo²⁷, y la caridad es amistad.

Esto se realiza no solo en la Iglesia universal, sino también en las iglesias y comunidades particulares. En efecto, la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, pero se va construyendo a partir de las comunidades que están reunidas en torno a la Eucaristía; la Iglesia se genera desde la Eucaristía, desde la celebración de la muerte y resurrección de Cristo, y desde la presencia real de Cristo por las palabras del sacerdote que lo representa. El sacerdote lo representa principalmente en orden a la Eucaristía y, derivadamente, en orden a la constitución de ese Cuerpo que surge de la Eucaristía. Por ello el sacerdote como tal es cabeza de la comunidad de la Iglesia.

La Iglesia no está solamente estructurada de esta manera jerárquica, a partir de los obispos y sacerdotes, sino que la constituyen también otras comunidades. Estas poseen una forma específica de vivir la caridad y, por lo tanto, de vivir también esta obediencia de la que habla el Concilio, pues ellas viven de manera particular la representación de Cristo en la persona del superior.

A continuación, se describe cómo tiene que ser la vida en común:

A ejemplo de la primitiva Iglesia, en la cual la multitud de los creyentes eran un corazón y un alma, ha de mantenerse la vida común en la oración y en la comunión del mismo espíritu, nutrida por la doctrina evangélica, por la sagrada Liturgia y principalmente por la Eucaristía. Los religiosos, como miembros de Cristo, han de prevenirse en el trato fraterno con muestras de mutuo respeto, llevando el uno las cargas del otro, ya que la comunidad, como verdadera familia, reunida en nombre de Dios, goza de su divina presencia por la caridad que el Espíritu Santo difundió en los corazones. La caridad es la plenitud de la ley y vínculo de perfección, y por ella sabemos que hemos sido traspasados de la muerte a la vida. En fin, la unidad de los hermanos manifiesta el advenimiento de Cristo y de ella dimana una gran fuerza apostólica²⁸.

Esto quiere decir que la vida religiosa, como cierto modelo superior de vida cristiana constituida en orden a la caridad, implica además por sí misma una alegría, un gozo superior que está dado por la presencia y la *experiencia* de Cristo. Cuando no existe este tipo superior de alegría significa que los fundamentos de la vida comunitaria están debilitados o distorsionados, lo cual lamentablemente suele suceder en las comunidades cristianas del mundo de hoy, precisamente por las deformaciones en la vida de la fe y en la doctrina, por los influjos de filosofías extrañas al Evangelio.

Esta es la razón por la cual el Concilio, por ejemplo, para evitar estas desviaciones en algunos miembros de las comunidades –pero vale para todos– y, «a fin de que el vínculo de hermandad sea más íntimo entre sus miembros, [desea que] se incorporen

²⁷ Cf. Col 3,14.

²⁸ PC, n. 15.

estrechamente los llamados conversos o con otros nombres a la vida y actividades de la comunidad»²⁹. Supone, por supuesto, que esta vida es en la Verdad y en el Espíritu Santo.

Más adelante, se proponen algunos principios para la renovación más práctica de la vida religiosa; impulsa también al fomento de las vocaciones religiosas, pues la Iglesia necesita siempre de la vida religiosa para renovarse continuamente:

Los sacerdotes y los educadores cristianos pongan un verdadero empeño en dar a las vocaciones religiosas, conveniente y cuidadosamente seleccionadas, nuevo incremento que responda plenamente a las necesidades de la Iglesia. Aun en la predicación ordinaria trátase con más frecuencia de los consejos evangélicos y de las conveniencias en abrazar el estado religioso³⁰.

Lamentablemente, esto pareciera que no se cumple hoy en día, como así tampoco muchas otras prescripciones del Concilio. Por esto nos pide el Vaticano II, que desde el mismo seno de la familia, «los padres, al educar a sus hijos en las costumbres cristianas, cultiven y defiendan en sus corazones la vocación religiosa»³¹.

Este cuidado de la vocación religiosa por parte de los padres es *la única garantía de que se cultive adecuadamente la vocación para el matrimonio*. En efecto, la vocación para el matrimonio cristiano es una vocación sobrenatural y, por lo tanto, es una respuesta para la llamada de Cristo. Y si es verdadera respuesta para esta, la primacía la tiene que tener Cristo mismo que llama. Por ello debe estar presente también la posibilidad y la recomendación de la vida religiosa, pues, si no está abierta ni recomendada esa posibilidad, automáticamente se cierra la vía para un auténtico desarrollo de la vocación matrimonial; en la medida en que esta es verdadera vocación y no en cuanto está constituida meramente sobre la base de la atracción de la naturaleza humana.

Es lícito a los Institutos divulgar el conocimiento de sí mismos para fomentar vocaciones y reclutar candidatos, con tal que esto se haga con la debida prudencia y observando las normas dadas por la Santa Sede y por el Ordinario del lugar. Tengan en cuenta, sin embargo, todos que el ejemplo de la propia vida es la mejor recomendación de su propio Instituto y una invitación a abrazar la vida religiosa. [...] Todos los religiosos, pues, deben infundir el mensaje de Cristo en todo el mundo por la integridad de la fe, por la caridad para con Dios y para con el prójimo, por el amor a la cruz y la esperanza de la gloria futura, a fin de que su testimonio sea patente a todos y sea glorificado nuestro Padre que está en los cielos. De este modo, por intercesión de la dulcísima Virgen María, Madre de Dios, cuya vida es norma de todos, recibirán mayor incremento cada día y darán más copiosos y saludables frutos³².

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ PC, n. 24.

³¹ *Ibidem*.

³² PC, nn. 24-25.

5. Oración, soledad y silencio

Lo que hemos meditado acerca de los medios para buscar y vivir la caridad en la vida laical y en la religiosa, tiene que estar siempre adecuadamente compuesto con la primacía de la contemplación, o sea, con la presencia anticipada de ese fin, que es la caridad, y con el producto de la presencia de la caridad en la inteligencia, que es la visión de Dios. Esto se hace por una búsqueda concreta de la soledad, en la cual se encuentra a Dios. Si hemos meditado la importancia de la vida comunitaria para encontrar a Dios, también es necesario recordar que esa vida comunitaria es una vida profunda, fundada en la caridad, y por ello no puede entenderse de una manera meramente extrínseca. La naturaleza humana, a causa de las deformaciones que lleva consigo por la caída en el pecado, tiende permanentemente a exteriorizar lo que es interior y, de esta manera, volverlo superficial. Por tanto, sea en la vida religiosa, sea tanto más en la vida de los laicos, es necesario busca esa dimensión interior *explícitamente*.

Queremos aquí concluir estas páginas con unas reflexiones en torno al final de la *Secunda Secundae* de la *Suma Teológica* de santo Tomás, acerca de la soledad y el silencio en la vida religiosa.

Como decíamos hace un momento, esto es tanto más importante en la vida laical, puesto que si hay que buscar explícitamente en la vida religiosa soledad y silencio, mucho más hay que buscarlo cuando se vive inmerso en las actividades de este mundo:

La soledad, igual que la pobreza, no es la esencia de la perfección, sino un instrumento de la misma. Por eso, en las *Colaciones de los Padres* el abad Moisés dice que ha de buscarse la soledad para conseguir la pureza de corazón, de igual modo el ayuno y otras prácticas. Ahora bien: es claro que la soledad no es un instrumento adecuado para la acción, sino para la contemplación, conforme a lo que se dice en *Os 2,14*: *La llevaré a la soledad y le hablaré al corazón*. Por eso no es conveniente para las órdenes dedicadas a obras de vida activa, a no ser temporalmente, a ejemplo de Cristo, el cual, como leemos en *Lc 6,12*, *fue al monte a orar y pasaba la noche en oración*. En cambio, es apta para las órdenes que se dedican a la contemplación³³.

En la Iglesia hay comunidades que se dedican directamente a la contemplación, como las de los cartujos, carmelitas, etc. Estas órdenes requieren una soledad estructural. En otro tipo de vocaciones, en cambio, la soledad no puede ser permanente; sin embargo, incluso en esos casos deben buscarse momentos de soledad, como los buscaba Cristo, quien es Modelo perfecto de la vida cristiana: Él poseía perfecta vida contemplativa y perfecta vida activa.

Sin embargo, ha de recordarse que lo que es solitario ha de ser suficiente por sí mismo, lo cual se cumple en aquello a lo que no falta nada, que es la definición

³³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 188, a. 8, c.

del ser perfecto. Por eso la soledad conviene al contemplativo que ya llegó a la perfección [...] ³⁴.

Dicho de otra manera, cuanto más se avanza en la vida espiritual, tanto más es necesaria la soledad.

Por eso la soledad conviene al contemplativo que ya llegó a la perfección, lo cual puede conseguirse de dos maneras. En primer lugar, por solo don de Dios, como fue el caso de Juan el Bautista, quien fue *lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre y, por ello, vivía en desierto desde su niñez*, como se dice en *Lc 1,15-80*. En segundo lugar, mediante el ejercicio de actos virtuosos, conforme a lo que leemos en *Hb 5,14*: *El manjar sólido es para los perfectos, los que en virtud de la costumbre tienen los sentidos ejercitados en discernir lo bueno de lo malo*. Ahora bien: para este ejercicio puede recibir el hombre una doble ayuda. Primero, en el entendimiento, para ser instruido en aquellas cosas que son objeto de la contemplación, para lo cual san Jerónimo dice en *Ad Rusticum Monachum*: *Me agrada que tengas una santa compañía y que no te enseñes a ti mismo*. En segundo lugar, en su voluntad, para que los malos afectos del hombre se vean reprimidos por el ejemplo y la corrección de los otros, ya que, como dice san Gregorio en el trigésimo libro de la *Moral*, al comentar el pasaje de *Job 39,6*: *al que por casa di el desierto, ¿para qué vale la soledad del cuerpo si falta la del corazón? Por eso es necesaria la vida en sociedad para ejercitarse en la perfección, mientras que la soledad va mejor a los perfectos* ³⁵.

Esto significa que tiene que haber un discernimiento prudencial. Cuanto más se avanza en la vida espiritual, tanto más debe haber soledad; pero ese avance en la vida espiritual, a su vez, depende de la auténtica vida comunitaria. En efecto, necesitamos de esa vida en comunidad para crecer en la perfección, pues no podemos desarrollarla individualmente.

Al respecto dice san Jerónimo en *Ad Rusticum Monachum*: *Practicamos muy poco la vida solitaria, a la cual alabaremos siempre, pero queremos que del ejercicio de los monasterios salgan soldados formados que no se asusten ante los primeros ataques, porque ya han realizado las primeras experiencias de su modo de vivir* ³⁶.

En efecto, los monasterios son como una preparación para la soledad, para esa vida eremítica de aquellos que se iban al desierto solos. La vida religiosa, por sí misma, no es vida en soledad, aunque se desarrolle en un monasterio en el desierto, pues la soledad es aquella que se alcanza *por medio* de esta vida religiosa en comunidad, que tanto más perfecta es cuanto más incluye ya la soledad.

Por consiguiente, en la misma proporción en que lo perfecto supera a lo que está ejercitándose en la perfección, supera la vida solitaria, debidamente asumida, a la vida social. Pero si se abraza dicha vida sin un previo ejercicio, resulta

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ *Ibidem*.

sumamente peligrosa, a no ser que la gracia divina supla lo que los otros adquieren por el ejercicio, como ocurrió en san Antonio y san Benito³⁷.

En este artículo del Aquinate revisten también gran importancia las respuestas a las objeciones, una de las cuales consideraremos a continuación:

Como afirma san Agustín en el libro decimonoveno de *La ciudad de Dios: a nadie se le impide el dedicarse a la verdad, que es un laudable reposo. Pero el que uno sea colocado sobre el candelabro no depende de él, sino de sus superiores. Si no se nos impone esa carga*, como añade san Agustín en el mismo pasaje, *hemos de consagrarnos a contemplar la verdad*, para la cual es muy útil la soledad. Sin embargo, los que viven solos son muy útiles al género humano. De ellos dice san Agustín en *Acerca de las costumbres de la Iglesia: Contentándose con el pan que se les da a las horas establecidas y con agua viven en tierras sumamente desiertas, gozando del diálogo con Dios, al cual se han entregado con alma pura. Sin embargo, a algunos les parece que han dejado más cosas humanas que las necesarias, sin apreciar cuánto nos ayuda su oración, su vida y su ejemplo, aunque no nos es dado ver sus cuerpos*³⁸.

Santo Tomás sigue permanentemente la doctrina espiritual de san Agustín, y lo sigue también en este punto que es muy práctico y que constituye como un punto de apoyo para toda la vida eclesial, para el orden de la vida comunitaria y de las distintas comunidades, incluso del orden de la vida apostólica. ¿Cuándo es recto ese orden? Cuando los individuos y las comunidades buscan principalmente la soledad, en el sentido de que buscan la comunión interior con Dios, y también cuando aceptan el ejercicio por la obediencia, es decir, por el mandato del Padre según el cual participan de la obediencia de Cristo, que ha sido enviado por el Padre a su misión. Cristo tenía la soledad perfecta en el sentido de la contemplación perfecta, pues Él era Dios y estaba por encima de todas las cosas humanas. En este sentido, tenía la soledad respecto de los hombres, aunque no la soledad en Dios. Santo Tomás explica que Dios no es solitario en sí, puesto que es una familia de Personas³⁹. Sin embargo, es solitario respecto de la vida humana, porque esa vida es imperfecta respecto de la de Él. Ahora bien, ¿por qué Cristo sale de esa soledad divina para entrar en la vida humana? Por obediencia al Padre, tal como se lee en la *Carta a los Hebreos*: «¡He aquí que vengo –pues de mí está escrito en el rollo del libro– a hacer, oh Dios, tu voluntad!»⁴⁰. Esta es la misión de Cristo, y por eso el auténtico apostolado, que implica el entremezclarse con las cosas humanas y llevar una vida activa –en el sentido perfecto del término–, es tal cuando existe la misión teológica, o sea, cuando existe la obediencia al Padre, que se canaliza como instrumento a través de la obediencia a las distintas instancias que existen en la vida de las diversas comunidades de la Iglesia, siguiendo siempre el impulso del Espíritu Santo. Es obediencia al mismo tiempo libre y real. Libre, porque se basa en el consejo de Cristo, y real, porque implica una verdadera subordinación y un acto específico de la voluntad.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 188, a. 8, ad 4.

³⁹ Cf. *Summa theologiae*, q. 31, a. 2, c.

⁴⁰ Hb 10,7.

COMUNICACIÓN

La adolescencia en serie⁴¹

Belén Blanco Rubio⁴²

En un tiempo de ruido e inmediatez, *Adolescence* (Netflix) abre un espacio incómodo y necesario para mirar de frente la etapa en que todo se tambalea. No es solo trama: interpela a familias, escuela y comunidad cristiana, y nos empuja de la queja a la responsabilidad adulta. Más que condena, propone conversación y criterios: ¿escuchamos de verdad a nuestros adolescentes?, ¿entendemos su mundo exterior e interior? Nuestra respuesta puede convertir el desconcierto en cuidado y la fragilidad en promesa.

‘Adolescence’: una serie que interpela, una mirada que transforma

La adolescencia es un proceso de búsqueda de identidad que se ve especialmente tensionado por las condiciones de la modernidad líquida. “Las certezas ya no son lo que eran”, afirmaba Zygmunt Bauman⁴³. Y en esa fragilidad de referentes, muchos adolescentes caminan solos, hiperconectados, pero emocionalmente desanclados, atrapados en una paradoja cruel: tienen acceso a todo menos a una mirada que los vea de verdad. Sienten dos grandes carencias: la soledad emocional y la falta de referentes en su vida.

Carl Rogers defendía que “la curiosa paradoja es que cuando me acepto tal como soy, entonces puedo cambiar”⁴⁴. Pero para que un adolescente se acepte, necesita sentirse también aceptado, visible, reconocido, querido y escuchado, tanto por sus referentes como por sus iguales. La serie *Adolescence* ha querido poner el foco en los adultos que no están, o llegan tarde y, por ello, las consecuencias pueden ser graves.

En estas páginas, quiero compartir una reflexión profunda sobre lo que la serie dice –y lo que calla– acerca de la adolescencia, el papel de las familias, la tarea educativa y el

⁴¹ Pliego publicado en la revista *Vida Nueva*, núm. 3.425, 13 al 19 de septiembre de 2025.

⁴² Responsable Pedagógica de la Red de Colegios Marianistas de España.

⁴³ Bauman, Z., *Identidad*, Losada (Madrid, 2005).

⁴⁴ Rogers, C., *On becoming a person: A therapist's view of psychotherapy*, Houghton Mifflin (Boston, 1961).

lugar de la fe. Y hacerlo no solo desde una mirada analítica que pone el foco únicamente en la oscuridad, sino también en una mirada contemplativa, esperanzada y que ve que en todo siempre hay una oportunidad de crecimiento, de aprendizaje y de luz. Sobre todo, cuando hablamos de jóvenes, porque –como recuerda el papa Francisco– “cada joven lleva dentro de sí una chispa de luz divina que puede encender grandes cosas”⁴⁵. Esa chispa necesita oxígeno. Y alguien que crea en ella.

Lo que nos muestra la serie: ¿realismo o exageración?

Cuando vi *Adolescence*, supe que no estaba ante una serie más. Es incómoda, sí, pero te lleva a la reflexión. Como educadora, me recordó historias que he acompañado en contextos escolares, familiares y pastorales. No todas con esa intensidad, pero sí con el mismo trasfondo: jóvenes que viven con dolor silenciado, que buscan pertenencia donde no siempre la hay, que prueban sin guía los límites de la vida, con una influencia desmedida de las redes sociales, con problemas de salud mental como consecuencia de una vida desconectada de la realidad, con falta de autoestima, de comunicación con los padres, e incluso casos de violencia extrema como consecuencia de la radicalización de determinadas ideologías. La serie no inventa. Pone luz sobre realidades que muchas veces no vemos con claridad. Habla del precio de la desconexión emocional, de las heridas que se enquistan cuando faltan vínculos, de lo que ocurre cuando nadie se detiene a escuchar de verdad. Y lo hace en clave adolescente, donde pesan la búsqueda de estatus y pertenencia. Veamos algunos de los elementos que muestra.

1. Redes sociales y validación externa

Vivimos un tiempo en el que el valor personal parece medirse en likes. Las redes se han convertido en espejos deformantes, donde se busca aprobación constante y se asume que el éxito es inmediato, o no es. Esta exposición, muchas veces a contenidos violentos o polarizados, deja a los jóvenes expuestos y sin filtros.

2. Fragilidad emocional

Me duele ver a adolescentes que no saben poner nombre a lo que sienten. Ira, frustración, vacío... emociones humanas que necesitan ser reconocidas y contenidas, no reprimidas ni castigadas. La serie muestra lo que ocurre cuando esas emociones no encuentran cauce. Pero yo también he visto cómo florecen cuando alguien les ofrece palabras, calma y espacio para procesarlas: primero se regula, luego se razona.

3. Soledad en medio de la multitud

Nunca han estado tan conectados... ni tan solos. La soledad emocional es una gran constante en la juventud actual. Lo veo en las aulas, en las conversaciones, en las miradas. Jóvenes rodeados de estímulos, pero con vínculos frágiles. Buscan pertenecer,

⁴⁵ Francisco, exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* (Vaticano, 2019).

y si no encuentran espacios sanos, los buscan donde pueden. Por eso la familia, la escuela y la pastoral tienen hoy una tarea inmensa: construir redes reales de pertenencia.

4. Falta de referentes

En varios proyectos con adolescentes y jóvenes, he comprobado cómo esta es una de sus demandas. Sienten que no tienen quien les guíe. Esto, como padres y educadores, no debe provocarnos culpa: vivimos con prisa y cansancio. Pero necesitan adultos confiables que escuchen sin juzgar y se queden incluso cuando todo se tambalea; una mano cercana que a veces empuja y otras sostiene.

5. Normalización de la violencia

Hay violencias visibles –insultos, golpes, desprecios– y otras más sutiles: la descalificación constante, el abandono emocional, la cosificación. En *Adolescence*, la violencia aparece como forma de llamar la atención, de pedir ayuda, de sentir que se existe. Pero el vínculo educativo auténtico puede revertir esa lógica: encuadrar y reparar, en vez de humillar.

6. Sexualidad sin sentido

Aunque no sea el eje principal de la serie, está presente: una sexualidad sin formación, sin afectividad, sin palabras. La hipersexualización y la presión estética agotan a muchos adolescentes, especialmente a las chicas. Pero he comprobado que hablar de sexualidad desde el amor, la dignidad y la verdad transforma, y que cuando les ofrecemos herramientas, las usan con madurez.

A pesar de todo lo que muestra, no debe verse esta serie como una condena, sino como una llamada. Cada herida es también una puerta abierta al encuentro, al cuidado, a la reconstrucción. Como decía Viktor Frankl, “quien tiene un porqué para vivir, puede soportar casi cualquier cómo”. Nuestro reto es ayudarles a encontrar ese porqué. ¿Cómo ofrecer entonces una mirada contemplativa y esperanzada?

- Reconocer su riqueza interior. Detrás de las heridas, los adolescentes esconden capacidad de autenticidad, compasión, creatividad y compromiso.
- Ofrecer referentes adultos presentes y coherentes. Más que discursos, adultos confiables, vulnerables, que modelen cómo vivir con verdad.
- Construir comunidades que acompañan. Escuela, familia y comunidad cristiana como espacios de pertenencia real.
- Educar para el sentido y la esperanza. Abrir preguntas profundas, promover pensamiento crítico y cultivar la espiritualidad.

Claves para su análisis y faros para el camino de educar

1. Adolescencia y familia

Toda la serie está marcada por el papel de la familia. Especialmente, el capítulo final es una dura reflexión sobre el papel de los padres. Estos pueden fortalecer su rol en la formación de sus hijos, frente a un mundo que parece alejarlos cada vez más reforzando cuestiones como estas:

- Ser presencia, no solo provisión. Ser referentes. En un mundo que ofrece todo a un clic, la mayor necesidad de los hijos es la presencia emocional y afectiva. Estar disponibles, atentos, abiertos a escuchar sin juzgar.
- Confiar en el vínculo, incluso en el conflicto. La adolescencia es una transformación. Aunque los hijos se alejen, siguen necesitando referentes adultos firmes y amorosos. Lo importante es que confíen en que pueden volver a ti cuando más lo necesiten.
- Formarse para acompañar con criterio y ternura. Ser padre/madre hoy requiere actualizar herramientas educativas: entender la cultura digital, las emociones adolescentes, los nuevos códigos relacionales.
- No educar solos. Se necesita comunidad educativa: escuela, Iglesia y familia deben ir de la mano. Buscar redes de apoyo, grupos de padres, espacios donde compartir la experiencia y no vivirla en soledad.
- Nadie sustituye a un padre o madre presente. Los algoritmos no dan amor. Las redes no educan la conciencia. Los *influencers* no ofrecen sentido. La palabra, el abrazo, la coherencia, el perdón... marcan la diferencia.
- Equilibrar el amor y la disciplina. Educar no es elegir entre el cariño o la firmeza, sino aprender a amarlos profundamente... y formarles responsablemente.
- Buscar la coherencia, no la perfección. Lo que más marca a un hijo no es si sus padres son “estrictos” o “permisivos”, sino si son predecibles, justos y auténticos. Cambiar de criterio según el estado de ánimo desorienta. Educar con exigencia y ternura enseña a confiar.

En la serie lo que se muestra es la falta de presencia afectiva sostenida. En *Adolescence*, el padre llegó tarde emocionalmente. La pregunta no es si “se equivocó”, sino si hubo conexión, escucha, límites claros y disponibilidad emocional. Y también hay que perdonarse como padres. Educar es un camino de ensayo y error. Todos los padres nos equivocamos. La clave está en revisarse, pedir perdón y seguir creciendo junto a los hijos. El verdadero equilibrio no se logra haciendo todo perfecto, sino amando con verdad y formando con sentido. A veces, eso duele, pero siempre deja huella.

En ocasiones, los padres tenemos la sensación de haber perdido el control sobre la educación de nuestros hijos frente a la tecnología y la cultura actual. No todo está perdido. Es normal sentirse desbordados. Vivimos en un tiempo donde la velocidad del

cambio tecnológico y cultural ha superado la capacidad de adaptación de muchas familias. Es bueno recordar a los padres que:

- No necesitas saber más de tecnología que tus hijos. Lo más importante no es saber usar TikTok, sino entender lo que tus hijos buscan en él. Pregunta, escucha, muestra interés genuino por su mundo.
- El vínculo siempre pesa más que el algoritmo. Un adolescente puede estar expuesto a miles de estímulos, pero si se siente visto y amado por sus padres, tendrá raíces para discernir. Se trata de ser un punto de referencia constante.
- Educar no es aislar del mundo, sino preparar para habitarlo con sentido. No podemos blindarlos de todo, pero sí darles criterios, herramientas, valores y ejemplo para que sepan cómo navegar.
- La tecnología necesita límites claros, dialogados y sostenidos, igual que cualquier otra dimensión de la vida.

2. Amistad y pertenencia

Adolescence muestra cómo los jóvenes buscan validación y pertenencia, a veces en comunidades dañinas o influencias negativas. La serie evidencia lo que ocurre cuando los jóvenes no encuentran comunidad, sentido ni escucha en los espacios sanos. En la adolescencia, sentirse parte de algo es casi tan vital como comer o respirar: construyen su identidad en relación con los otros y buscan espejos donde reconocerse, pertenecer y afirmarse.

La serie muestra la tensión entre pertenecer (ser recibido como eres) y encajar (amoldarte para no sobrar). Sin un adulto que sostenga el clima, el grupo se hace aduana; con adultos confiables, el grupo se vuelve taller de humanidad donde ensayar vínculos sin miedo a la expulsión.

Pertenecer sin tener que parecer. El grupo es laboratorio de estatus: duele tanto la invisibilidad como el rechazo. Hace falta arquitectura de acogida: círculo de bienvenida, roles rotatorios, un “¿te vienes?” explícito y mapa de apoyos. Hay que tener criterio para decir ‘no’ sin perder valor; proponer referentes y grupos sanos.

Los grupos de fe pueden también pueden ser una propuesta alternativa a los modelos superficiales:

- Transmiten que vale la pena pertenecer sin tener que parecer.
- Ayudan a descubrir que no se está solo, que Dios también forma parte del grupo.
- Ofrecen valores profundos y relaciones duraderas.

3. Adolescencia y mundo digital

Adolescence muestra cómo las redes sociales afectan a la construcción de la identidad y el bienestar de los adolescentes. En la serie, el protagonista es influenciado por ideologías tóxicas en línea. Se da una crisis de identidad y de validación debido a la presión social en línea. La serie insinúa que muchos conflictos no nacen en internet, pero se amplifican allí: cuando el reconocimiento depende del contador de *likes*, el criterio se externaliza.

El objetivo no es la “desintoxicación heroica” de una semana, sino tener hábitos sostenibles que permitan estar con pantallas sin estar en pantallas todo el tiempo. Demonizar las redes cierra conversación; idealizarlas, también. Necesitamos criterio y criterios compartidos⁴⁶.

Además, las redes –al proyectar una identidad basada en la apariencia, la aprobación externa y la inmediatez– dificultan el proceso interior de autoconocimiento, fundamental para el crecimiento espiritual y ético. La espiritualidad auténtica se construye en el silencio, la reflexión y la coherencia interna, en el encuentro auténtico con el otro; justo lo contrario de la lógica algorítmica.

La lógica de consumo y entretenimiento constante dificulta la capacidad de: hacerse preguntas profundas, aceptar el dolor y el límite, conectar con el misterio o con los otros en profundidad. Esto debilita el sentido de vocación, responsabilidad y comunidad, fundamentales en la ética y la espiritualidad juvenil.

Hay un riesgo de doble vida. Muchos jóvenes sienten que tienen que “actuar” en redes, construir un personaje. Esto genera tensión entre quiénes son realmente y quiénes deben parecer ser. Esta disociación afecta a la formación de una conciencia ética integrada. También puede generar culpa, ansiedad o desconexión del propio yo espiritual. Hay también una distorsión entre el bien y el mal. La línea que los separa es confusa. Se diluye.

Qué importante es, por tanto, tener claro como educadores que hay que formar criterio ante el odio y la polarización que muchas veces se dan en el mundo virtual; y que tenemos que estar en el mundo en el que están.

Los educadores y las familias estamos llamados a ayudar a los adolescentes a desarrollar un pensamiento crítico frente al peligro de las redes y las ideologías tóxicas que en ellas se encuentran. Para ello, es preciso:

- Promover el pensamiento crítico desde pequeños. Enseñar a preguntar: ¿quién dice esto? ¿Con qué intención? ¿A quién beneficia? Utilizar ejemplos concretos de discursos virales para desmontar narrativas tóxicas.
- Escuchar sin juzgar. Muchos adolescentes se sienten atraídos por discursos radicales porque les dan seguridad, probablemente porque no la encuentran en otros lugares. La

⁴⁶ Francisco, *Christus vivit* (2019), nn. 86-90: oportunidades y riesgos del mundo digital; formar criterio y vínculos reales.

familia y la escuela deben ser espacios donde puedan expresar lo que piensan sin miedo a ser etiquetados o silenciados.

- Acompañar su vida digital. No basta con “decirles que tengan cuidado en internet”. Hay que educar en alfabetización digital y emocional: ¿qué sienten cuando consumen cierto tipo de contenido? ¿Qué valores transmite esa persona o cuenta?
- Modelar con el ejemplo. Se educa más por lo que se hace que por lo que se dice. Adultos que leen, contrastan, se informan y reconocen sus propios sesgos enseñan más que cualquier discurso. Es vital mostrar cómo se puede disentir con respeto, reconocer errores y cambiar de opinión.
- Herramientas prácticas. Dinámicas de aula sobre “noticias falsas”, discursos de odio, machismo o populismo digital. Promover el seguimiento de referentes positivos, que combinen firmeza ética con inteligencia emocional.
- Cultivar raíces profundas. Jóvenes con autoestima sólida, pensamiento reflexivo y vínculos afectivos fuertes tienen menos riesgo de ser captados por ideologías destructivas.

La presión social en línea provoca una crisis de identidad y de validación. La fe puede ofrecer un camino alternativo para encontrar valor y sentido a la vida.

- Identidad recibida, no construida: “Tú eres mi hijo amado” (Mc 1, 11). La fe ofrece una identidad estable: no soy valioso por lo que hago o aparento, sino porque soy amado gratuitamente por Dios.
- Valor sin condiciones. Frente a la lógica meritocrática de las redes, la fe proclama que todo ser humano tiene dignidad inviolable, más allá de sus éxitos o fracasos. Esto permite tener una autoestima sana y profunda.
- Sentido más allá de uno mismo. La fe propone una vida con propósito: no vivir solo para uno mismo, sino para servir, amar y transformar el mundo. Esto contrarresta el vacío existencial que muchas veces se esconde detrás de la hiperconectividad.
- Espiritualidad encarnada. La oración, el silencio, la comunidad, el testimonio de vida... son espacios donde el adolescente puede reconectarse con lo esencial y liberarse de la superficialidad digital.

La fe es un camino profundo de encuentro con uno mismo, con Dios y con los demás. En tiempos de pantallas y presión, es una voz que susurra: “Tú vales porque existes, porque eres único, y porque estás llamado a amar y ser amado. No estás solo, yo estoy contigo”.

4. Escuela: la autoridad como vínculo

En el episodio dos de la serie, se muestra una escuela donde la autoridad parece rota: los adultos no logran contener, comprender ni guiar a los adolescentes. No hay autoridad auténtica, solo control o resignación. Esto refleja una realidad muy actual: los

educadores enfrentan desafíos enormes en contextos de fragilidad emocional, desconfianza hacia lo institucional y pérdida de referentes claros. Ante esto, ¿qué hacer como educadores y como educadores cristianos?

Es muy importante reforzar dos principios inamovibles de la educación:

- La mejor fórmula para la educación es un alma en contacto con otra alma (pedagogía de la presencia).
- La relación entre escuela y familia es esencial. En la familia residen los primeros educadores⁴⁷. De la confianza mutua brotarán pilares firmes en el alumno/hijo.

Además, hay algunas actitudes que pueden ayudar:

- a. Recuperar la educación como vocación, no solo función.
- b. El educador como figura referencial. Necesitan formación emocional y espiritual, además de pedagógica; tener comunidades profesionales de cuidado y sentido; sentirse escuchados y acompañados; sentir confianza por parte de las familias.
- c. Transformar la mirada: “Te veo, creo en ti, aunque hoy estés perdido”.
- d. La autoridad como servicio. “El que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos” (Mc 9, 35). La autoridad cristiana no se impone: acompaña, sostiene, escucha, se entrega. Un educador que vive esta actitud genera confianza y presencia significativa.
- e. Relación basada en la dignidad. Ver en el alumno una persona sagrada. Esto ayuda a mirar con misericordia, paciencia y fe, incluso cuando el comportamiento no es fácil. No dar por malo lo que no es del todo bueno.
- f. Modelo de humanidad plena. Jesús como maestro. Este modelo inspira una pedagogía del encuentro, que va más allá del currículo: forma personas.
- g. Esperanza activa. En un entorno educativo marcado por el cansancio y la frustración, la fe cristiana ofrece una esperanza encarnada: nada ni nadie está perdido.
- h. Los valores cristianos no sustituyen métodos pedagógicos, pero pueden dar sentido y profundidad al ejercicio educativo.

También hay estrategias educativas que contribuyen a este fin:

- Educación crítica en medios y redes: incluir en el currículo una alfabetización digital crítica.

⁴⁷ Concilio Vaticano II, *Gravissimum educationis* (1965), n. 1: educación integral y corresponsabilidad de familia, escuela y sociedad.

- Tutorías sobre identidad digital: sesiones grupales sobre cómo se construye la imagen online, el impacto emocional de los likes, el acoso digital o la presión estética. Dinámicas de reflexión: ¿quién soy en redes?, ¿qué busco?, ¿cómo me afecta?
- Fomento del pensamiento lento y la interioridad: espacios en el aula para el silencio, la lectura profunda y la atención plena. Proyectos que desarrollen la escucha activa, el diálogo y la empatía, frente a la inmediatez del clic.
- Cultura del cuidado: acompañamiento emocional constante, formación en habilidades socioemocionales y creación de entornos seguros. Educar en la ética de la mirada y del lenguaje: lo que digo o comparto en línea tiene consecuencias reales.

Y estrategias pastorales:

- Espiritualidad adaptada a la era digital: retiros, oraciones o experiencias de fe que dialoguen con lo que los jóvenes viven en redes, sin negar ni idealizar lo digital.
- Crear espacios donde puedan expresar sus búsquedas, dudas y anhelos sin sentirse juzgados.
- Testimonio de referentes significativos.
- Mostrar a figuras públicas o agentes pastorales que usan las redes con autenticidad, coherencia y sentido ético. Trabajar con jóvenes influencers o creadores de contenido con valores.
- Proyectos pastorales digitales: animar a crear contenidos (podcasts, vídeos, campañas) con mensajes de esperanza, justicia, fe o solidaridad.
- Formación a familias sobre cultura digital: talleres que ayuden a comprender lo que viven los adolescentes. Acompañamiento para pactar normas, dialogar con confianza y comprender los códigos juveniles.

5. Pastoral: procesos, no eventos⁴⁸

La serie *Adolescence* muestra una ausencia de espiritualidad que no es casual: representa una sociedad que ha dejado de mirar más allá de lo visible y, con ello, ha dejado a los jóvenes sin horizonte, sin centro, sin esperanza profunda.

Los adolescentes necesitan algo más que normas o contención: necesitan sentido. La falta de espiritualidad debilita su capacidad de resistir la frustración, tomar decisiones éticas, asumir el dolor con esperanza y saberse valiosos más allá del rendimiento o la imagen.

⁴⁸ Francisco, *Evangelii gaudium* (2013), nn. 24 y 46: Iglesia en salida; ralentizar para ver y escuchar; preferir procesos a ocupaciones estériles.

Cuando los jóvenes no encuentran comunidad, sentido ni escucha en los espacios sanos, buscan pertenencia en lugares oscuros. Por eso, la Iglesia tiene hoy una doble tarea profética y compasiva:

- Crear lugares donde el joven pueda ser quien es, sin miedo, sin filtros.
- Hacer que las parroquias, colegios o centros juveniles sean más hogar que institución.

Para lograrlo, es importante:

- Formación de agentes pastorales en acompañamiento afectivo y no moralizante.
- Espacios sin juicio, donde se hable de redes, sexualidad, miedos, fe, fracaso...
- Salir al encuentro con lenguaje nuevo y corazón antiguo (el del Evangelio).
- Ambiente de comunidad real, no de eventos puntuales. Mejor tres pasos acompañados que diez actividades sueltas. La pastoral juvenil eficaz integra pertenencia, sentido y servicio.
- Grupos pastorales que son espacio de acogida y crecimiento, donde no hay etiquetas, hay referentes adultos, se celebra y se cuida, se implican y se acompaña.

“Cuando ayudamos a otros a discernir su camino en la vida, lo primero es saber escuchar... que el otro sienta que lo escucho incondicionalmente”⁴⁹.

6. Identidad, cuerpo y relación entre géneros

Adolescence plantea una reflexión sobre el desafío de los jóvenes para reconocer su identidad. La serie exhibe lo que muchas familias viven: cuerpos que cambian antes de que el lenguaje afectivo esté disponible; deseo que busca caminos; pudor y culpa por no tener aún un “mapa” claro. La prisa social simplifica: o permisivismo sin brújula o moralismos que clausuran la conversación. La educación cristiana ofrece otra vía: nombrar sin condenar, discernir sin precipitarse, acompañar sin delegar en la pantalla. En la adolescencia, el “quién soy” se encarna en el “qué hago con mi cuerpo”⁵⁰ y “qué historias creo sobre mí”. La serie acierta al mostrar que, sin adultos confiables, el relato lo dictan el grupo y el algoritmo. Cuando un adulto ayuda a diferenciar lo que siento, lo que deseo y lo que elijo, el adolescente empieza a apropiarse de su historia corporal⁵¹.

En la adolescencia, el cerebro está “en obras”: hay que probar para saber quién soy, pero esa exploración necesita barandillas; además, la mirada del grupo pesa mucho y lo que los iguales aprueban o desaprueban influye más que antes. Desde la psicología, Erikson describe esta etapa como el paso de la confusión de roles a la construcción de identidad:

⁴⁹ Francisco, *Christus vivit* (2019), nn. 292-294: escucha incondicional y acompañamiento paciente de los procesos juveniles.

⁵⁰ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* (1965), n. 14: la persona es unidad de cuerpo y alma; dignidad del cuerpo.

⁵¹ Francisco, *Amoris laetitia* (2016), n. 285: aceptar el propio cuerpo y respetar la diferencia.

se crece cuando se puede explorar con límites claros y con adultos cerca (Erikson, 1968). La neurociencia del desarrollo confirma una gran plasticidad y sensibilidad al estatus, por eso ayudan rituales de paso (marcar etapas sin tener que “demostrar” nada con riesgos) y la coherencia adulto grupo (que todos, también los adultos, vivan las mismas reglas y reparen si se equivocan) (Steinberg, 2014/2019).

En este sentido, desde el punto de vista educativo es importante promover una visión saludable de la masculinidad y de la feminidad. A ello, ayudan los siguientes elementos:

- Identidad como proceso, no como etiqueta. Los adolescentes buscan definirse ante el mundo, muchas veces desde referentes rotos o extremos. Educar en la identidad es ayudar a los jóvenes a reconocerse como un proceso en construcción, libre de estereotipos y presiones externas.
- Desmontar estereotipos sin imponer nuevos.
- Crear espacios de diálogo seguro. Tutorías, grupos de pastoral pueden ofrecer espacios para hablar abiertamente sobre cuerpo, identidad, emociones, sexualidad, presión social... Con acompañantes formados, sin moralismos ni prejuicios.
- Educar con modelos reales y diversos. Mostrar referentes de masculinidad y feminidad que vivan desde la empatía, la ternura, el cuidado, la firmeza ética, la coherencia y la libertad interior, no desde la apariencia o la dominación.
- Aportación desde la espiritualidad cristiana. La fe invita a descubrir que la identidad más profunda no se basa en roles sociales, sino en el ser hijos amados de Dios. Ofrece una visión de masculinidad y feminidad al servicio del otro, abierta al encuentro, a la entrega, a la plenitud.
- Acciones concretas: una buena educación afectivo-sexual⁵², fomento de relaciones sanas e igualitarias, prevención de la desigualdad, evitar discursos ideologizados. Testimonios de hombres y mujeres que han roto moldes desde el cuidado y la justicia.

En este sentido, la familia es fundamental por ser el primer espacio donde una persona aprende quién es, cuánto vale y cómo se ama. Su influencia es única por estas razones:

- Raíz de pertenencia. Saber que “soy parte de algo”, que tengo un lugar y un origen, da estabilidad a la identidad.
- Modelos encarnados. Los hijos aprenden cómo ser hombres, mujeres, personas a partir de los adultos que tienen cerca.

⁵² Francisco, *Amoris laetitia* (2016), nn. 280- 282: educación sexual como educación para el amor y el don; a su tiempo y con discernimiento.

- Lugar de libertad y límite. La identidad se forja con límites claros, afectivos, razonados. Una familia que pone normas desde el amor y no desde el miedo fortalece la seguridad interna del adolescente.

A su vez, la Iglesia, en su dimensión comunitaria y pastoral, puede ser un apoyo y un complemento de la familia:

- Acompañamiento familiar. Ofrecer espacios de formación afectiva y espiritual para padres.

- Espacios comunitarios donde ser uno mismo. Grupos juveniles, catequesis, espacios donde los jóvenes sean reconocidos por su nombre, no por su rendimiento. La comunidad cristiana puede actuar como “familia ampliada”.

- Propuesta de sentido trascendente. La fe ayuda a entender que la identidad se basa en la verdad profunda de ser hijas e hijos de Dios.

7. Sobre el salto generacional y la incomunicación

En la serie, los adolescentes ven a los adultos como seres incapaces de comprenderlos. En la actualidad, esta brecha se amplía por diversos motivos: ritmos de vida distintos (lo digital vs. lo analógico); falta de referentes comunes; adultos que reaccionan más que comprenden; jóvenes que sienten que hablar no sirve porque no se sienten escuchados con atención. No basta con entender su mundo: hay que entrar en él con respeto, sin invadir, sin ridiculizar, sin moralizar.

Es esencial enseñar a los jóvenes a expresar sus emociones y preocupaciones de una manera que los adultos puedan entender y atender adecuadamente. Para ello, hay que ofrecerles un lenguaje emocional desde pequeños: no decir solo “¿qué te pasa?”, sino “¿te sientes frustrado, solo, confundido...?”. Aprender a expresar emociones. Fomentar espacios de expresión segura: círculos de palabra, diarios personales, arte, acompañamientos individuales... Cuando un adolescente ve que su vulnerabilidad no es despreciada, aprende a confiar y a abrirse.

En *Adolescence*, la falta de diálogo dentro de la familia y la escuela agrava los problemas de los jóvenes. Para afrontarlo, debemos fomentar una cultura del encuentro y la escucha en los hogares y centros educativos, promoviendo prácticas sencillas pero constantes: comidas sin pantallas, tutorías que escuchen antes de sancionar, saludos con nombre, formación para docentes y familias en escucha activa, y lenguaje no violento.

También es bueno desde la pastoral desarrollar estrategias como estar sin invadir: compartir espacios informales (deporte, meriendas, salidas), antes que solo sesiones formativas; preguntar sin interrogar: usar preguntas abiertas (“¿cómo viviste eso?”, “¿qué piensas tú?”); mostrar vulnerabilidad: contar también lo que cuesta, lo que duele, lo que uno no sabe.

Una buena oportunidad educativa

En la serie encontramos luces claras, como que huye del sermón y capta la ambivalencia moral propia de la etapa: amistades que salvan y dañan, decisiones buenas por motivos torcidos y viceversa. Visibiliza la dimensión corporal y social de la identidad y el peso de la mirada del grupo. Ese realismo abre la puerta a educar: cuando un guion no da soluciones mágicas, deja espacio al criterio y a la conversación guiada. Es una ventana de oportunidad para que sea instrumento de diálogo educativo. Hay que ir más allá del simplismo de la crítica a la adolescencia y la sociedad actual, para adentrarnos en la posibilidad de construir desde el dolor.

También presenta algunas sombras, como que los adultos a veces son caricatura (o ausentes), lo que empobrece la verosimilitud de la reparación. Son prototipos extremos, en los que en una sola persona se dan muchos rasgos y elementos que en la vida real aparecen separados.

Algunas imágenes del dolor rozan la estética del sufrimiento. Falta la aparición de espacios comunitarios creíbles donde se vea el proceso (aula que repara, parroquia que contiene, vecino que nombra)⁵³.

Muchos padres y educadores nos hemos preguntado si deberíamos ver esta serie con nuestros hijos/ alumnos o cómo reaccionar ante ella. Algunas claves:

- No es para todas las edades y hay que tener muy en cuenta el nivel de madurez y el contexto. Aunque está catalogada para 12 años, dependiendo del adolescente puede ser pronto.
- No evitarla, sino acompañarla. Evitar este tipo de series por su crudeza puede suponer perder una oportunidad educativa muy valiosa. *Adolescence* no busca el morbo, sino una denuncia social y una llamada a la reflexión. Verla en compañía de adolescentes puede convertirse en una experiencia transformadora si se acompaña con escucha y diálogo. Tender puentes (FT 216-219): ver juntos, hablar juntos, reparar juntos.
- Ver con mirada crítica, no como entretenimiento pasivo. Padres y educadores deben promover una visión crítica: no se trata solo de “ver juntos”, sino de pensar juntos. Hacer preguntas como: ¿qué te ha hecho sentir esta escena? ¿Crees que esto puede pasar en tu entorno? ¿Qué piensas del comportamiento de los adultos/personajes?
- Utilizarla como recurso educativo. En contextos escolares o familiares, esta serie puede: ayudar a identificar problemas reales que viven los jóvenes (soledad, masculinidad tóxica, presión social); abrir espacios para hablar de temas difíciles que a menudo se silencian; fomentar el desarrollo de habilidades emocionales y éticas, como la empatía, el juicio crítico o la responsabilidad.

⁵³ Francisco, *Amoris laetitia* (2016), nn. 268- 269: corrección que anima; límites con ternura y reparación.

- Evitar que se vea de forma individual, especialmente si hay antecedentes de vulnerabilidad emocional. Conviene contextualizar en el aula y en familia para evitar imitaciones o lecturas glorificantes.

- Clave: conversación y presencia. La reacción más valiosa ante una serie así no es ni la censura ni la exposición sin filtro, sino la presencia adulta significativa: alguien que acompaña, pregunta, escucha y no juzga.

Para terminar, creo que la serie nos ayuda a todos a poner el foco en tres ideas clave:

- La urgencia de estar presentes: no basta con proveer, hay que mirar, sentir, acompañar.

- La importancia de los vínculos verdaderos: cuando no los encuentran, los jóvenes aceptan incluso los tóxicos.

- La necesidad de una comunidad que abraza lo roto: hogar, escuela, Iglesia... todos estamos llamados a ofrecer lugares donde ser uno mismo no cueste tanto.

No debemos olvidar que entre el *like* y el encuentro hay una puerta que se abre diciendo el nombre del otro con respeto. La fragilidad no es una condena, es el lugar donde la promesa prende fuego si hay adultos que se quedan, comunidades que acogen y una fe que no huye del dolor.

Termino con cinco compromisos en primera persona:

- Estaré.

- Escucharé.

- Pondré límites que cuidan.

- Pediré ayuda cuando no llegue.

- Seré comunidad.

Si logramos convertir estas palabras en hábitos, veremos cómo esa chispa de luz que a veces asoma en la pantalla se vuelve hogar en la vida real.



Los sueños misioneros de Don Bosco

Una visión profética⁵⁴

Don Bosco, aunque nunca marchó como misionero ad gentes, siempre cultivó en la mente y en el corazón el deseo de ampliar el carisma salesiano más allá de cada frontera y compartir el Evangelio con el mundo entero. Esto se refleja bien en sus cinco sueños misioneros.

1. Patagonia (1872)⁵⁵

Me pareció encontrarme en una región salvaje y por completo desconocida. Era una inmensa llanura completamente inculta, en la que no se descubrían montes ni colinas. En sus lejanísimos confines se perfilaban escabrosas montañas. Vi en ella una turba de hombres que la recorrían. Estaban casi desnudos, eran de altura y estatura extraordinarias, de aspecto feroz, cabellos largos e hirsutos, color bronceado y negruzco e iban vestidos con amplios mantos de pieles de animales que les caían por las espaldas. Usaban como armas una especie de lanza larga y la honda (el lazo). Estas turbas de hombres, esparcidos por acá y acullá, ofrecían a los ojos del espectador escenas diversas; unos corrían detrás de las fieras para darles caza; otros llevaban clavados en las puntas de sus lanzas trozos de carne ensangrentada. Por una parte, unos luchaban entre sí, otros peleaban con soldados vestidos a la europea, y quedaba el terreno cubierto de cadáveres. Yo temblaba al contemplar semejante espectáculo, y he aquí que aparecieron en los límites de la llanura numerosos personajes, en los cuales reconocía, por sus ropas y su manera de obrar, a los misioneros de varias Órdenes. Estos se aproximaban para predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo. Los observé atentamente, mas no reconocí a ninguno. Se mezclaron con los salvajes, pero ellos, apenas los veían, se les echaban encima con furor diabólico y alegría infernal, los mataban y con saña feroz los descuartizaban, los cortaban a pedazos y colocaban trozos de sus carnes en la punta de sus largas picas. Luego se repetían las luchas entre ellos y con los pueblos vecinos.

⁵⁴ Artículo publicado en los materiales de la Jornada Misionera Salesiana 2025.

⁵⁵ MB X, 60-61.

Después de observar las horribles matanzas, me dije: “¿Cómo convertir a esta gente tan salvaje?”

Vi entretanto en lontananza un grupo de otros misioneros que se acercaban a los salvajes con rostro alegre, precedidos de un pelotón de muchachos.

Yo temblaba pensando: -Vienen para hacerse matar.

Y me acerqué a ellos; eran clérigos y sacerdotes. Los miré atentamente y vi que eran nuestros salesianos. Los primeros me eran conocido y, si bien no pude conocer personalmente a otros muchos que les seguían, me di cuenta de que eran también misioneros salesianos, precisamente de los nuestros.

Pero “¿cómo es esto?”, exclamé.

Estaba decidido a no dejarlos avanzar y me dispuse a detenerlos. Esperaba que de un momento a otro corrieran la misma suerte que los anteriores. Quise hacerles volver atrás, cuando noté que su aparición había provocado la alegría en aquellas turbas de bárbaros, los cuales bajaron las armas, cambiaron su ferocidad y recibieron a nuestros misioneros con las mayores muestras de cortesía.

Maravillado de ello, me decía a mí mismo: “¡Ya veremos cómo termina esto! ”

Y vi que nuestros misioneros avanzaban hacia las hordas de salvajes; les hablaban, y ellos escuchaban atentamente su voz; les enseñaban y aprendían prontamente; les amonestaban, y ellos aceptaban y ponían en práctica sus avisos. Seguí observando y me di cuenta de que los misioneros rezaban el santo Rosario, mientras los salvajes corrían por todas partes, les abrían paso y contestaban con gusto a aquella plegaria. Los Salesianos se colocaron en el centro de la muchedumbre, que les rodeó, y se arrodillaron. Los salvajes echaron las armas a los pies de los misioneros y también se arrodillaron. Y he aquí que uno de los salesianos entonó el: Load a María; y aquellas turbas, todos a una voz, continuaron el canto tan al unísono y en tono tal, que yo, casi espantado, me desperté.

2. América del Sur (1883)⁵⁶

Era la noche precedente a la fiesta de Santa Rosa de Lima, 30 de agosto, y tuve un sueño. Me parecía estar durmiendo y, al mismo tiempo, que corría a gran velocidad, por lo que me sentía cansado no sólo de correr, sino también de escribir y como consecuencia del trabajo propio de mis habituales ocupaciones. Mientras pensaba si se trataba de un sueño o de una realidad, me pareció entrar en una sala de estar donde había numerosas personas hablando de cosas diversas.

Se entabló una larga conversación sobre la multitud de salvajes que en Australia, en las Indias, en China, en África y más particularmente en América, viven aún en número extraordinario sepultados en las sombras de la muerte.

⁵⁶ MB XVI, 325-333.

-Europa, dijo con seriedad uno de aquellos pensadores, la cristiana Europa, la gran maestra de la civilización, parece que se deja llevar de la apatía respecto a las misiones extranjeras. Pocos son los que se sienten animados a emprender largos viajes hacia países desconocidos para salvar las almas de millones de criaturas que también fueron redimidas por el Hijo de Dios, por Cristo Jesús.

Otro dijo: ¡Qué enorme cantidad de idólatras viven fuera de la Iglesia, lejos del conocimiento del Evangelio, solamente en América! Los hombres piensan y los geógrafos se engañan al creer que las Cordilleras de América son como una gran muralla que nos separa de aquella parte del mundo. Y no es así. Aquellas extensísimas cadenas de montañas tienen muchas sinuosidades de mil, y más kilómetros de longitud. En ellas hay selvas inexploradas, bosques, animales, piedras que por otra parte escasean en aquellas latitudes. Carbón mineral, petróleo, cobre, hierro, plata y oro escondidos en aquellas montañas, en el lugar donde fueron colocados por la mano omnipotente del Creador en beneficio de los hombres. ¡Oh, Cordilleras, Cordilleras, cuán rica es vuestra zona oriental!

En aquel momento me sentí presa del deseo de pedir explicaciones sobre muchas cosas y de saber quiénes fuesen aquellas personas allí reunidas y en qué lugar me encontraba. Pero dije para mí:

-Antes de hablar es necesario que observe qué clase de gente es ésta.

Y dirigí la mirada a mi alrededor y pude comprobar que todos aquellos personajes me eran desconocidos. Ellos entretanto, como si sólo en aquel momento me hubiesen conocido, me invitaron a pasar y me acogieron bondadosamente.

Yo pregunte entonces: -Decidme, por favor: »Estamos en Turín, en Londres, en Madrid o en París? »Dónde estamos? »Y vosotros, quiénes sois? »Con quién tengo el gusto de hablar?

Pero todos aquellos señores contestaban de una manera vaga hablando siempre de las misiones. Inmediatamente después se acercó a mí un joven de unos dieciséis años, de amable expresión y de sobrehumana belleza, cuyo cuerpo despedía una luz más radiante que la del sol. Su vestido estaba tejido con celestial hermosura y en la cabeza llevaba un gorro a manera de corona recamado de visísimas piedras preciosas. Mirándome con ojos de bondad, mostró por mí un interés especial. Su sonrisa expresaba un afecto atrayente en extremo. Me llamó por mi nombre, me tomó de la mano y comenzó a hablarme de la Congregación Salesiana.

Yo me sentía encantado sólo con escuchar su voz. A cierto punto lo interrumpí diciéndole: »Con quién tengo el honor de hablar? Haced el favor de decirme vuestro nombre.

Y el joven: -¡No temáis! Hablad con toda confianza, que estáis con un amigo.

-Pero ¿y vuestro nombre?

-Os lo diría si hiciese al caso, pero no hace falta, porque me debéis conocer.

Y mientras decía esto, sonreía.

Me fijé mejor en aquella fisonomía rodeada de luz. ¡Cuán hermosa era! Entonces reconocí en él al hijo del Conde Luis Fleury Colle, de Tolón, insigne bienhechor de nuestra casa y especialmente de las Misiones de América. Este jovencito había muerto poco tiempo antes.

-¿Oh, tú?, exclamé llamándole por su nombre. ¡Luis! ¿Y todos éstos quiénes son?

-Son amigos de vuestros Salesianos y yo como amigo vuestro y de los Salesianos, en nombre de Dios, querría daros un poco de trabajo.

-Veamos de qué se trata. ¿Qué trabajo es ése?

-Sentaos aquí, en esta mesa, y después tirad de esta cuerda.

En medio de aquella gran sala había una mesa sobre la que estaba enrollada una cuerda y vi que la cuerda estaba marcada como el metro con rayas y números. Más tarde me di cuenta también de que aquella sala estaba colocada en América del Sur, precisamente sobre la línea del Ecuador y que los números grabados en la cuerda correspondían a los grados geográficos de latitud. Yo tomé, pues, un extremo de la cuerda, lo examiné y vi que al principio tenía señalado el número cero.

Yo reía.

Y aquel joven angelical, me dijo:

-No es tiempo de reír. ¡Observad! ¿Qué es lo que hay escrito sobre la cuerda?

-El número cero.

-Tirad un poco.

Tiré un poco de la cuerda y apareció el número 1.

-Tirad aún un poco más y haced un gran rollo con la cuerda. Así lo hice y aparecieron los números 2, 3, 4, hasta el 20.

-¿Basta ya?, pregunté.

-No; más, más. Seguid tirando hasta que encontréis un nudo, replicóme el jovencito.

Continué tirando hasta el 47, donde encontré un grueso nudo. Desde aquí la cuerda seguía pero dividida en numerosas cuerdecillas que se dirigían hacia Oriente, Occidente y Mediodía.

-¿Basta ya?, pregunté.

-¿Qué número es?, preguntó a su vez el jovencito.

-El número 47.

-¿Cuánto hacen 47 más 3?

-¡Cincuenta!

-¿Más 5?

-¡Cincuenta y cinco!

-No lo olvidéis: ¡Cincuenta y cinco! Después me dijo:

-Seguid tirando.

-Ya he llegado al final, le dije.

-Entonces volved hacia atrás y tirad de la cuerda por la otra parte. Tiré de la cuerda por la parte opuesta hasta llegar al número 10. Aquel joven dijo entonces:

-¡Tirad más!

-Ya no se puede más. No hay más.

-¡Cómo! ¿Que no hay más? ¡Observad bien! ¿Qué hay?

-Hay agua, respondí.

En efecto: en aquel momento se operó un fenómeno extraordinario, que sería imposible describir. Yo me encontraba en aquella habitación y, al tirar de aquella cuerda, ante mi vista se ofrecía la perspectiva de un país inmenso que yo dominaba como a vista de pájaro y que se extendía cada vez mas, según se iba alargando la cuerda. Desde el primer cero hasta el número 55, era una extensión de tierra inmensa que después de un estrecho mar, al fondo se dividía en cien islas, de las que una era mucho mayor que las otras. A estas islas parece que aludían las cuerdecillas desparramadas que partían del gran nudo. Cada cuerdecita iba a dar a una isla. Algunas de éstas estaban habitadas por indígenas bastante numerosos; otras estériles, desnudas, rocosas, deshabitadas; otras completamente cubiertas de hielo y nieve. A occidente numerosos grupos de islas, habitadas por muchos salvajes.

(Parece ser que el nudo colocado sobre el número o grado 47 representase el lugar de partida, el centro salesiano, la misión principal donde los misioneros, después de concentrados, salieron hacia las islas Malvinas, Tierra del Fuego y otras islas de aquellas regiones de América).

Por la tarde opuesta, esto es, del 0 al 10 continuaba la misma tierra terminando en aquella agua que ya había visto últimamente. Me pareció que aquella agua era el Mar de las Antillas que contemplaba entonces de manera tan sorprendente que no me sería posible expresar con palabras tal visión.

Cuando yo dije: -Hay agua, aquel jovencito me respondió:

-Ahora sume 55 más 10. »Cuánto hacen? Y yo: -Suman 65.

-Ahora ponedlo todo junto y formaréis una sola cuerda.

-¿Y después?

-¿Hacia esta parte qué es lo que hay?

-Y me señalaba un punto en el panorama.

-Hacia el Occidente veo altísimas montañas y al Oriente el mar.

(He de hacer notar que yo lo veía todo en conjunto, como en miniatura, lo mismo que después, como diré, vi en su grandiosa realidad y en toda su extensión, y los grados señalados en la cuerda y que correspondían con exactitud a los grados geográficos de latitud, fueron los que me permitieron retener en la memoria durante varios años los puntos sucesivos que visité, al hacer el viaje en la segunda parte del sueño).

Mi joven amigo prosiguió:

-Pues bien, estas montañas son como una orilla, como un confín. Desde aquí hasta allá se extiende la mies ofrecida a los salesianos. Son millares y millones de habitantes que esperan vuestro auxilio, que aguardan la fe. Dichas montañas eran las cordilleras de los Andes de América del Sur y aquel mar el Océano Atlántico.

-Y ¿cómo hacer?, repliqué yo; »cómo conseguir conducir tantos pueblos al redil de Jesucristo:

-¿Cómo hacer? ¡Mirad!

Y he aquí que llega don Angel Lago que traía una canasta de higos pequeños y verdes, el cual me dijo: -¡Tome, don Bosco!

-¿Qué me traes?, pregunté yo mientras me fijaba en el contenido del canasto.

-Me han dicho que se los traiga a usted.

-Pero, estos higos no son comestibles; no están maduros.

Entonces, mi joven amigo tomó aquel canasto, que era muy ancho, pero que tenía muy poco fondo, y me lo presentó diciendo:

-¡He aquí el regalo que os hago!

-¿Y qué debo hacer con estos higos?

-Estos higos no están maduros, pero pertenecen a la gran higuera de la vida. Debéis buscar la manera de hacerlos madurar.

-¿Y cómo? Si fuesen más grandes... se podrían hacer madurar con paja, como se suele hacer con los demás frutos; pero tan pequeños... tan verdes... Es imposible.

-Muy al contrario; habéis de saber que para hacer madurar estos higos es necesario que todos ellos se unan de nuevo a la planta.

-¡Eso es increíble! ¿Cómo hacer?

-¡Mirad!

Y tomando uno de aquellos frutos lo introdujo en un vaso lleno de sangre, después en otro vaso de agua y dijo:

-Con el sudor y con la sangre los salvajes quedarán de nuevo unidos a la planta y serán gratos al dueño de la vida.

Yo pensaba:

-Pero para conseguir esto se necesita mucho tiempo. Y seguidamente dije en alta voz:

-No sé qué decir.

Pero aquel joven para mí tan querido, leyendo mis pensamientos, prosiguió:

-Esto se conseguirá antes de que se cumpla la segunda generación.

-¿Y cuál será la segunda generación?

-La presente no se cuenta. Habrá una y después otra.

Yo hablaba confusamente, aturullado y como balbuceando al escuchar los magníficos destinos reservados a nuestra Congregación y pregunté:

-Pero, cada una de estas generaciones, ¿cuántos años comprende?

-¡Sesenta años!

-¿Y después?

-¿Queréis ver lo que sucederá después? ¡Venid!

Y sin saber cómo, me encontré en una estación de ferrocarril. En ella había reunida mucha gente. Subimos al tren.

Yo pregunté dónde estábamos. Aquel joven me respondió:

-¡Notadlo bien! ¡Mirad! Vamos de viaje a lo largo de la Cordillera.

Tenéis el camino abierto también hacia Oriente hasta el mar. Es otro regalo del Señor.

-¿Y a Boston, donde nos aguardan, cuándo iremos?

-Cada cosa a su tiempo.

Y así diciendo sacó un mapa donde se destacaba en grande la diócesis de Cartagena (Colombia). (Este era el punto de partida).

Mientras yo examinaba aquel mapa, la máquina silbó y el tren se puso en movimiento. Durante el viaje, mi amigo hablaba mucho, pero yo no lo podía oír por el ruido que hacía el tren. Con todo, aprendí cosas hermosísimas y nuevas sobre astronomía, náutica, meteorología, sobre la fauna y la flora, sobre la topografía de aquellas regiones, que él me explicaba con maravillosa precisión. Salpicaba entretanto sus palabras con una digna y, al mismo tiempo, tierna familiaridad, demostrando el afecto que me profesaba. Desde un principio, me había tomado de la mano y así me tuvo afectuosamente sujeto hasta el fin del sueño. Yo llevaba a veces la otra mano que me quedaba libre sobre la suya, pero ésta parecía escapar de la mía como si se evaporase y solamente su izquierda estrechaba mi derecha. El jovencito sonreía ante mi inútil tentativa. Yo al mismo tiempo miraba a través de las ventanillas del vagón y veía desfilas ante mí diversas y estupendas regiones. Bosques, montañas, llanuras, ríos larguísimos y majestuosos que jamás pensé existiesen en regiones tan distantes de sus fuentes. Por un espacio de más de mil millas costeamos el borde de una floresta virgen, hoy día aún sin explorar. Mi mirada adquiría una visibilidad asombrosa. No encontraba obstáculos para llegar hasta el límite de aquellas regiones. No sé explicar cómo se verificaba en mi vista tan extraordinario fenómeno. Yo estaba como quien desde lo alto de una colina, al ver extendida a sus pies una gran región, se coloca delante de los ojos, a pequeña distancia, una estrecha tira de papel y no ve nada o muy poco; mas si se quita aquel papel o lo levanta o lo baja un poco, la vista puede extenderse hasta el extremo horizonte. Así me sucedió a mí durante aquella intuición adquisitiva; pero con esta diferencia: a medida que yo me fijaba en un punto y este punto pasaba delante de mí, era así como si se fuesen levantando sucesivamente diversos telones, tras los cuales, yo contemplaba distancias incalculables. No sólo veía las Cordilleras cuando estaban lejos, sino también las cadenas de montañas, aisladas en aquellas llanuras inconmensurables, a las cuales veía en sus más pequeños detalles. (Las de Nueva Granada, de Venezuela, de las tres Guayanas; las de Brasil y de Bolivia hasta los últimos confines).

Pude, pues, comprobar la exactitud de aquellas frases oídas al principio del sueño en la gran sala situada bajo el grado cero. Veía las entrañas de las montañas y los profundos senos de las llanuras. Tenía ante mi vista las riquezas incomparables de aquellos países, riquezas que un día serían descubiertas. Vi innumerables minas de metales preciosos, galerías interminables de carbón mineral, depósitos de petróleo tan abundantes como hasta ahora no se han encontrado en otros lugares. Pero esto no era todo. Entre el grado 15 y el 20 había una sinuosidad tan larga y tan estrecha que partía de un punto donde se formaba un lago. Entonces una voz dijo repetidas veces:

-Cuando se comiencen a explotar las minas escondidas en aquellos montes, aparecerá aquí la tierra prometida que mana leche y miel. Será una riqueza inconcebible.

Pero tampoco esto era todo. Lo que mayormente me sorprendió fue el ver que en varios lugares en los que las Cordilleras, replegándose sobre sí mismas, formaban valles, de los cuales los actuales geógrafos ni siquiera sospechan la existencia, imaginándose que en aquellas partes las faldas de las montañas están como cortadas a pico. En estos valles y en estas sinuosidades que tal vez se extendían millares y millares de kilómetros, habitan densas poblaciones que aún no han entrado en contacto con los europeos, pueblos que son aún completamente desconocidos. El tren continuaba, entretanto, a toda marcha y después de girar hacia un lado y hacia otro, se detuvo. Allí bajó una gran parte de los viajeros que, pasando bajo las Cordilleras, se dirigió a Occidente. (Don Bosco se refería

a Bolivia. La estación era tal vez La Paz, donde una galería, al abrir el paso hacia el litoral del Pacífico, puede poner en comunicación el Brasil con Lima por medio de otro ferrocarril).

El tren se puso nuevamente en movimiento, siguiendo siempre hacia adelante. Como en la primera parte del viaje, atravesamos florestas penetramos en algunos túneles, pasamos sobre gigantescos viaductos, nos internamos entre las gargantas de las montañas, costeamos lagos y lagunas, sobre enormes puentes cruzamos ríos anchísimos, recorrimos inmensas llanuras y praderas. Bordeamos el Uruguay. Creí que era un río poco caudaloso, pero es anchísimo. En un punto vi al río Paraná que se acerca al Uruguay como si viniese a ofrecerle el tributo de sus aguas; mas, después de discurrir durante un buen trecho paralelamente, se alejan haciendo un ancho recodo. Ambos ríos eran caudalosos. (Según estos pocos datos parece que esta futura línea de ferrocarriles, saliendo de La Paz, llegaría a Santa Cruz, pasando por la única abertura que existe en los montes llamados Cruz de la Sierra, que es atravesada por el río Guapay; bordearía el río Parapiti en la provincia de Chiquitos, en Bolivia; tocaría el extremo norte de la República del Paraguay; entraría después en la provincia de San Pablo, en el Brasil, llegando a Río de Janeiro. De una estación intermedia en la provincia de San Pablo, partiría tal vez la línea ferroviaria que pasando entre los ríos Paraná y Uruguay, uniría la capital del Brasil con las Repúblicas del Uruguay y Argentina). El tren continuaba en marcha, y girando hacia una parte y hacia la otra, después de un largo espacio de tiempo, se detuvo por segunda vez. Aquí descendió también del convoy mucha gente que pasando bajo las Cordilleras se dirigió hacia Occidente. (Don Bosco indicó en la República Argentina la provincia de Mendoza. Por tanto, la estación era tal vez la de Mendoza y el túnel el que ponía en comunicación con Santiago, capital de la República de Chile).

El tren reemprendió la marcha a través de las Pampas y de la Patagonia. Los campos cultivados y las casas esparcidas por una parte y otra, indicaban que la civilización tomaba posesión de aquellos desiertos. Al comenzar a recorrer la Patagonia, pasamos junto a una ramificación del Río Colorado o del Chubut (o tal vez del Río Negro). No podía comprobar si su corriente iba hacia el Atlántico o hacia las Cordilleras. Quería resolver este problema pero no lo lograba, no siendo posible el orientarme. Finalmente llegamos al Estrecho de Magallanes. Yo miraba. Bajamos. Ante mí, veía Punta Arenas. El suelo, por espacio de varias millas, estaba todo recubierto de yacimientos de carbón, de tablas, de travesaños de madera, de inmensos montones de metal, parte en bruto, parte trabajado. Largas filas de vagonetas de mercancías ocupaban las vías. Mi amigo me señaló todas estas cosas. Entonces le pregunté:

-¿Y qué quiere decir todo esto? El me respondió:

-Lo que ahora es sólo un proyecto, un día será realidad.

-Estos salvajes en el futuro serán tan dóciles que ellos mismos acudirán a instruirse, rindiendo su tributo a la religión, a la civilización y al comercio. Lo que en otras partes es motivo de admiración, aquí lo será hasta el punto de superar a cuanto causa estupor entre otros pueblos.

-Ya he visto bastante, repliqué; ahora llévame a ver a mis Salesianos de la Patagonia.

Volvimos a la estación y subimos al tren para el regreso. Después de haber recorrido un gran trecho de camino, la máquina se detuvo junto a un pueblo bastante grande.

(Situado tal vez en el grado 47, donde al principio del sueño había visto aquel grueso nudo de la cuerda).

En la estación no había nadie esperándome. Bajé del tren y me encontré inmediatamente con los Salesianos. Había allí muchas casas y gran número de habitantes; varias iglesias, escuelas, varios colegios para jovencitos, internados para adultos, artesanos y agricultores y un dispensario de religiosas que se dedicaban a labores diversas. Nuestros misioneros se encargaban al mismo tiempo de los jovencitos y de los adultos.

Yo me mezclé entre ellos. Eran muchos, pero yo no los conocía y entre ellos no vi a ninguno de mis primeros hijos. Todos me contemplaban maravillados, como si fuese una persona desconocida y yo les decía:

-¿No me conocéis? ¿No conocéis a don Bosco?

-¡Oh, don Bosco! Nosotros le conocemos de fama, pero le hemos visto solamente en las fotografías. ¡En persona no le conocemos!

-¿Y don Fagnano, don Costamagna, don Lassagna, don Milanesio, dónde están?

-Nosotros no los hemos conocido. Son los que vinieron aquí en tiempos pasados: los primeros Salesianos que llegaron de Europa a estos países. ¡Pero han pasado ya tantos años después de su muerte!

Al oír esta respuesta pensé maravillado:

-Pero ¿esto es un sueño o una realidad?

Y golpeaba las manos una contra la otra, me tocaba los brazos y me movía oyendo el palmo, y me sentía a mí mismo y me persuadía de que no estaba dormido.

Esta visión fue cosa de un instante. Después de contemplar el progreso maravilloso de la Iglesia Católica, de la Congregación y de la civilización en aquellas regiones, yo daba gracias a la Providencia por haberse dignado servirse de mí como instrumento de su gloria y de la salvación de las almas. El jovencito Colle, entretanto, me dio a entender que era hora de volver atrás; por tanto, después de saludar a mis Salesianos, volvimos a la estación, donde el tren estaba preparado para la partida. Subimos, silbó la máquina y nos dirigimos hacia el Norte. Me causó gran maravilla una novedad que pude contemplar. El territorio de la Patagonia en su parte más próxima al Estrecho de Magallanes, entre las Cordilleras y el Océano Atlántico, era menos ancho de lo que ordinariamente creen los geógrafos. El tren avanzaba velozmente y me pareció que recorría las provincias hoy ya civilizadas de la República Argentina. En nuestra marcha penetramos en una floresta virgen, muy ancha, larguísima, interminable. A cierto punto la máquina se detuvo y ante mi vista apareció un doloroso espectáculo. Una turba inmensa de salvajes se había concentrado en un espacio despejado de la floresta. Sus rostros eran deformes y repugnantes; estaban vestidos al parecer con pieles de animales, cosidas las unas a las otras. Rodeaban a un hombre amarrado que estaba sentado sobre una piedra. El

prisionero era muy grueso, porque los salvajes le habían alimentado bien. Aquel pobrecillo había sido capturado y parecía pertenecer a una nación extranjera por la regularidad de sus facciones. Los salvajes lo habían sometido a un interrogatorio y él les contestaba narrándoles sus diversas aventuras, fruto de sus viajes. De pronto, un salvaje se levantó y blandiendo un grueso hierro que no era una espada, pero mucho más afilado, se lanzó sobre el prisionero y de un solo golpe le cortó la cabeza. Todos los viajeros del ferrocarril estábamos asomados a las puertas y ventanillas observando la escena y mudos de espanto. El mismo Colle miraba y callaba. La víctima lanzó un grito desgarrador al ser herida. Sobre el cadáver, que yacía en un lago de sangre, se lanzaron aquellos caníbales y haciéndolo pedazos colocaron aquellas carnes aún calientes y palpitantes sobre un fuego encendido a propósito y, después de asarlas un poco, comenzaron a comérselas medio crudas. Al grito de aquel desgraciado, la máquina se puso en movimiento y poco a poco adquirió su velocidad vertiginosa. Durante larguísimas horas avanzamos a lo largo de las orillas de un río interminable. Y el tren unas veces discurría por la orilla derecha y a veces por la izquierda. Yo me fijé mucho por la ventanilla en los puentes sobre los cuales hacíamos estos cambios. Entretanto, sobre aquellas orillas aparecían de cuando en cuando numerosas tribus de salvajes. Siempre que veíamos aquellas turbas, el jovencito Colle repetía:

-¡He ahí la mies de los Salesianos! ¡He ahí la mies de los Salesianos!

Entramos después en una región llena de animales feroces y de reptiles venenosos, de formas extrañas y horribles. Hormigueaban por las faldas de los montes, por los senos de las colinas, por los salientes de aquellos montes y de aquellas colinas cubiertas de sombra, por las orillas de los lagos, por las márgenes de los ríos, por las llanuras, por los declives, por las playas. Unos parecían perros con alas y eran extraordinariamente gordos, de abultado abdomen (símbolo de la gula, de la lujuria, de la soberbia). Otros eran sapos grandísimos que se alimentaban de ranas. Se veían ciertos escondrijos llenos de animales de formas diversas de los que nosotros conocemos. Estas tres especies de alimañas estaban mezcladas y gruñían sordamente como si quisieran morderse. Se veían también tigres, hienas, leones, pero diferentes de las especies comunes de Asia y Africa. Mi compañero me dirigió entonces la palabra diciéndome mientras me señalaba aquellas fieras:

-Los Salesianos las amansarán.

El tren, entretanto, se acercaba al lugar de donde habíamos salido, del cual estábamos ya poco distantes. El joven Colle sacó entonces un mapa topográfico de una belleza extraordinaria y me dijo:

-¿Queréis ver el viaje que habéis hecho? ¿Las regiones que hemos recorrido?

-Con mucho gusto, le respondí.

El entonces extendió aquel mapa en el cual estaba dibujada con maravillosa exactitud toda la América del Sur. Aún más, allí estaba representado todo lo que fue, todo lo que es, todo lo que será aquella región, sin confusión alguna, sino con una claridad tal que de un solo golpe de vista se veía todo.

-Yo lo comprendí inmediatamente, pero como los detalles eran tantos, la clara visión de aquellas cosas me duró apenas una hora, y en la actualidad en mi mente reina una gran confusión.

Mientras contemplaba aquel mapa a la espera de que el jovencito añadiera alguna explicación, emocionado por la sorpresa de lo que tenía ante mis ojos, me pareció que Quirino tocase el Ave María del alba, pero me desperté y me di cuenta que eran las campanas de la parroquia de San Benigno. El sueño había durado toda la noche.

3. Las misiones salesianas en América del Sur. Visión profética (1885)⁵⁷

Me pareció acompañar a los misioneros en su viaje. Hablamos durante unos momentos antes de salir del Oratorio. Todos estaban a mi alrededor y me pedían consejo; y me pareció que les decía: -No con la ciencia, no con la salud, no con las riquezas, sino con el celo y la piedad, haréis mucho bien, promoviendo la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Poco antes estábamos en el Oratorio y después, sin saber qué camino habíamos seguido y de qué medios habíamos usado, nos encontramos inmediatamente en América. Al llegar al final del viaje, me vi sólo en medio de una extensísima llanura, colocada entre Chile y la República Argentina. Mis queridos misioneros se habían dispersado tanto por aquel espacio sin límites que apenas si los distinguía. Al contemplarlos, quedé maravillado, pues me parecían muy pocos. Después de haber mandado tantos Salesianos a América, pensaba que vería un mayor número de misioneros. Pero seguidamente, reflexionando, comprendí que el número era pequeño porque se habían distribuido por muchos sitios, como simiente que debía ser transportada a otro lugar para ser cultivada y para que se multiplicase.

Aparecían en aquella llanura muchas y numerosas calles formadas por casas levantadas a lo largo de las mismas. Aquellas calles no eran como las de esta tierra, ni las casas como las de este mundo. Eran objetos misteriosos y diría casi espirituales. Las calles se veían recorridas por vehículos o por otros medios de locomoción que, al correr, adoptaban mil aspectos fantásticos y mil formas diversas, aunque todas magníficas y estupendas, tanto que no sería capaz de describir ni una sola de ellas. Observé con estupor que los vehículos, al llegar junto a los grupos de las casas, a los pueblos, a las ciudades, pasaban por encima, de manera que el que en ellos viajaba veía al mirar hacia abajo los tejados de las casas, las cuales, aunque eran muy elevadas, estaban muy por debajo de aquellos caminos, que mientras atravesaban el desierto estaban adheridos al suelo y, al llegar a los lugares habitados, se convertían en caminos aéreos, como formando un mágico puente. Desde allá arriba, se veían los habitantes en las casas, en los patios, en las calles y en los campos, ocupados en labrar sus tierras.

Cada una de aquellas calles conducía a una de nuestras Misiones. Al fondo de un camino larguísimo que se dirigía hacia Chile, vi una casa con muchos Salesianos, los cuales se

⁵⁷ MB XVII, 260-265.

ejercitaban en la ciencia, en la piedad, en los diferentes artes y oficios y en la agricultura. Hacia el Mediodía estaba la Patagonia. En la parte opuesta, de una sola ojeada, pude ver todas nuestras casas de la República Argentina. Las del Uruguay, Paysandú, Las Piedras, Villa Colón; en Brasil pude ver el Colegio de Niterói y muchos otros institutos esparcidos por las provincias de aquel imperio. Hacia Occidente se abría una última y larguísima avenida que, atravesando ríos, mares y lagos, conducía a países desconocidos. En esta región, vi pocos Salesianos. Observé con atención y pude descubrir solamente a dos.

En aquel momento, apareció junto a mí un personaje de noble aspecto, un poco pálido, grueso, de barba rala y de edad madura. Iba vestido de blanco, con una especie de capa color rosa bordada con hilos de oro. Resplandecía en toda su persona. Reconocí en él a mi intérprete.

-¿Dónde nos encontramos?, le pregunté señalándole aquel último país.

-Estamos en Mesopotamia, me replicó.

-¿En Mesopotamia?, le repliqué. Pero, si esto es la Patagonia.

-Te repito, me replicó, que esto es Mesopotamia.

-Pues a pesar de ello... no logro convencerme.

-Pues así es: Esto es Me... so... po... ta... mia, concluyó el intérprete silabeando la palabra, para que me quedase bien impresa en la memoria.

-¿Y por qué los Salesianos que veo aquí son tan pocos?

-Lo que no hay ahora, lo habrá con el tiempo, contestó mi intérprete.

Yo, entretanto, siempre de pie en aquella llanura, recorría con la vista aquellos caminos interminables y contemplaba con toda claridad, pero de manera inexplicable, los lugares que están y estarán ocupados por los Salesianos. ¡Cuántas cosas magníficas!

Todos los detalles topográficos anteriores y los que siguen, parecen indicar la casa de Fortín Mercedes, a la orilla izquierda del Colorado. Es la casa de formación de la Inspectoría de San Francisco Javier, con estudiantado numeroso, escuelas profesionales, escuela de agricultura, y santuario, meta de peregrinaciones. ¡Vi todos y cada uno de los colegios! Vi como en un solo punto el pasado, el presente y el porvenir de nuestras misiones. De la misma manera que lo contemplé todo en conjunto de una sola mirada, lo vi también particularmente, siéndome imposible dar una idea, aunque somera, de aquel espectáculo. Solamente lo que pude contemplar en aquella llanura de Chile, de Paraguay, de Brasil, de la República Argentina, sería suficiente para llenar un grueso volumen, si quisiese dar una breve noticia de todo ello. Vi también en aquella amplia extensión, la gran cantidad de salvajes que están esparcidos por el Pacífico hasta el golfo de Ancud, por el Estrecho de Magallanes, Cabo de Hornos, Islas de San Diego, en las islas Malvinas. Toda la mies destinada a los Salesianos. Vi que entonces los Salesianos sembraban solamente, pero que nuestros seguidores cosecharían. Hombres y mujeres vendrán a reforzarnos y se convertirán en predicadores. Sus mismos hijos, que parece imposible puedan ser ganados para la fe, se convertirán en evangelizadores de sus padres

y de sus amigos. Los Salesianos lo conseguirán todo con la humildad, con el trabajo, con la templanza. Todas las cosas, que yo contemplaba en aquel momento y que vi seguidamente, se referían a los Salesianos, su regular establecimiento en aquellos países, su maravilloso aumento, la conversión de tantos indígenas y de tantos europeos allí establecidos. Europa se volcará hacia América del Sur. Desde el momento en que en Europa se empezó a despojar a las iglesias de sus bienes, comenzó a disminuir el florecimiento del comercio, el cual fue e irá cada vez más de capa caída. Por lo que los obreros y sus familias, impulsados por la miseria, irán a buscar refugio en aquellas nuevas tierras hospitalarias.

Una vez contemplado el campo que el Señor nos tiene destinado y el porvenir glorioso de la Congregación Salesiana, me pareció que me ponía en viaje para regresar a Italia. Era llevado a gran velocidad por un camino extraño, altísimo, y de esa manera llegué al Oratorio. Toda la ciudad de Turín estaba bajo mis pies y las casas, los palacios, las torres me parecían bajas casucas: tan alto me encontraba. Plazas, calles, jardines, avenidas, ferrocarriles, los muros que rodean la ciudad, los campos, las colinas circundantes, las ciudades, los pueblos de la provincia, la gigantesca cadena de los Alpes cubierta de nieve estaban bajo mis pies y ofrecían a mis ojos un espectáculo maravilloso. Veía a los jóvenes allá en el Oratorio, tan pequeños que parecían ratoncitos. Pero su número era extraordinariamente grande; sacerdotes, clérigos, estudiantes, maestros de talleres lo llenaban todo; muchos partían en procesión y otros llegaban a ocupar las vacantes dejadas por los que se marchaban. Era un ir y venir continuo.

Todos iban a concentrarse en aquella extensísima llanura entre Chile y la República Argentina, de la cual había vuelto en un abrir y cerrar de ojos. Yo lo contemplaba todo. Un joven sacerdote, parecido a nuestro don José Pavía, pero que no lo era, con aire afable, palabra cortés y de cándido aspecto y encarnadura de niño, se acercó a mí y me dijo:

-He aquí las almas y los países destinados a los hijos de San Francisco de Sales.

Yo estaba maravillado al ver la inmensa multitud que se había concentrado allí en un momento, desapareciendo seguidamente, sin que se distinguiese apenas en la lejanía la dirección que había tomado.

Ahora noto que, al contar mi sueño, lo hago a grandes rasgos, no siéndome posible precisar la sucesión exacta de los magníficos espectáculos que se me ofrecían a la vista y las varias circunstancias accesorias. El ánimo desfallece, la memoria flaquea, la palabra es insuficiente. Además del misterio que envolvía aquellas escenas, éstas se alternaban, se mezclaban, se repetían según diversas concentraciones y divisiones de los misioneros y el acercarse o alejarse de ellos a aquellos pueblos llamados a la fe y a la conversión. Lo repito: veía en un solo punto el presente, el pasado y el futuro de aquellas misiones, con todas sus fases, peligros, éxitos, contrariedades y desengaños momentáneos que acompañaban a este apostolado. Entonces lo comprendía claramente todo, pero ahora es imposible deshacer esta intriga de hechos, de ideas, de personajes. Sería como quien quisiese condensar en un solo capítulo y reducir a un solo hecho y a una unidad el espectáculo del firmamento, describiendo el movimiento, el esplendor, las propiedades de todos los astros con sus relaciones y leyes particulares y recíprocas; mientras que un solo astro proporcionaría materia suficiente para ocupar la atención estudiosa de la

mente mejor dotada. Y he de hacer notar que aquí se trata de cosas que no tienen relación con los objetos materiales.

Reanudemos, pues, el relato: dije que quedé maravillado al ver desaparecer tan inmensa multitud. Monseñor Cagliero estaba en aquel momento a mi lado. Algunos misioneros permanecían a cierta distancia. Otros estaban a mi alrededor, en compañía de un buen número de Cooperadores Salesianos, entre los cuales distinguí a Monseñor Espinosa, al Doctor Torrero, al Doctor Carranza y al Vicario General de Chile.

Entonces el intérprete de siempre vino hacia mí, mientras yo hablaba con monseñor Cagliero y con muchos otros intentando aclarar si aquel hecho encerraba algún significado. De la manera más cortés, el intérprete me dijo:

-Escucha y verás.

Y he aquí que, al instante, aquella extensa llanura se convirtió en un gran salón. Yo no sería capaz de describir su magnificencia y riqueza. Solamente diré que si alguien intentase dar una idea de ella y lo consiguiese, ningún hombre podría soportar su esplendor ni aun con la imaginación. Su amplitud era tal que no se podía abarcar con la vista, ni se podían ver sus muros laterales. Su altura era inconmensurable. Su bóveda terminaba en arcos altísimos, amplios y resplandecientes en sumo grado, sin que se distinguiese el lugar sobre el que se apoyaban. No existían pilastras ni columnas. En general, parecía que la cúpula de aquella gran sala fuese de candidísimo lino a guisa de tapiz. Lo mismo habría que decir del pavimento. No había luces, ni sol, ni luna, ni estrellas, pero sí un resplandor general que se difundía igualmente por todas partes. La misma blancura del lino resplandecía y hacía visible y amena cada una de las partes del salón, su ornamentación, las ventanas, la entrada, la salida. Se sentía en todo el ambiente una suave fragancia mezclada con los más gratos olores.

Un fenómeno se produjo en aquel momento. Una serie de pequeñas mesas formaban una sola de longitud extraordinaria. Las había dispuestas en todas las direcciones y todas convergían en un único centro. Estaban cubiertas de elegantísimos manteles y, sobre ellas se veían colocados hermosísimos floreros con multiformes y variadas flores.

La primera cosa que notó monseñor Cagliero fue:

-Las mesas están aquí, pero ¿y los manjares?

En efecto, no había preparada comida alguna, ni bebida de ninguna especie, ni había tampoco platos, ni copas, ni recipientes en los cuales se pudiesen colocar los manjares.

El intérprete replicó entonces:

-Los que vienen aquí *neque sitient, neque esurient amplius*.

Dicho esto, comenzó a entrar gente, vestida de blanco, con una sencilla cinta a manera de collar, de color rosa, recamada de hilos de oro que les ceñía el cuello y las espaldas. Los primeros en entrar formaban un número limitado, sólo un pequeño grupo. Apenas penetraban en aquella gran sala se iban sentando en torno a la mesa para ellos preparada, cantando: ¡Viva! ¡Triunfo! Y entonces comenzó a aparecer una variedad de personas,

grandes y pequeños, hombres y mujeres, de todo género, de diversos colores, formas y actitudes, resonando los cánticos por todas partes. Los que estaban ya colocados en sus puestos cantaban: ¡Viva! Y los que iban entrando: ¡Triunfo! Cada turba que penetraba en aquel local representaba a una nación o sector de nación que sería convertida por los misioneros.

Di una ojeada a aquellas mesas interminables y comprobé que había sentadas junto a ellas muchas hermanas nuestras y gran número de nuestros hermanos. Estos no llevaban distintivo alguno que proclamase su calidad de sacerdotes, clérigos o religiosas, sino que, al igual de los demás, tenían la vestidura blanca y el manto de color rosa.

Pero mi admiración creció de pronto cuando vi a unos hombres de aspecto tosco, con el mismo vestido que los demás, cantando: ¡Viva! ¡Triunfo!

Entonces nuestro intérprete dijo:

-Los extranjeros y los salvajes, que bebieron la leche de la palabra divina de sus educadores, se hicieron propagandistas de la palabra de Dios.

Vi, en medio de la multitud, grupos de muchachos con aspecto rudo y extraño, y pregunté:

-¿Y estos niños que tiene una piel tan áspera que parece la de los sapos, pero tan bella y de un color tan resplandeciente? ¿Quiénes son?

El intérprete respondió:

-Son los hijos de Cam que no han renunciado a la herencia de Leví. Estos reforzarán los ejércitos para defender el reino de Dios que ha llegado finalmente a nosotros. Su número era reducido, pero los hijos de sus hijos lo han acrecentado. Ahora escuchad y ved, pero no podréis entender los misterios que contemplaréis.

Aquellos jovencitos pertenecían a la Patagonia y al África Meridional.

Entretanto aumentaron tanto las filas de los que penetraron en aquella sala extraordinaria, que todos los asientos aparecían ocupados. Sillas y escaños no tenían una forma determinada, sino que tomaban la que cada uno quería. Cada uno estaba contento del lugar que ocupaba y del que ocupaban los demás. Y he aquí que, mientras de todas partes salían voces de: ¡Viva! ¡Triunfo!, llegó finalmente una gran turba que, en actitud festiva, venía al encuentro de los que ya habían entrado, cantando: ¡Aleluya, gloria, triunfo!

Cuando la sala apareció completamente llena y los millares de reunidos eran incontables, se hizo un profundo silencio y, seguidamente, aquella multitud comenzó a cantar dividida en coros diversos:

El primer coro: *Appropinquavit in nos regnum Dei, laetentur Coeli et exultet terra, Dominus regnavit super nos, alleluia.*

El segundo coro: *Vicerunt et ipse Dominus dabit edere de ligno vitae et non esurient in aeternum, alleluia.*

Y un tercer coro: *Laudate Dominum omnes gentes, laudate eum omnes populi.*

Mientras cantaban estas y otras cosas alternando los unos con los otros, de pronto se hizo por segunda vez un profundo silencio. Después comenzaron a resonar voces que procedían de lo alto y de lejos. El sentido del cántico era éste y la armonía que le acompañaba era difícil de expresar: *Soli Deo honor e gloria in saecula saeculorum.* Otros coros, que resonaban siempre en la altura y desde muy lejos, respondían a estas voces: *Semper gratiarum actio illi qui erat, est et venlurus est. Illi eucharistia, illi soli honor sempiternus.*

Pero, en aquel momento, los coros bajaron y se acercaron. Entre aquellos músicos celestes estaba Luis Colle. Los que estaban en la sala comenzaron entonces a cantar y se unieron, mezclándose las voces de manera que semejaban instrumentos músicos maravillosos, con unos sonidos cuya extensión no tenía límites. Aquella música parecía compuesta al mismo tiempo por mil notas y mil grados de elevación que se unían formando un solo acorde. Las voces altas subían de una manera imposible de imaginar. Las voces de los que estaban en la sala bajaban sonoras y alcanzaban escalas difíciles de expresar. Todos formaban un coro único, una sola armonía, pero tanto los bajos como los contraltos eran de tal gusto y belleza y penetraban en los sentidos produciendo tal efecto, que el hombre se olvidaba de su propia existencia y yo caí de rodillas a los pies de monseñor Cagliariero exclamando:

-¡Oh, Cagliariero! ¡Estamos en el Paraíso!

Monseñor Cagliariero me tomó por la mano y me dijo:

-No es el Paraíso, es una sencilla, una débil figura de lo que en realidad será el Paraíso. Entretanto las voces humanas de los dos grandiosos coros proseguían y cantaban con indecible armonía: *Soli Deo honor et gloria et triumphus, alleluia, in aeternum, in aeternum!*

Aquí me olvidé de mí mismo y no sé qué fue de mí.

Por la mañana, a duras penas me podía levantar del lecho; apenas me daba cuenta de lo que hacía cuando me dirigía a celebrar la Santa Misa.

El pensamiento principal, que me quedó grabado después de este sueño, fue el de dar a monseñor Cagliariero y a mis queridos misioneros un aviso de suma importancia relacionado con la suerte futura de nuestras Misiones:

-Todas las solicitudes de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora han de encaminarse a promover vocaciones eclesíásticas y religiosas.

4. Las misiones salesianas en África, Asia y Oceanía (1885)⁵⁸

Me pareció, dijo el Siervo de Dios, estar delante de una montaña elevadísima, sobre cuya cumbre estaba un Ángel resplandeciente de luz que iluminaba las regiones más apartadas. Alrededor de la montaña había un extenso reino de gente desconocida. El Ángel tenía una espada en su diestra que mantenía levantada, espada que brillaba como una llama vivísima y con la izquierda señalaba las regiones circundantes. Entonces me dijo:

-Angelus Arfaxad vocat vos ad proelianda bella Domini et ad congregandos populos in horrea Domini. (El Ángel de Arfaxad os llama a combatir las batallas del Señor y a reunir a los pueblos en los graneros del Señor). Su palabra no tenía como otras veces forma de mandato, sino que parecía una propuesta.

Una turba maravillosa de ángeles, de los cuales no supe ni pude retener el nombre, lo rodeaba. Entre ellos estaba Luis Colle, al cual hacía corona una multitud de jovencitos, a los que enseñaba a cantar alabanzas a Dios y él mismo también las cantaba.

Alrededor de la montaña, a los pies de la misma y en sus laderas, habitaba multitud de gentes. Todos hablaban entre sí, pero su lenguaje era desconocido, ininteligible. Yo sólo comprendía lo que decía el Ángel. Me sería imposible describir lo que vi. Veía al mismo tiempo objetos separados, simultáneos, los cuales transfiguraban el espectáculo que se ofrecía a mi vista. Por tanto, aquello unas veces me parecía la llanura de la Mesopotamia, otras un monte altísimo, y aquella misma montaña sobre la cual estaba el Ángel de Arfaxad, a cada momento tomaba mil aspectos diferentes, hasta convertirse en una serie de sombras vaporosas, pues tales parecían los habitantes que la poblaban.

Delante de este monte y durante todo este viaje me parecía estar elevado a una altura grandísima, como si me encontrase sobre las nubes circundado de un espacio inmenso. ¿Quién podrá expresar con palabras aquella altura, aquella anchura, aquella luz, aquella claridad, en suma, un espectáculo semejante? Se puede gozar de él, pero no se puede describir.

En éste y en otros recorridos había muchos que me acompañaban y que me animaban y animaban también a los Salesianos para que no se detuviesen en su camino. Entre los que me llevaban de la mano y me obligaban, por así decirlo, a seguir adelante, estaba el querido Luis Colle y muchos escuadrones de ángeles, los cuales hacían eco a los cánticos de los jovencitos que estaban alrededor de él. Me pareció, pues, estar en el centro del África en un extensísimo desierto viendo escrito en el suelo con grandes caracteres: «Negros». En medio estaba el Ángel de Cam, el cual decía: -Cessabit maledictum y la bendición del Creador descenderá sobre sus hijos réprobos y la miel y el bálsamo curarán las mordeduras causadas por las serpientes; después serán cubiertas las torpezas de los hijos de Cam.

Todos aquellos pueblos estaban desnudos.

Finalmente me pareció estar en Australia. Aquí había también un ángel, pero no tenía nombre alguno. El guiaba, caminaba y hacía caminar a la gente hacia el mediodía.

⁵⁸ MB XVII, 552-554.

Australia no era un continente sino un conjunto de numerosas islas cuyos habitantes diferían en carácter y formas externas. Una multitud de niños, que vivían allí, intentaban venir hacia nosotros, pero se lo impedían la distancia y las aguas que nos separaban.

Tendían las manos hacia don Bosco y hacia los Salesianos, diciendo:

-¡Venid en nuestro auxilio! ¿Por qué no continuáis la obra que vuestros padres han comenzado? Muchos se detuvieron; otros, haciendo mil esfuerzos, pasaron en medio de los animales feroces y vinieron a mezclarse con los Salesianos, a los cuales yo no conocía y comenzaron a cantar:

-*Benedictus qui venit in nomine Domini*. A cierta distancia se veían grupos de innumerables islas, pero yo no podía distinguir sus características. Me pareció que todo aquel conjunto indicaba que la Divina Providencia ofrecía una porción del campo evangélico a los Salesianos, mas para un futuro lejano. Sus fatigas darán su fruto, porque la mano del Señor estará constante con ellos, si saben agradecer sus favores.

Si pudiera embalsamar y conservar vivos a unos cincuenta Salesianos de los que ahora están entre nosotros, de aquí a quinientos años verían qué destino tan estupendo nos reserva la Providencia, si somos fieles.

De aquí a ciento cincuenta o doscientos años, los Salesianos serán dueños de todo el mundo. Nosotros seremos bien vistos siempre, aun de los malos, porque nuestro campo especial es de tal naturaleza que se atrae las simpatías de todos, buenos y malos. Habrá alguna mala cabeza que nos quiera destruir, pero serán intentos aislados que no tendrán el apoyo de los demás.

Todo estriba en que los Salesianos no se dejen llevar del amor a las comodidades y de la desgana en el trabajo. Manteniendo solamente nuestras obras ya existentes y evitando el vicio de la gula, la Congregación Salesiana ha asegurado su porvenir.

La Congregación prosperará, aun materialmente, si procuramos sostener y extender el Boletín y la obra de los Hijos de María Auxiliadora. ¡Son tan buenos muchos de estos hijos! Su institución nos dará Hermanos decididos a mantenerse en su vocación.

5. De Valparaíso a Pekín (1886)⁵⁹

Don Bosco se encontraba en las proximidades de Castelnuovo, sobre el cerro denominado *Bricco del Pino*, cerca del valle *Sbarnau*. Dirig todas partes su mirada, pero lo único que distinguía era una densa espesura de bosque, que lo cubría todo, recubierta, al mismo tiempo, de una cantidad innumerable de hongos.

-Este, decía don Bosco, debe ser el Condado de José Rossi, o al menos merecería serlo.

(Don Bosco, para despertar la hilaridad entre los alumnos, había nombrado conde de aquellas tierras al coadjutor José Rossi.) Y en efecto, después de algún tiempo descubrió

⁵⁹ MB XVIII, 70-72.

a Rossi que, muy serio, contemplaba desde un cerro los valles que se extendían a sus pies. Don Bosco lo llamó, pero él no respondió más que con una mirada, como quien está preocupado.

Don Bosco, volviéndose hacia otra parte, vio a don Miguel Rúa, el cual de la misma manera que Rossi, permanecía con toda seriedad sentado, descansando.

Don Bosco llamó a entrambos, pero ellos continuaron silenciosos y no respondieron ni con un ademán.

Entonces descendió de aquel montículo y, después de caminar un rato, llegó a otro desde cuya altura descubrió una selva, pero cultivada atravesada por caminos y senderos. Desde allí dirigió su mirada alrededor, proyectándola hasta el horizonte, pero, antes que la retina, quedó impresionado su oído por el alboroto que hacía una turba incontable de niños.

A pesar de cuanto hacía por descubrir de dónde procedía aquel ruido, no veía nada; después, a aquel rumor sucedió un griterío como el que estalla al producirse una catástrofe. Finalmente vio una inmensa cantidad de jovencitos, los cuales, corriendo a su alrededor, le decían: -¡Te hemos esperado, te hemos esperado mucho tiempo, pero finalmente estás aquí; ahora estás entre nosotros y no te dejaremos escapar!

Don Bosco no comprendía nada y pensaba qué querrían de él aquellos niños; pero mientras permanecía como atónito en medio de ellos, y un inmenso rebaño de corderos conducidos por una pastorcilla, la cual, una vez que hubo separado los jóvenes y las ovejas y colocado a los unos en una parte y a las ovejas en otra, se detuvo junto a él y le dijo: - ¿Ves todo lo que tienes delante?

-Sí que lo veo, replicó el siervo de Dios.

-Pues bien, ¿te acuerdas del sueño que tuviste a la edad de diez años?

-¡Oh, es muy difícil recordarlo! Tengo la mente cansada, no lo recuerdo bien ahora.

-Bien, bien; reflexiona y lo recordarás.

Después, haciendo que los muchachos se acercasen a Don Bosco, le dijo:

-Mira ahora hacia esa parte, dirige allá tu mirada; haced vosotros lo mismo y leed lo que veáis escrito... Y bien, ¿qué veis?

-Veo, contestó el siervo de Dios, montañas, colinas, y más allá más montañas y mares. Un niño dijo:

-Yo leo: *Valparaíso*.

-Yo, *Santiago*, dijo otro.

-Yo, añadió un tercero, leo las dos cosas.

-Pues bien, continuó la pastorcilla, parte ahora desde aquel punto y sabrás la norma que han de seguir los Salesianos en el porvenir.

Vuélvete ahora hacia esta parte, tira una línea visual y mira.

-Veo montañas, colinas, mares...

Y los jóvenes afinaban la vista exclamando a coro:

-Leemos *Pekín*.

Don Bosco vio entonces una gran ciudad. Estaba atravesada por un río muy ancho sobre el cual había construidos algunos puentes muy grandes.

-Bien, dijo la doncella que parecía su Maestra, ahora tira una línea desde una extremidad a la otra, desde Pekín a Santiago, haz centro en corazón de Africa y tendrás una idea exacta de cuanto deben hacer los Salesianos.

-Pero ¿cómo hacer todo esto?, exclamó don Bosco. Las distancias son inmensas, los lugares difíciles y los Salesianos pocos.

-No te preocupes. ¿No ves allá cincuenta misioneros preparados? ¿Y más allá no ves más y muchos más aún? Traza una línea desde Santiago al África Central. ¿Qué ves?

-Diez centros de misión.

-Bien; estos centros que ves serán casas de estudio y de noviciado que se dedicarán a la formación de los misioneros que han de trabajar en estas regiones. Y ahora vuélvete hacia esta parte. Aquí verás otros diez centros desde el corazón del Africa a Pekín. También estas casas proporcionarán misioneros a todas estas otras regiones. Allá está Hong-Kong, allí Calcuta, más allá Madagascar. En todas estas ciudades y otras más habrá numerosas casas, colegios y noviciados.

Don Bosco escuchaba mientras observaba detenidamente todo aquello, después dijo: -¿Y dónde encontrar tanta gente y cómo enviar misioneros a esos lugares? En esos países existen salvajes que se alimentan de carne humana; hay herejes y perseguidores de la Iglesia: ¿cómo hacer?

-Mira, replicó la pastorcilla, es menester que emplees toda tu buena voluntad. Sólo tienes que hacer una cosa: recomendar que *mis hijos cultiven constantemente la virtud de María*.

-Bien, sí; me parece haber entendido. Repetiré a todos tus palabras.

-Y guárdate del error actual, o sea el de mezclar a los que estudian las artes humanas con los que se dedican al estudio de las artes divinas pues la ciencia del cielo no quiere estar unida a las cosas de la tierra.

Don Bosco quería continuar hablando, pero la visión desapareció; el sueño había terminado.

La esperanza en tiempos de crisis⁶⁰

Álvaro Lobo, SJ

Crisis es una palabra que escuchamos con frecuencia en nuestra sociedad. La pronuncian los políticos, los medios de comunicación e incluso las autoridades religiosas. Esa crisis la vivimos en el ámbito económico, ahora mismo con la guerra de los aranceles y las dificultades de tantos jóvenes —y no tan jóvenes— para encontrar una vivienda, por no hablar de la creciente desigualdad económica de la que pocos hablan tanto como deberían. No es exagerado afirmar que también vivimos una crisis moral, en la que la dignidad del ser humano se ve dañada, en el olvido de tantos inmigrantes que perecen en el mar o en una bioética al servicio del capital. En el caso de España, la crisis política dura décadas y, si me apuras, siglos. ¿Qué decir de la crisis sanitaria, con el aumento de los problemas de salud mental y el consumo exponencial de medicamentos? A nivel global, sufrimos una crisis climática que acelera procesos y, por tanto, desgracias.

En esa misma línea, atravesamos una crisis energética en la que la tecnología debe situarse en un nuevo escenario de sostenibilidad. Y, en el ámbito social, la polarización es creciente, sin visos de mejora.

Y como estas, cada uno podría hablar de infinitas crisis que amenazan nuestra sociedad. Sin embargo, debemos reconocer que, si nos dejáramos llevar por muchos medios de comunicación —gobierno quien gobierne y sean de la ideología que sean—, habríamos llegado al colapso hace ya tiempo. Por tanto, no temamos reconocer que el catastrofismo que a veces nos invade tiene una gran dosis de ateísmo, porque, sencillamente, prescinde de la esperanza.

El año pasado, en un encuentro de delegados de pastoral juvenil y colegial, un obispo utilizó el siguiente texto, que corresponde al inicio de *La historia de dos ciudades*, de Charles Dickens:

«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la

⁶⁰ Artículo publicado en la revista “RPJ”, núm. 573, julio 2025, pp. 13-17.

desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto. En una palabra, aquella época era tan parecida a la actual, que nuestras más notables autoridades insisten en que, tanto en lo que se refiere al bien como al mal, solo es aceptable la comparación en grado superlativo.»

Más allá de la belleza y sabiduría de este texto, debemos reconocer que cada momento de la Historia se caracteriza por la lucha contra algún reto particular. En ocasiones, fueron la hambruna, las guerras o las epidemias —o todas a la vez—. Otras veces, los totalitarismos, el analfabetismo o la intolerancia religiosa. Y es que en la Iglesia siempre ha habido un camino difícil por el que transitar. Lejos del adanismo que a menudo nos caracteriza, nuestra época también tiene sus desafíos. Esto no podemos negarlo.

Un «cambio de época»

Uno de los conceptos que nos ha regalado el papa Francisco es el de «cambio de época»: un tiempo distinto, en el que todo se redimensiona, incluidos algunos conceptos. Si nos trasladamos a otro cambio de época, como el siglo XVI, descubrimos sorprendentes paralelismos. Si ahora vemos cómo el transhumanismo transforma la concepción de la persona, en 1555 se producía la «Controversia de Valladolid», en la que Sepúlveda y Bartolomé de las Casas debatían si los indios de América Latina tenían alma. Si ahora sufrimos una guerra en el este de Europa y en Tierra Santa, en Lepanto los reinos cristianos frenaban al turco en el Mediterráneo. Si la llegada del hombre a Marte es cuestión de décadas, en el Renacimiento leían con fascinación las noticias que llegaban en barco del nuevo mundo. Y si ahora contemplamos con temor y temblor el uso de la inteligencia artificial, en aquel entonces el humanismo clásico enriquecía el conocimiento de la vieja Europa. O, por qué no, si hoy seguimos empeñados en dividirnos entre «progres» y «carcas», entonces Lutero dividió la cristiandad en fieles al papa o protestantes —aunque dicho con otras palabras—. Por no hablar de la crisis de los abusos, sabiendo que en aquella época los papas tenían incluso nietos. La polarización política de hoy que vemos en las redes, también estaba presente en la rivalidad entre Francisco I y Carlos V que dividía Europa a sangre y fuego sin muchos miramientos.

En estos tiempos, conviene ir más allá de la sucesión de hechos y analizar cómo cambia el concepto de persona y su relación con la realidad. De algún modo, hemos incorporado a nuestro modo de vivir las lógicas del consumo, como si fuéramos grandes plataformas. Lo vemos en nuestra forma de organizarnos, cuando calculamos beneficios, tiempo y placer; y si los planes se cruzan, nuestro «algoritmo vital» parece colapsar. Si estamos sin hacer nada un sábado por la mañana, nos sentimos mal. Vivimos en un continuo *multitask*, como lo muestran nuestros escritorios. Quizá nuestros alumnos nos enseñan algo, cuando viven en esa delgada línea del «me renta» o «no me renta».

También podemos observar cómo los vínculos se disuelven con mayor facilidad. Las familias se rompen con más frecuencia y pocas personas permanecen toda su vida en una misma empresa. Hay gente con vidas fragmentadas y muchas caras para una misma vida. Lo vemos en la política y hasta en los conceptos, que necesitan más palabras para explicarse. Y así con tantas cosas, donde la modernidad líquida se ha convertido en

norma, y el paradigma de la deconstrucción es el que prima. Esto rompe con la cosmovisión católica, que tiende a armonizar, crear vínculos e integrar la realidad.

Vivimos en un mundo cada vez más complejo e impredecible. Algunos expertos en liderazgo hablan del concepto VUCA —volatilidad, incertidumbre, complejidad y ambigüedad—. Referentes como el papa Francisco o Edgar Morin insisten en la necesidad de comprender esa complejidad, en un mundo en el que ya no controlamos muchas dimensiones y donde la percepción del tiempo y el espacio cambian por la tecnología que acelera procesos y acontecimientos. El virus de la COVID-19, hace cien años, habría tenido un impacto distinto. La guerra de Ucrania fue casi imposible de predecir. Hoy, en un mismo día, podemos estar en puntos distantes del país y la IA nos hace informes con una precisión impensable hace poco tiempo.

Y este es el tiempo que nos toca vivir. Curiosamente, este escenario nos dificulta aún más mirar hacia el futuro y relacionarnos con el tiempo. Sirva de ejemplo el mundo de las series: cada vez nos cuesta más imaginar el futuro —diez, veinte o treinta años adelante—. Lo único que encontramos son distopías, que no son más que hipérboles de nuestro tiempo. Una de las más relevantes, *1984*, de George Orwell, muestra cómo las máquinas y las ideologías deshumanizan al ser humano y le roban la esperanza. Y es ahí donde debemos estar atentos.

La inestabilidad como constante

Aunque el mundo nos muestre lo contrario, estamos llamados a vivir en el desequilibrio constante. La historia así lo demuestra. Me atrevería a decir que la estabilidad es una ficción.

¿Quién no ha acabado cansado de las vacaciones, por más que estas se hicieran de rogar? Estamos abocados a vivir en la inestabilidad constante. Dicho de otro modo, la estabilidad constante es una ficción. Un anhelo irrealizable. Quizás el referente más claro sea el nacimiento de Jesús, en un contexto VUCA sin precedentes. No había seguro médico ni bajas, pero sí había esperanza. Para ello necesitamos raíces que nos sostengan frente a tanta incertidumbre y que nos permitan preguntarnos: ¿qué hacemos para sobrevivir en la incertidumbre?

Uno de los últimos regalos que nos ha dejado el papa Francisco es su libro *La esperanza no defrauda*. En el prólogo, se distingue entre la esperanza y el optimismo, y subraya que la primera tiene un sentido más profundo que el mero deseo de que las cosas salgan bien. La esperanza auténtica se enraíza en la confianza de que, más allá del sufrimiento, Dios sostiene la realidad. Este matiz es clave: en nuestro tiempo se han sustituido conceptos y categorías religiosas por otras de menor profundidad y alcance. Por eso, el problema de la secularización es más grave de lo que parece.

La esperanza, aunque el mundo diga lo contrario, es una virtud y, como toda virtud, requiere hábito. La ausencia de Dios nos hace perder perspectiva. Nos aleja del Alfa y el Omega que dan sentido a nuestra existencia. Y, al hacerlo, el presente nos pesa más, el

pasado se oscurece y el futuro se vuelve casi inalcanzable. Este, quizá, es uno de los grandes retos de nuestro tiempo: aprender a ubicarnos en el tiempo.

El ser humano en este cambio de época

En esa relación con el tiempo, no podemos olvidar que somos seres en relación. Si el mundo cambia, también nosotros cambiamos. En este caso, la ciencia y la tecnología son los grandes actores que determinan nuestra forma de relacionarnos con la realidad y, por tanto, con el tiempo.

En primer lugar, porque han transformado nuestra cosmovisión. Ya no interpretamos la realidad con las mismas categorías de hace una o dos generaciones. Los niños ya no vienen de París, la leche sale de las neveras del supermercado y una pantalla parece tener todas las respuestas. Este imaginario nos endiosa. Vivimos bajo el paradigma del «querer es poder», donde los deseos se confunden con derechos, como rezaba la campaña de algún partido político hace pocos años.

Esto tiene consecuencias en la forma en que nos comprendemos a nosotros mismos. Hablamos de gestionar emociones, de productividad, de autorrealización. Nos sentimos bien si somos útiles. Y lo contrario. Entramos en una dinámica ascendente que nos convierte en máquinas. Esto ya fue denunciado en la encíclica *Laudato Si'*.

Este modelo «maquinal» está ligado a nuestra relación con la tecnología. Asumimos que la ciencia y los números solucionan todos nuestros problemas. Que no hay límites. Y, entonces, desaparece la cruz de nuestro horizonte. Esta idea —de que la tecnología nos salva de todo— ya estaba presente en la antigua URSS. Hoy, nosotros mismos caemos a veces en ella. El ego se acrecienta en las redes sociales, en las pantallas que alimentan nuestra voluntad. Es la epidemia de la autorreferencialidad.

Por otro lado, este nuevo mundo virtual crea las condiciones para un gnosticismo del siglo XXI, donde la materia se separa de la idea. Por eso, Francisco insiste en que la realidad está por encima de la idea. Y es que las ideologías, impulsadas por intereses políticos o económicos, se presentan como soluciones definitivas, pero rara vez cumplen lo que prometen.

Aunque tengamos una visión positiva de la tecnología, no podemos olvidar que no es neutral. Tiende a relegar la dimensión trascendente. Nos mete en una dinámica cuantitativa: cuanto más, mejor. ¿Quién quiere un iPad 8 pudiendo tener un iPad10? ¿Quién no se compra un coche mejor cada vez? ¿No nos ofrece la tecnología más información, pero no necesariamente más sabiduría o profundidad? ¿No confundimos a veces abundancia de información con verdad?

El olvido de Dios

En el fondo, lo que está en juego es el olvido del misterio. Nuestro tiempo es, alegóricamente, el tiempo de la pornografía: del verlo todo. Y, sin embargo, el verdadero deseo humano es el del misterio que se revela sin agotarse, que tiene que ver con el erotismo, curiosamente. Eso es lo que atrae profundamente al ser humano y lo que lo mueve hacia adelante. La Biblia no nos dice que tengamos que saberlo todo. Nuestra verdad se encuentra en relación con Dios. Y la tecnología, a menudo, nos lanza hacia nuestra propia mismidad, a querer saberlo todo. Es el triunfo del nihilismo, como decía Nietzsche: ya no es necesario buscar la verdad, porque creemos que es imposible porque está entrelazada con la falsedad.

Este olvido de Dios nos hace olvidar también el sentido del tiempo. Nos lleva a creer que las catástrofes no pueden acontecer y, entonces, nos preguntamos ¿cómo puede ocurrir semejante hecho? ¿Cómo no lo predijimos? O que solo el pueblo salva al pueblo —como oímos en la DANA de Valencia—, lo cual no es del todo cierto. O que una ideología, o una tarjeta de crédito, nos salvará. Pero la realidad es que «nadie se salva solo». Y por muchas cosas buenas que tenga la tecnología, el ser humano necesita de Dios.

La resurrección: clave de nuestra esperanza

Por todo lo anterior, no debe sorprendernos la cantidad de personas —católicas incluidas— que creen en la reencarnación. Sin embargo, todos sabemos que el punto crucial está en la resurrección de Jesucristo.

Ya el pueblo judío había intuido que el bien, la verdad y la belleza, si eran auténticos, no podían concluir con la muerte. La resurrección de Jesús es ese punto de fuga que nos permite comprender la realidad, y que nos ayuda a ubicar nuestro eje espacio-temporal. Es una novedad radical: para los griegos, el tiempo era circular —algo que no se ha cumplido—, mientras que, en la cosmovisión tribal africana, por ejemplo, el tiempo se comprende de forma diferente.

Sin la resurrección, la vida de alguien que agoniza en un hospital estaría condenada al recuerdo, pasado mañana al olvido, y al día siguiente a la nada. Imaginemos morir y pensar que mañana todo será un *game over*. O pensemos, por pura justicia, cómo el manido es una crueldad para una mujer maltratada, un niño que sufre acoso o una familia que vive bajo las bombas en Gaza. La resurrección de Jesús nos permite creer que el mañana es bueno, sencillamente, porque viene de Dios. De lo contrario, nadie firmaría una hipoteca, trabajaría en un colegio o construiría un hospital si no creyera en el futuro.

Si olvidamos la resurrección, acabamos recurrentemente, en el *carpe diem*. Y si uno es joven y guapo, puede parecer fácil, pero cuando llegan los problemas, la vida se vuelve mucho más difícil. Sin resurrección, corremos el riesgo de obsesionarnos con el presente, sin soportar las tormentas. O tratamos de repetir algo que ya pasó. O vivimos en mundos paralelos, y las utopías se convierten en fuente de frustración

porque no son reales. En definitiva, necesitamos recuperar nuestro ser vectorial, que nos ayuda a ubicarnos en el tiempo.

Puede que ese sea nuestro gran reto: aprender a ubicarnos en el tiempo, en el Alfa y el Omega. Para ello, la paciencia puede ser un buen camino, aunque nuestro paradigma tecnológico no nos enseñe a cultivarla. ¿Quién espera hoy una carta, cuando puede recibir un mensaje instantáneo?

La resurrección nos permite mirar el futuro con esperanza, sencillamente porque es de Dios. Incluso la idea de progreso tiene su raíz en esta mirada positiva del futuro.

Francisco ha señalado cómo las sociedades con hijos tienen más confianza en el porvenir. Y viceversa: aquellas con más recursos pueden caer, paradójicamente, en la desesperanza. En el fondo, esta es la tarea de los profetas: denunciar la injusticia, pero sobre todo anunciar la esperanza. Así lo hicieron los grandes santos: san Francisco Javier, cuando buscaba nuevos horizontes para evangelizar; san Ignacio y los reformadores del siglo XVI, cuando soñaban con recrear la Iglesia. La esperanza, no lo olvidemos, siempre se asienta en lo real.

¿Cómo hacer emerger la esperanza?

En una de las frases más duras de la saga de *El Señor de los Anillos*, Frodo Bolsón dice: «Ojalá nada de esto hubiera sucedido». A lo que Gandalf responde: «Así piensan todos los que viven tiempos difíciles, pero eso no les corresponde decidir. Lo único que podemos decidir es qué hacer con el tiempo que se nos ha dado».

No elegimos las circunstancias en las que nos toca vivir, pero sí podemos decidir en qué elementos nos apoyamos. Por eso es tan importante anclar nuestra vida en la realidad, por mucho que las ideas y discursos nos digan lo contrario. Porque la esperanza no es una evasión, ni una ilusión paralela. También es importante mirar al pasado, no para repetirlo, sino para aprender de su esencia. Cuando el pueblo de Israel miraba hacia atrás, veía cómo Dios nunca lo había abandonado. Pero también miraba al futuro. Soñaba. Así lo hacía san José, que interpretaba sus sueños desde Dios, o san Ignacio, cuando discernía los espíritus al mirar su vida.

No podemos olvidar que el presente está impregnado de esperanza. Por eso debemos desconfiar tanto del que piensa que todo está mal como del que cree que todo va bien. Tampoco son válidos los catastrofismos, que en el fondo son otra forma de ateísmo. Ni las angustias innecesarias que convierten todo en un problema.

Apoyarse en la esperanza es reconocer que nuestra visión no es un optimismo ingenuo, sino que el futuro será bueno porque viene de Dios. Y esto es lo más hermoso: no depende de nosotros. Pero esto, si no se riega con la fe, es difícil de sostener, porque implica mirar más allá. Y debe regarse también con el amor y con la belleza, que nos sacan de nosotros mismos, que generan vida —y, por tanto, futuro y generosidad— y que aspiran a lo eterno en cada instante. La esperanza nos lleva a amar más, como María.

Nos ayuda a recuperar el sentido, a reenfocar nuestra propia vida. A vivir desde una vocación que nos llama a amar y a dar vida.

¿Cómo ser agentes de esperanza?

Sé que es una pregunta osada, pero quizá en nuestra Iglesia y nuestras comunidades conviene mirarnos con misericordia desde fuera. Y ver, más allá de la rutina y de los problemas, cuántas cosas se hacen bien. Cuánta Iglesia viva participa y crea proyectos. Cuántos jóvenes desean hablar de Dios y transmitir la fe. Cuánto bien se hace en los colegios. Y que el mundo, a pesar de todo, no es tan malo como a veces lo pintan.

Sobre todo, hay que asumir el reto de la profundidad en nuestro tiempo. Porque la esperanza también es racional, no solo emoción. Es recordar que el Evangelio pasa por la vida, muerte y resurrección de Jesús. Y que, hoy por hoy, el Evangelio sigue siendo una novedad en este mundo. También es cuidar espacios que nos ayuden a ubicarnos en el tiempo, en el discurrir suave y vertiginoso de los días, de los años. En convivir con un silencio que nos permita contemplar, asumiendo que Dios está en todas las cosas, que late en la realidad. En maravillarnos de cómo Dios habita en el «nosotros» que alza los ojos al cielo. Porque la esperanza es un estado del alma, que busca en el mañana un descanso y una sana confianza sabiendo que Dios sostiene la Historia.

Marcel Proust, buceador del paso del tiempo, asoció la esperanza a la verdad. Ojalá nosotros seamos capaces de encontrar espacios para aferrarnos a la esperanza que viene de Dios, y de transmitirla a un mundo que —hoy igual que siempre— tiene sed de Dios.



Pier Giorgio Frassati, un joven laico

¿El «san Francisco» de Turín?⁶¹

Giancarlo Pani

El 7 de septiembre de 2025 será elevado a los altares Pier Giorgio Frassati, nacido en Turín el 6 de abril de 1901 y fallecido a los 24 años a causa de una poliomielitis fulminante⁶². Antes de Teresa del Niño Jesús se pensaba que la normalidad y la santidad no podían coexistir. Sin embargo, la carmelita mostró que, viviendo el Evangelio, aun permaneciendo en la clausura del monasterio, era posible alcanzar las cumbres de la santidad e incluso llegar a ser Doctora de la Iglesia. Pocos años después de la «pequeña» Teresa, también Frassati siguió ese camino: como laico, dando testimonio de su fe en el mundo, recorrió la senda del Evangelio. Una santidad que habla a todos. Filippo Turati, uno de los fundadores del Partido Socialista Italiano, dijo de él: «Era verdaderamente un hombre, aquel Pier Giorgio Frassati a quien la muerte, a los 24 años, sorprendió y arrebató cruelmente. [...] Lo que se lee sobre él es tan nuevo e insólito, que llena de reverente asombro incluso a quien no compartía su fe. Joven y rico, había elegido para sí el trabajo y la bondad. [...] Era, ante todo, un cristiano, y traducía sus opiniones místicas en vivas obras de bondad humana»⁶³.

Una vida sencilla

Pier Giorgio nació en una familia acomodada, pero rígida en la educación. Su padre Alfredo, agnóstico, era un empresario visionario: compró la *Gazzetta piemontese* y la

⁶¹ Artículo publicado en *La Civiltà Cattolica* (edición española), edición del 5 de septiembre de 2025.

⁶² La expresión «el San Francisco de Turín» fue utilizada por la hermana de Frassati, Luciana, en la causa de beatificación, en referencia a la pobreza: «Si al Dr. Don Sonnenschein se le podía llamar el San Francisco de Berlín, a su amigo y ayudante Pier Giorgio Frassati se le podría llamar el San Francisco de Turín; [...] [él] amó profundamente a Cristo en sus hermanos, especialmente en los más pobres» (*Taurin. Canonizationis Servi Dei Petri Georgii Frassati. Viri laici [1901-1925], Positio super Virtutibus*, I, Roma, Congregatio pro causis sanctorum, 1987, 391 s.).

⁶³ F. Turati, en *La Giustizia*, 8 de julio de 1925 (cuatro días después de la muerte), citado por L. Frassati, *Mio fratello Pier Giorgio. Una vita mai spenta*, Turín, Aragno, 2010, 151.

renovó en el diario liberal *La Stampa*, del cual fue propietario y director; en poco tiempo transformó el periódico en el segundo de Italia, después del *Corriere della Sera*⁶⁴. Era amigo de Giovanni Giolitti, que lo estimaba mucho, y en 1913 fue elegido senador del Reino, el más joven de la época. En 1898 Alfredo se casó con Adelaide, que, al contrario de él, era católica practicante, aunque prisionera de un formalismo convencional; era una apasionada pintora, tanto que varios de sus cuadros fueron expuestos en la Bienal de Venecia. Los hijos, Pier Giorgio y Luciana (un año menor que él), fueron los protagonistas de sus pinturas. El matrimonio entre Alfredo y Adelaide no fue feliz: arrastrado entre discusiones y desilusiones, terminó en la ruptura tras la muerte del hijo.

Los dos hijos de la familia Frassati realizaron los estudios elementales en privado, aunque sufrieron una reprobación. Después asistieron a la escuela pública, y Pier Giorgio, en segundo de secundaria, fue suspendido en latín. El padre lo inscribió entonces en el Instituto Social de los jesuitas, donde el joven se acercó a la Congregación Mariana, al Apostolado de la Oración y a la Conferencia de San Vicente. Mientras tanto, crecía tanto cultural como espiritualmente: se apasionaba por los clásicos y también por san Agustín, santa Catalina de Siena, fray Girolamo Savonarola y santo Tomás⁶⁵. Entre los textos bíblicos, además de los Evangelios, amaba las cartas de san Pablo, y sobre todo la Primera carta a los Corintios, capítulo 13, donde se encuentra el «Himno al amor». Descubrió el valor de la oración, de la devoción a María, de la adoración nocturna y, por consejo de su director espiritual, el padre Pietro Lombardi, a partir de los 17 años se acercó diariamente a la Eucaristía⁶⁶.

El universitario

Después del liceo, en 1918, el joven se inscribió en el Politécnico de Turín en Ingeniería industrial mecánica, con especialización en minería, para estar cerca de los trabajadores de las minas. Al año siguiente se adhirió a la Federación Universitaria Católica Italiana (FUCI). Pier Giorgio tomó conciencia de que la asistencia a los pobres, por sí sola, no era suficiente: ciertos problemas debían afrontarse en el ámbito político. En 1920 comenzó entonces su militancia en el Partido Popular, recién fundado por Luigi Sturzo, y entró en la corriente social de izquierda, desarrollando un fuerte interés por el destino de Italia y del mundo; como su padre, también él era antiintervencionista. Era gran admirador de don Sturzo y de Giuseppe Donati. Tras la Marcha sobre Roma, participó con pasión en el Congreso de los populares en Turín, en el que se debatía sobre la postura que debía adoptarse respecto al gobierno de Mussolini. El juicio del joven hacia el fascismo fue durísimo, al igual que el de su padre y el de su periódico⁶⁷. Un grupo de

⁶⁴ Cf. C. Siccardi, *Pier Giorgio Frassati. Il giovane delle otto beatitudini*, Cinisello Balsamo (Mi), San Paolo, 2018, 57. Entre los colaboradores se decía: «*La Stampa* es Frassati»; y en su conciencia estaba presente el imperativo: «La fe en los valores laicos», (ibid., 39). Trabajaron en el diario F. S. Nitti, L. Einaudi, C. Lombroso, P. Jannaccone, L. Salvatorelli.

⁶⁵ Cf. R. Falciola, *Pier Giorgio Frassati. «Non vivacchiare ma vivere»*, Roma – Cantalupa (To), Ave – Effatà, 2019, 17-20.

⁶⁶ Cf. L. Frassati (ed.), *Mio fratello Pier Giorgio. La fede*, Milán, Paoline, 2004, 42-44.

⁶⁷ Cf. R. Falciola, *Pier Giorgio Frassati. «Non vivacchiare, ma vivere»*, cit., 17.

camisas negras llevó a cabo una expedición punitiva, irrumpiendo en la casa de los Frassati y devastando todo lo que pudo⁶⁸.

Mientras tanto, Pier Giorgio se inscribió en la Juventud Católica Italiana (GCI), porque quería vivir como laico en la Iglesia, obediente a la jerarquía, pero también convencido de su libertad y responsabilidad como cristiano. La decisión de entrar en la Tercera Orden dominicana y de asumir el nombre de «fray Girolamo», ya que consideraba a Savonarola un modelo propio, revelaba su deseo de anuncio evangélico y de testimonio cristiano más radical⁶⁹.

Tras el asesinato de Matteotti, ocurrido el 10 de junio de 1924, en calidad de representante de los estudiantes se adhirió a la Alianza Universitaria Antifascista de los jóvenes demócratas. El año anterior, con ocasión de la visita oficial de Mussolini a Turín, había manifestado su oposición retirando la bandera que el presidente del círculo fucino «Cesare Balbo», por iniciativa propia, había hecho colocar en el balcón. También había presentado su dimisión, luego retirada, a raíz de las violencias perpetradas por mandato de Mussolini. Entre otras, el asesinato de don Minzoni⁷⁰.

A pesar de estar inscrito en múltiples asociaciones, en 1924 Pier Giorgio fundó una nueva, enteramente suya, de carácter semiserio: «La Compañía de los Tipos Oscuros»⁷¹. Quería suplir lo que era poco relevante en otros movimientos, para vivir con serenidad la amistad en las excursiones a la montaña. Las normas de la asociación eran humorísticas, y lo mismo sus nombres: a Pier Giorgio lo llamaban «Robespierre», también conocido como el «Incorruptible»⁷², mientras que su amigo Marco Beltramo, que hacía el servicio militar en aeronáutica, era el «Ala del Terror». Lo que unía al grupo era «un vínculo indisoluble, [...] la Fe»⁷³. Y Pier Giorgio precisaba: «Esta Fe que hemos recibido en el santo Bautismo [...] nos acompañará hasta el último día de nuestro viaje terrenal y sirva como lazo, por medio de la oración, para cimentar espiritualmente a todos los Tipos Oscuros dispersos por el orbe terrenal»⁷⁴. «Otra cosa que debe unirnos es el Santo Amor, [...], porque sin Caridad toda virtud no vale»⁷⁵.

La vida en familia

Como para muchos jóvenes, también para Pier Giorgio las relaciones familiares no eran sencillas. Entre padre e hijo casi nunca hubo un verdadero entendimiento. Pier Giorgio se distanciaba de la holgura de su familia, eligiendo vivir pobremente, pero sin criticar jamás a sus padres.

⁶⁸ Cf. Ibid.

⁶⁹ En 1498, Savonarola fue condenado a la hoguera por su intransigencia hacia la sociedad medicea y el poder nepotista de Alejandro VI. Solo recientemente se ha rehabilitado al dominico.

⁷⁰ Cf. *Taurin. Canonizationis...*, *Positio super Virtutibus*, cit., I, 27.

⁷¹ Cf. R. Falciola, *Pier Giorgio Frassati. «Non vivacchiare, ma vivere»*, cit., 26 s.

⁷² C. Siccardi, *Pier Giorgio Frassati. Il giovane...*, cit., 227.

⁷³ P. G. Frassati, «Proclama», en Id., *Lettere*, Cantalupa (To), Effatà, 2019, 225.

⁷⁴ Id., «Lettera a Laura Hidalgo 11», agosto 1924, ibid., 227.

⁷⁵ Id., «Lettera a Isidoro Bonini 29», enero 1925, ibid., 286.

El padre esperaba que él se convirtiera en su sucesor en la dirección del periódico: un proyecto que año tras año se iba desvaneciendo. De hecho, aunque Pier Giorgio era aplicado, no obtenía grandes éxitos en sus estudios, y el padre no perdía ocasión para humillarlo: lamentaba que Luciana no hubiera nacido varón. La alusión a *La Stampa* era clarísima. Además, el hijo colaboraba en *Il Momento*, un periódico católico que lo entusiasmaba, pero que le valió la reprimenda paterna: «Eso quiere decir que cuando tengas hambre irás a comer a *Il Momento*»⁷⁶.

Una noche, el padre descubrió que el joven, antes de acostarse, rezaba el rosario. No le dijo nada, pero fue al párroco para expresar su contrariedad: «¿Qué han hecho ustedes con mi hijo?». El anciano sacerdote, que había bautizado a Pier Giorgio, le respondió con franqueza: «¿Preferiría usted, senador, que se durmiera con alguna novelucha al lado?»⁷⁷.

El distanciamiento de *La Stampa* se fue haciendo cada vez más evidente. Pier Giorgio parecía ajeno a la gloria cotidiana del periódico. Un día pidió a su padre que no abusara de la crónica negra, porque era un mal. La respuesta no se hizo esperar: «Las ventas dependen también de esas columnas»⁷⁸. Desde entonces, el tema quedó cerrado para siempre.

Si las predilecciones del padre eran por la hija Luciana, el comportamiento del hijo —tan serio, tan sincero, tan desinteresado— lo desconcertaba. Un día confió a un redactor: «Pier Giorgio me impone respeto, como si estuviera ante alguien mayor que yo. No sé qué es, pero, repito, a veces me intimida»⁷⁹. Y algún tiempo después: «Nunca he aceptado órdenes de nadie, ni siquiera de Giolitti. Solo una persona ha tenido autoridad sobre mí, y ese es mi hijo»⁸⁰.

Tampoco la relación de Pier Giorgio con la madre era fácil. Habiendo delegado el marido en ella la educación de los hijos, Adelaide los crió con el máximo rigor, en el respeto y la obediencia. Entre madre e hijos no existía una verdadera confianza afectiva, y así en sus relaciones se generaba cierta frialdad. Además, ella era tan hipercrítica con todo, que creaba en casa «un ambiente bastante anticlerical»⁸¹. El hijo le tenía gran afecto, pero quedaba sorprendido cuando la madre criticaba a las mujeres que cada mañana acudían a la iglesia para la Misa. Se oponía, entre otras cosas, con firmeza pero sin éxito, a la comunión diaria de Pier Giorgio, porque según ella así se volvería un beato exagerado⁸².

El otro Pier Giorgio

De joven, Pier Giorgio no se distinguía de sus compañeros: era jovial y bromista, jugaba al fútbol, nadaba y remaba como un profesional, montaba a caballo, conducía el coche,

⁷⁶ L. Frassati, *Pier Giorgio Frassati. I giorni della sua vita*, Roma, Studium, 1979, 68.

⁷⁷ Ibid., 59.

⁷⁸ Ibid., 85.

⁷⁹ C. Siccardi, *Pier Giorgio Frassati. Il giovane...*, cit., 102.

⁸⁰ L. Frassati, *Pier Giorgio Frassati. I giorni...*, cit., 87.

⁸¹ C. Siccardi, *Pier Giorgio Frassati. Il giovane...*, cit., 103.

⁸² Cf. L. Frassati, *Pier Giorgio Frassati. I giorni...*, cit., 45.

usaba el teléfono, pero su gran pasión era la montaña, las excursiones con los amigos, sin perder jamás la Misa dominical. Las escaladas eran para él una subida hacia lo alto, experiencia de maravilla y de alabanza al Señor, pero también ocasión para ayudar a los amigos a disfrutarla. Muchas de sus cartas se refieren a las alegrías de la montaña y a los lazos que de ella nacían. No le faltaban el gusto por lo bello ni la sensibilidad por el arte. Siempre estaba atento a los problemas humanos y sociales. Todos los aspectos de su vida tenían su fundamento en el Evangelio⁸³.

Desde niño, Pier Giorgio mostró una gran atención hacia los pobres. Una vez, visitando un asilo con el abuelo, vio a un niño triste que comía apartado de los demás, a causa de una erupción cutánea que lo hacía repugnante. Sin que lo advirtieran el abuelo ni la monja presente, se le acercó y comió con él, usando la misma cuchara, haciéndolo feliz. Un día, una mujer pobre, con un niño descalzo en brazos, llamó a la puerta de la casa para pedir limosna. Pier Giorgio abrió, se fijó en el pequeño, se quitó los calcetines y los zapatos, se los dio a la madre y cerró enseguida la puerta, antes de que alguien descubriera el «desaguisado»⁸⁴.

Pier Giorgio tenía un vivísimo sentido de la solidaridad. No se consideraba un individuo separado de los demás, sino unido a todos, con la conciencia de que cada uno tiene «un estricto deber de cooperar ampliamente en la regeneración moral de la sociedad mundial»⁸⁵. Su caridad la ejercía en silencio: «El verdadero bien —decía— debe hacerse inadvertidamente, poco a poco, cada día»⁸⁶. Un día había que encontrar una habitación para una pobre mujer desalojada de su casa; otro, hacían falta unos zuecos para un muchacho sin zapatos; había que buscar una cama en el hospital para un tuberculoso en la más negra miseria; los sábados, siempre había que dejar espacio para algún desposeído. «Solo Dios sabe cuántas visitas hizo, y cuánto dinero, tiempo y corazón prodigó. Solo Dios sabe la aguda tristeza que despertaron en él tantas miserias ocultas, y la exquisita delicadeza que mostró hacia “nuestros señores, los pobres”»⁸⁷. Tampoco faltaba la ayuda espiritual, tanto que su caridad puede definirse verdaderamente como «obra de evangelización»⁸⁸.

Para Pier Giorgio la Eucaristía no solo alimentaba la relación cotidiana con el Señor, sino que lo impulsaba hacia los hermanos: «Jesús me visita con la comunión cada mañana y yo se la devuelvo de la manera que puedo: visitando a los pobres»⁸⁹. «¿Pero cómo haces para superar el asco en esos tugurios malolientes?», le preguntó un amigo;

⁸³ Cf. P. Molinari, «La beatificazione di un giovane laico: Pier Giorgio Frassati», en *Civ. Catt.* 1990 II 549-560.

⁸⁴ Los dos episodios fueron referidos por la hermana Luciana en el proceso de canonización: cf. *Taurin. Canonizationis..., Positio super Virtutibus*, II, *Depositiones testium Proc. Ap.*, Roma, *Congregatio pro causis sanctorum*, 1987, 5 s.

⁸⁵ P. G. Frassati, «Appunti per un discorso sulla carità», en L. Frassati (ed.), *Mio fratello Pier Giorgio. La carità*, Turín, SEI, 1957, X.

⁸⁶ C. Siccardi, *Pier Giorgio Frassati. Il giovane...*, cit., 161.

⁸⁷ R. Claude, *Attualità di Pier Giorgio Frassati*, Turín, SEI, 1960, 43.

⁸⁸ Cf. *Canonizationis..., Positio super virtutibus*, I, cit., 104.

⁸⁹ G. Lazzati, «Pier Giorgio Frassati: un cristiano coerente e coraggioso», en *Lazzati e Frassati*, Roma, Ave, 2001, 57.

y él respondió: «No olvides nunca que, aunque la casa sea sórdida, tú te acercas a Cristo. El Señor ha dicho: “El bien que haces a los pobres es bien hecho a mí mismo”»⁹⁰.

Son numerosísimos los testimonios a favor de los marginados que salieron a la luz tras su muerte, aunque ninguno de sus familiares y amigos lo sabía⁹¹. Y, sin embargo, alguien estaba al tanto. Marianna Cerutti, una mujer de la limpieza en la sede de *La Stampa*, dijo una vez al director Frassati: «Su hijo hará más carrera que usted»⁹². La trabajadora, socialista revolucionaria, amiga de los pobres y también del vino, conocía muchos episodios de la vida secreta de Pier Giorgio, sobre todo la red de obras sociales que lo mantenían ocupado cada día.

El padre embajador en Alemania

En noviembre de 1920, Alfredo Frassati fue nombrado embajador de Italia en Berlín: un cargo que duró dos años, porque, después de la Marcha sobre Roma, presentó su dimisión. La familia lo visitaba por breves períodos, y Pier Giorgio tuvo ocasión de conocer diversas realidades de Alemania. No le interesaban las fiestas de la embajada, pero conoció a un sacerdote extraordinario, Carl Sonnenschein, fundador del Movimiento estudiantil católico-social, que también se dedicaba a los italianos. Tras su muerte, fue definido como el «san Francisco de Berlín». Con Pier Giorgio entabló una hermosa amistad y lo invitaba a menudo a participar en los encuentros mixtos con universitarios y obreros.

Atraído por ese servicio pastoral, Pier Giorgio pensaba en el sacerdocio. Sin embargo, existía el problema de cómo comunicárselo a su madre. Cuando lo habló con su padre espiritual, este le aconsejó valerse de una religiosa que frecuentaba la casa de los Frassati. Durante un paseo con la madre, la monja se atrevió a preguntarle: «¿Y si su hijo quisiera hacerse sacerdote?». La señora, de inmediato, se detuvo y dijo: «Mejor que se gradúe y luego muera»⁹³. ¡Para ella, un hijo sacerdote era como si estuviera muerto! Por fortuna, el joven no supo nada de esa respuesta. No obstante, reflexionando sobre su propia vocación, llegó a una elección original: «Yo quiero de todas formas poder ayudar a mi gente, y esto puedo hacerlo mejor como laico que como sacerdote, porque entre nosotros los sacerdotes no están tan en contacto con el pueblo como en Alemania. Como ingeniero de minas, puedo, dando buen ejemplo, actuar de manera más eficaz»⁹⁴. En su interior, iba madurando una vocación laical, casi profética de la constitución *Lumen gentium* (LG) del Concilio Vaticano II⁹⁵. Mientras tanto, seguía estando cerca de las familias italianas, de los estudiantes con dificultades, de la gente arruinada por el derrumbe del marco alemán. Una noche helada, con el termómetro a -12 grados, regresó a casa sin abrigo: lo había regalado a un pobre aterido de frío.

⁹⁰ R. Claude, *Attualità di Pier Giorgio Frassati*, cit., 42; cf. Mt 25,40.

⁹¹ Cf. L. Frassati (ed.), *Mio fratello Pier Giorgio. La carità*, cit.

⁹² Id., *Pier Giorgio Frassati. I giorni...*, cit., 114. Lo testimonia su hermana Luciana en la biografía.

⁹³ Ibid., 64.

⁹⁴ Ibid., 94.

⁹⁵ Cf. LG 31 y el decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam actuositatem*.

La amistad con Sonnenschein tuvo otro fruto: para ayudarlo a aprender alemán, el sacerdote lo presentó, en Friburgo, a la familia Rahner, en la que dos de los siete hijos —Hugo y Karl— se hicieron jesuitas. Karl, el conocido teólogo, nos ha dejado un vivo testimonio: «Frassati representaba al joven cristiano puro, alegre, dedicado a la oración, abierto a todo lo que es libre y bello, atento a los problemas sociales, que llevaba en su corazón a la Iglesia y a su destino, y de una espontaneidad serena y viril. [...] Pier Giorgio es, sin embargo, algo más. [...] Es un cristiano, lo es sencillamente, [...] como si eso fuera algo natural para todos. Él saca la fuerza y el valor de ser lo que es [...] de la misma realidad cristiana: que Dios existe, que lo que nos sostiene es la oración, que el sacramento alimenta lo eterno en el hombre, que todos los hombres son hermanos. [...] Se convierte [...] en un católico de Iglesia, sin que ello signifique decir amén a todas las tradiciones eclesásticas, lleno de celo apostólico, siempre dispuesto a ayudar de manera concreta al prójimo»⁹⁶.

El protagonista de la defensa de la bandera en Roma en 1921

En el verano de 1921, Frassati participó en Rávena en el congreso por el XXV aniversario de la FUCI: gracias a su interés, también participaron representantes alemanes del Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos (MIEC – *Pax Romana*). En esa ocasión, él defendió, basándose en la experiencia alemana, la fusión de la FUCI con la Juventud Católica Italiana, para que los estudiantes universitarios se unieran a obreros y campesinos en la lucha por un mundo más cristiano. Lamentablemente, la corriente dominante de la FUCI, en un tiempo de anticlericalismo, no quería que la universidad se confundiera con la GCI, formada principalmente por obreros, campesinos y empleados. La idea de Pier Giorgio era revolucionaria y adelantada a su tiempo, pero fue rechazada, porque la FUCI estaba orientada principalmente al ambiente académico⁹⁷.

En septiembre, se celebró en Roma el congreso de la GCI. Comenzó con una Misa solemne en la Plaza de San Pedro y con la audiencia de Benedicto XV a los jóvenes procedentes de toda Italia, unos 50.000. Pier Giorgio era el abanderado del círculo fucino. Al finalizar, los participantes se dirigieron hacia el Altar de la Patria. En ese momento, el gobierno no toleraba manifestaciones públicas, pero los fucinos quisieron igualmente afirmar, con la procesión, la presencia de los católicos en Italia. Después de un primer obstáculo impuesto por la Guardia Real, fácilmente superado, se encontraron en Largo Argentina con la caballería, que había recibido la orden de dispersar a los manifestantes y arrebatarse las banderas. Un abanderado de la Fuci, al ser atacado, se encontró con el asta rota en la mano, sin el estandarte. Pier Giorgio, al darse cuenta, logró agarrar la bandera rasgada, pero fue arrestado por tres guardias y encerrado en el patio del Palazzo Altieri.

⁹⁶ K. Rahner, «Introduzione», en L. Frassati, *Pier Giorgio Frassati. I giorni...*, cit., 8 s. La hermana observa que los biógrafos de Karl Rahner destacan la influencia del joven universitario sobre el futuro teólogo.

⁹⁷ Cf. M. C. Giuntella, «Frassati Pier Giorgio», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, 50, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1998, 320.

Cuando llegaron algunos estudiantes golpeados y un sacerdote con el rostro ensangrentado y la sotana rasgada, se levantó un grito de rabia. Entonces Pier Giorgio, protestando, se enfrentó al teniente. Este, al conocer la identidad de Frassati y que era hijo del embajador en Alemania, quiso liberarlo. «Saldré cuando todos puedan salir», respondió Pier Giorgio. No le gustaban los favoritismos⁹⁸.

Mientras esperaban conocer su destino, se arrodilló junto al sacerdote herido e invitó a los fucinos a rezar: tenía en una mano el rosario y en la otra el trozo de bandera. Esa noche fueron liberados y al día siguiente fueron a San Pedro para participar en la Misa del Papa. A la entrada de la Basílica, Pier Giorgio sostenía la bandera con un cartel que explicaba: «Tricolor ultrajado por orden del Gobierno»⁹⁹.

La polio fulminante

En junio de 1925, el padre está firmemente decidido a incorporar a Pier Giorgio al periódico y, a través de un cronista, le pide que comience a trabajar como administrador en *La Stampa*. La petición implica renunciar a convertirse en ingeniero de minas. Con la cabeza baja y entre lágrimas, él pronuncia su «sí». Su hermana Luciana acaba de casarse y vive con su esposo en La Haya. Ahora el peso de la familia recae sobre él.

El 29 de junio, día de su onomástico, el joven se siente mal. Son los días en que su abuela materna está a punto de morir, y los familiares la acompañan. Pier Giorgio también está a su lado, aunque sus fuerzas empiezan a fallarle. Lo visita el médico de familia, sin comprender la gravedad de la enfermedad que lo llevará a la tumba. Solo la criada lo intuye, pero no sabe qué hacer: todos están absorbidos por la agonía de la abuela, sobre todo la madre.

Luciana ha narrado aquellos días inolvidables, dolida por no haber comprendido la gravedad de la enfermedad de su hermano¹⁰⁰. El 1 de julio, la abuela muere. Pier Giorgio no puede levantarse para participar en el último adiós y dice sentirse extrañamente mal; su madre lo reprende: «Mañana será el funeral de la abuela y me vas a hacer falta. Ni que lo hicieras a propósito, siempre me haces falta cuando más te necesito»¹⁰¹. Pier Giorgio soporta en silencio, para no ser una carga para la familia, ya afectada por la muerte de la abuela. Se encuentra aún más solo ante la proximidad de la muerte.

La madre, sin embargo, se deja convencer por Luciana, dada la fatiga de las vigiliass de los días anteriores, para quedarse en casa junto al joven. Cuando quedan a solas, ambos encuentran un momento de serenidad y afecto, pero a Adelaide no se le escapa que su hijo se está agravando. El médico solicita la intervención de algunos especialistas, quienes emiten el veredicto inexorable: «poliomielitis fulminante». La única esperanza es intentar

⁹⁸ Cf. los detalles del episodio en P. Risso, *Pier Giorgio Frassati. Il giovane ricco che disse «sì»*, Leumann (To), Elledici, 1989, 65-68.

⁹⁹ Ibid., 67.

¹⁰⁰ Cf. L. Frassati, *Mio fratello Pier Giorgio. Una vita mai spenta*, cit., 3.

¹⁰¹ Ibid., 70.

que desde París, del Instituto Pasteur, llegue el suero antipolio, pero los aviones están bloqueados por una tormenta y hay que esperar¹⁰².

Es curioso que Pier Giorgio, en la víspera de su muerte, sorprendido por una parálisis súbita, con la mano temblorosa, se haga traer un papel en el que escribe a un amigo de la San Vicente: «Aquí están las inyecciones de Converso, la póliza es de Sappa: la olvidé, renuévala a mi cargo». Luego, quizá por primera vez, hace una solicitud a su padre: «Toma, papá, esto debería publicarse en *La Stampa*»¹⁰³. Su último pensamiento y preocupación son los pobres a quienes dedicó su vida. Es viernes, día de las visitas a los necesitados, y el escrito se entrega a los interesados, junto con la noticia de las dramáticas condiciones de su amigo. Muchos intentan visitarlo, pero el médico ha recomendado absoluto reposo. Incluso el cardenal de Turín, mons. Gamba, deja todo porque desea acudir a ver a su joven amigo, pero se lo impiden.

Tres días después del funeral de la abuela, en la mañana del 4 de julio, Pier Giorgio recibe el sacramento de los enfermos, y por la noche, hacia las siete, exhala su último aliento. La criada, a quien él había guiado en la fe, escribe en el calendario: «Hora 7, desgracia irreparable. Pobre San Pier Giorgio. Era santo y Dios lo ha querido junto a Él»¹⁰⁴.

El funeral

Al día siguiente, *La Stampa* sale con luto, acompañada de un artículo del diputado Luigi Ambrosini, que revela algo desconocido para la familia: «Pier Giorgio Frassati tenía el alma franciscana de la pobreza. Sus manos no estaban hechas para recoger, sino para repartir. Su alma no estaba hecha para disfrutar, sino para ver disfrutar a los demás; sus obras más pequeñas y más ignoradas [...] fueron todas de consuelo y de piedad, tuvieron la grandeza más verdadera y la solidez que más perdura: la de la bondad [...] y de las obras de caridad, a las que dedicaba una parte de su día. Iba a buscar a los pobres en los barrios más alejados de la ciudad, subía por las escaleras más angostas y oscuras, entraba en los desvanes, donde solo había miseria y sufrimiento, y llevaba ayuda que alimenta y palabras que consuelan. Todo lo que tenía en el bolsillo era para los demás, como todo lo que tenía en el corazón; había nacido para dar, no vivía para sí mismo, era un cristiano de fe y un cristiano de acción»¹⁰⁵.

Algo extraordinario ocurre el 6 de julio, en su funeral. Mientras la parroquia de la Crocetta está llena de amigos, políticos y periodistas, afuera de la iglesia hay una multitud de ciudadanos anónimos, desempleados, habitantes de desvanes, sótanos, semisótanos, ancianos solos, pobres que han perdido a un amigo. Los más desdichados de Turín testifican su gratitud por el afecto humilde y silencioso de Pier Giorgio. Solo ese día muchos se enteran de que su apellido es «Frassati» y que es hijo del senador y director de *La Stampa*. La multitud es tal que los fucinos deben alargar el recorrido del cortejo para permitir que todos participen. «Ni el padre Alfredo, ni Adelaide, ni Luciana

¹⁰² Cf. *ibid.*, 98; 106.

¹⁰³ *Ibid.*, 109. El periódico tenía una rúbrica, titulada «La carità del sabato», para solicitudes de ayuda.

¹⁰⁴ L. Frassati, *Pier Giorgio Frassati. I giorni...*, cit., 190.

¹⁰⁵ L. Ambrosini, «La prima cronaca», en L. Frassati, *Mio fratello Pier Giorgio...*, cit., 146-148. Cf. *La Stampa*, 5 de julio de 1925.

se habían dado cuenta de la luz que reinaba en su hogar, del don inmenso de tener junto a ellos a una criatura tan alta y extraordinaria. Debían perderlo para encontrarlo»¹⁰⁶.

El misterio de una grandeza interior

Frassati fue beatificado por San Juan Pablo II en 1990, 65 años después de su muerte, porque la causa, ya preparada, se había detenido debido a un testimonio anónimo que planteaba dudas sobre su relación con las jóvenes¹⁰⁷. Por ello se realizaron investigaciones suplementarias, que disiparon por completo cualquier dificultad o malentendido al respecto. De hecho, los testigos confirmaron la corrección y ejemplaridad de Frassati. Entre ellos, su hermana Luciana afirmaba que «era posible subestimar la caridad, la piedad, la inteligencia de Pier Giorgio, [...] pero su pureza saltaba a los ojos del observador más distraído. Era la virtud más “visible”, porque estaba impresa en su propia persona y nunca oculta por su humildad»¹⁰⁸.

De los testimonios también se desprende que Pier Giorgio se había enamorado de una joven, Laura Hidalgo, compañera de excursiones así como de las actividades de caridad hacia los pobres, pero nunca le dijo nada, por temor a aumentar los conflictos entre sus padres y a destruir la unidad de la familia formando una nueva. La razón del sacrificio: Laura no era del agrado de su madre, porque «no era ni rica ni perteneciente a la gran nobleza turinesa»¹⁰⁹, y la madre no quería para su hijo «cualquier señorita de aquellas que, con espíritu cáustico, definía de “acción católica”»¹¹⁰.

Divo Barsotti formuló sintéticamente el secreto de una vida: «No era en lo que hacía que Pier Giorgio era grande, sino que a través de lo que hacía se transparentaba el misterio de una grandeza interior que no es en absoluto exagerado definir como extraordinaria»¹¹¹. Giuseppe Lazzati, en una conmemoración en 1975, precisaba: «Este misterio de sencillez que lleva por nombre Pier Giorgio Frassati [...] se convirtió en revelación de la estatura espiritual que alcanzó en los veinticuatro años de su vida»¹¹².

Pier Giorgio recibió gran consideración de obispos y papas. El arzobispo Montini, durante muchos años asistente de la FUCI, conoció a su padre y fue su amigo hasta la muerte. La reanudación de la causa de beatificación, por iniciativa de Lazzati, se debe a él, ya convertido en Pablo VI¹¹³. El cardenal Lercaro destacó «la franqueza con que —en

¹⁰⁶ C. Siccardi, *Pier Giorgio Frassati. Il giovane...*, cit., 348.

¹⁰⁷ Cf. P. Molinari, *Iter della raccolta documentaria per la causa di Pier Giorgio Frassati*, en www.archivaecclisiae.org/ae/IxAutori.html, Molinari, 191; 193.

¹⁰⁸ L. Frassati, *Pier Giorgio Frassati. I giorni...*, cit., 53. Cf. también A. Scurani, *Pier Giorgio Frassati. Un santo senza schemi*, Milán, In Dialogo, 1990, 10.

¹⁰⁹ Es el testimonio del amigo íntimo de Pier Giorgio, Marco Beltramo: cf. *Taurin. Canonizationis...*, *Positio super virtutibus*, II, cit., 311.

¹¹⁰ L. Frassati, *Pier Giorgio Frassati. I giorni...*, cit., 137.

¹¹¹ D. Barsotti, «Il segreto di Pier Giorgio Frassati», en Id., *Testimoni di Dio*, Vicenza, La Locusta, 1981, 204.

¹¹² G. Lazzati, «Pier Giorgio a 50 anni dalla morte», en *Lazzati e Frassati*, cit., 40.

¹¹³ Cf. R. Falcicola, *Pier Giorgio Frassati. «Non vivacchiare, ma vivere»*, cit., 73-76.

cualquier entorno—, sin ostentaciones pero con clara coherencia, manifestaba su fe. Mejor dicho: su vida de fe; porque vivía de la fe»¹¹⁴.

En 2010, en Turín, hablando a los jóvenes, Benedicto XVI afirmó: «Su existencia [...] se consumió en el servicio apasionado a Cristo y a los hermanos. [...] Queridos jóvenes, tened el valor de elegir lo que es esencial en la vida. “Vivir y no ir tirando”, repetía el beato Pier Giorgio Frassati»¹¹⁵. Y el papa Francisco, en junio de 2015, en Turín, en el Discurso a los chicos y jóvenes, lo señaló como «modelo de confianza y de audacia evangélica»¹¹⁶. En 2016, en Cracovia, el Pontífice quiso que estuvieran presentes sus restos, para que los jóvenes pudieran venerarlos.

La vida de Pier Giorgio desmintió a quienes afirmaban que un burgués jamás podría llegar a ser santo. «Para ser santos —declaró Francisco— no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. [...] Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día [...] la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo [y en] la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad»¹¹⁷. El laico Pier Giorgio Frassati, que se podría definir —como propuso su hermana Luciana— el «San Francisco de Turín», nos lo ha demostrado.

¹¹⁴ G. Lercaro, «Prefazione», en L. Frassati (ed.), *Mio fratello Pier Giorgio. La fede*, cit., 11.

¹¹⁵ Benedicto XVI, *Discurso a los jóvenes*, Turín, 2 de mayo de 2010.

¹¹⁶ Francisco, *Discurso a los jóvenes*, Turín, 21 de junio de 2015.

¹¹⁷ Id., Exhortación apostólica *Gaudete ed exsultate*, nn. 14-15.

¿Largo amanecer o atardecer de la vida religiosa en Europa?¹¹⁸

José Cristo Rey García Paredes

Hace años recogí en un libro toda una serie de reflexiones sobre la vida religiosa tal como yo la veía a finales de los años 80. Titulé aquel libro “Un largo amanecer. Hacia la nueva forma de la vida religiosa”. Un amigo, fraile franciscano, me pregunta hoy, aquí en el Santuario de Aranzazu, a finales del año 2012: ¿cómo explicarías tú hoy ese “largo amanecer”? Entonces me puse a escribir “a bote pronto”. Comencé por preguntarse si aquel título no respondió a un sentimiento apresurado que después la realidad ha ido desmintiendo. ¿No debería haberse titulado más bien un largo atardecer, o incluso un largo anochecer? Aquí presento el resultado de mis reflexiones y sentimientos.

De verdad que la pregunta me resulta un poco embarazosa. ¿Me equivocaría en aquel momento al hablar en términos tan optimistas? ¿No tendría que haber titulado más bien aquellas reflexiones “Un largo atardecer: hacia la disolución de la vida religiosa”? Hoy, sin embargo, persisto en mi primera propuesta. ¡Nos encontramos en un largo amanecer! No tanto para darme la razón, cuanto para descubrir la nueva forma que el Espíritu le está dando a la vida religiosa, especialmente en Europa. De hecho, después de aquellas reflexiones primeras tuvo lugar el Sínodo sobre la vida consagrada, diez años más tarde el Congreso mundial de la vida consagrada con el título “Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”. Y, por otra parte, los últimos Capítulos Generales no son “los últimos”, los capítulos del “cierre”, sino ordinariamente los Capítulos de nuevas posibilidades, de las re-organizaciones, del carisma y la misión compartida, de la presencia de la vida consagrada en los “nuevos escenarios” de evangelización.

¹¹⁸ Entrada en el blog “Ecología del Espíritu”, 27 de noviembre de 2012. Se puede consultar en: <https://www.xtorey.es/largo-amanecer-o-atardecer-de-la-vida-religiosa/>.

¿Dónde nos encontramos?

a. Desde el punto de vista estadístico

Desde el punto de vista estadístico ya lo sabemos y no es necesario insistir en ello. Consecuencias de la situación son las re-organizaciones a las que están siendo sometidas las circunscripciones de la vida religiosa en Europa. Surgen las provincias europeas o las provincias inter-nacionales dentro de Europa. Estas re-organizaciones están bajo el signo también de la disminución.

Se trata de unos “recortes” necesarios después de una vida religiosa excesivamente numerosa y tal vez excesivamente presente en los diversos centros europeos:

- Los institutos que no se dejaron llevar por el espíritu misionero y aventurero desde el punto de vista evangelizador, se centraron demasiado en Europa y en pocos países frecuentemente de la misma lengua. Estos institutos verán cómo poco a poco desaparecen; no tienen bio-diversidad; han quedado recluidos en un solo ámbito cultural, que poco a poco los sofoca.
- En cambio, aquellos institutos que se extendieron por el mundo, y ejercieron su ministerio en otros países, culturas, lenguas, han visto desplazada hacia esos ámbitos la fecundidad del carisma, se han convertido en institutos bio-diversos; esta biodiversidad cultural, racial, espiritual, les permitirán subvenir las carencias que les carcomen en Europa y atender las presencias misioneras más importantes y reinventar otras necesarias. Se da la circunstancia favorable que Europa es cada vez más intercultural e interracial, debido a los movimientos migratorios. Por eso, el que la vida religiosa en Europa sea cada vez más asiática, o latino-americana o africana –es decir, una vida religiosa europea bio-diversa-, hará que los institutos no desaparezcan, sino que sigan ofreciendo su servicio y sus posibilidades vocacionales a las nuevas generaciones europeas. En el despertar de una nueva Europa estará incluido el amanecer de una forma nueva de vida religiosa en Europa.

b. Desde el punto de vista espiritual

Desde el punto de vista espiritual los religiosos europeos no muestran una *preocupante* ansiedad. Oran por las nuevas vocaciones pero sin agobio, sin obsesión. Las mayorías se aprestan a vivir la última etapa de su vida para morir como los cipreses “de pie” y “en pie de misión”. Y quienes ya no pueden más, por su enfermedad y limitación siguen orando: “¡sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!”.

La vida religiosa que envejece es la generación que vivió entusiásticamente el Concilio Vaticano II. Es la generación que acogió sus mensajes y los tradujo en renovación eclesial y religiosa. Es una generación que durante la década de los setenta, ochenta y noventa, ha protagonizado uno de los cambios mas espectaculares en la historia de la vida de la

Iglesia; una generación imaginativa, creativa, a veces precipitada e impaciente, demasiado entregada a la acción y menos a la oración y contemplación, obediente a los signos de los tiempos, tratando así de responder a las demandas del Espíritu. Esta generación ha ido envejeciendo. No comulga con ruedas de molino. Mantiene los principios de la renovación y del diálogo con el mundo ahora que tiene menos recursos, menos imaginación y creatividad. *Se siente progresista evocando su pasado*. En su edad adulta y adulta avanzada esta generación carga sobre sus hombros la herencia recibida: ¡demasiado peso ya para su cansancio y no cuenta con relevos suficientes!.

Están llegando también a la vida religiosa los “recortes”, las necesarias “reducciones” de posiciones, obras y actividades. Los líderes de los Institutos deben de salir al paso de una situación crítica, que les lleva a poner en práctica aquello que Johan Baptist Metz propuso hace muchos años: el “*ars moriendi charismatica*”. Hacer del atardecer de personas, presencias y obras, un “carisma” para la sociedad y la Iglesia.

En tales condiciones, aunque se muestre en nosotros una cierta rebeldía interior que fácilmente se serena en la oración y en la evocación de nuestra esperanza, aceptamos el vernos colocados en un segundo plano, o ser relegados y no suficientemente apreciados. No pocos obispos y miembros del clero diocesano y del laicado encuentran en otros movimientos, en otras formas de vida consagrada y en un laicado más adicto, los recursos personales más jóvenes que los planes pastorales requieren.

La vida religiosa anciana se despliega en tres actitudes: *la actitud “pasota”*, es decir, la de aquellos o aquellas que “pasan” de todo, no se interesan por nada, dicen un “amén” laico, descomprometido y viven en un ámbito reducido de intereses privados; *la actitud militante e irritada del “progresista congelado”*, de quienes siguen defendiendo sus propuestas progresistas de los años 70 u 80 y critican todo lo demás; *la actitud sabia* de esa vida religiosa anciana que se centra en “lo esencial”; mantiene relaciones de fraternidad y mutuo servicio, le da a la vida comunitaria un sentido menos ritualista y más veraz o sincero; es una vida religiosa “sacrificada” por las cargas que asume, colaboradora desde un segundo plano, y humilde por las renunciadas a las que se ve abocada.

c. Desde la perspectiva de las otras generaciones (adulta y joven)

Hay que mirar a las jóvenes generaciones y las de edad media de la vida religiosa dentro de este contexto. Se ven confrontadas con unas mayorías de ancianos o ancianas con las cuales establecen unas relaciones de aprecio y servicio, pero no pueden evitar la pesadez institucional que esas mayorías provocan. Viven en medio de personas que no pueden ofrecer horizontes nuevos, ni impulsar hacia nuevos escenarios, pues lo único que espontáneamente proponen son las memorias de su pasado.

La generaciones adulta y, sobre todo, las más jóvenes están afectadas por la pos-modernidad:

- Una pos-modernidad que –como reacción al autosuficiente pensamiento ilustrado que tan fácilmente dogmatizaba sobre la historia y se atrevía a sistematizar (¡simplificar!) lo complejo- solo se atreve a confesar la debilidad del pensamiento humano, y se propone acabar con el ídolo de la diosa-razón; por eso, estas generaciones posmodernas muestran un pensamiento débil, no sienten ningún atractivo por los grandes sistemas de pensamiento, por las cosmovisiones, los grandes relatos, la retórica –para ellos obsoleta- que todo lo magnifica; no se siente generación de héroes, ni magnifica los grandes sacrificios (cruentos o incruentos), ni el excesivo trabajo o la excesiva producción. Es una generación *bio-céntrica*, que se siente muy alejada de las generaciones de las grandes hazañas y empresas. La generación posmoderna no solo se deja iluminar por la inteligencia racional; descubre otros usos de la inteligencia más fascinantes todavía: la inteligencia emocional, la inteligencia estética, la inteligencia espiritual. Es tan diferente el paradigma que propone esta generación, que a veces viven en nuestras comunidades de forma paralela, sin con-sentir de verdad en lo que las mayorías sienten; a la expectativa, no de algo grande, sino de aquello que “tal vez” llegue a través de las sorpresas de la historia y la evolución de nuestro mundo. Mientras tanto, estas generaciones sienten la fascinación de las nuevas tecnologías, del nuevo instrumental que se le abre al ser humano dentro de la sociedad de la información y del conocimiento. Las nuevas generaciones en la vida consagrada viven la comunión no solo en la comunidad, sino frecuentemente de forma mucho más intensa, en “redes” y en otras comunidades virtuales.

- La mentalidad pos-moderna se expresa así mismo bajo la forma de una especie de “fundamentalismos posmodernos”. Éstos se aquietan con una cierta recuperación del pasado tradicional que ven plasmado en las altas autoridades eclesiales –y en el ámbito secular, políticas o culturales-. Las generaciones pos-moderno-fundamentalistas no se identifican con la tradición moderno-ilustrada, sino con tradiciones pre-modernas, del antiguo régimen: por eso se identifican con las estructuras jerárquicas de aquellos tiempos, desean recuperar aquella ritualidad y visibilidad social (hábitos, ornamentos, estética). Esos sistemas les dan seguridad e identidad ante el caos social y comunitario que perciben, ante el exceso de pretendida creatividad y ante la velocidad de cambios sin sentido. Se identifican con doctrinas y sistemas de pensamiento que no son pasajeros, que no se reinventan cada poco tiempo. Esto les lleva a la recuperación de hábitos, devociones, catolicismo militante, oposición a los líderes congregacionales en nombre del liderazgo pontificio y episcopal-. No obstante, estas generaciones no pueden reprimir su instinto posmoderno y por eso, su afectividad, su ansia estética y emocional les trabajan por dentro sin que se puedan prever las consecuencias.

- Estas generaciones posmodernas –del doble tipo- al no ser muy numerosas no disponen de muchos recursos. En ellas encontramos personas brillantes, de honda espiritualidad y humanidad, junto con personas más vulgares, gente de pocas luces, acobardada y huidiza,. sin grandes pretensiones. Por eso, no es fácil suscitar en estas generaciones una ilusión *colectiva* que haga nacer lo nuevo y se echan para atrás cuando tienen esas posibilidades al alcance de la

mano. Son generaciones-satélite, que giran en torno a diversos grupos y tendencias de mayores, pero falta un proyecto unitario para que estas generaciones puedan asumir un relevo creativo y renovador.

- Y, sin embargo, en estas generaciones está el futuro que el Espíritu nos concede. Necesitan un gran apoyo, un mecenazgo, que les permita crecer en aquello que el Espíritu nos da a través de ellas. Piden no ser clonizadas con los modelos previos; sino que se les permita ser ellas, mismas. Las generaciones ancianas no deben alarmarse por no ver lo que quieren ver. Estas generaciones son el germen del “nuevo amanecer”, de este largo “amanecer”.

¿Hacia dónde vamos?

a. En unos casos, hacia la muerte carismática

Los institutos menos ramificados en el mundo están ya en la fase de la cuenta atrás. Una “cuenta atrás” que invita a dos soluciones: o a la fusión con otros institutos con mayor vitalidad en la cual pueda desembocar la energía carismática que todavía le queda al instituto y en especial sea posible dar futuro a los pocos jóvenes o generaciones intermedias; o a la progresiva preparación para una muerte que sea auténticamente cristiana y carismática; esto requeriría renunciar a aceptar nuevas vocaciones y hacer de la última etapa de servicio misionero una época de testimonio, de apostolado de la oración e intercesión, de acción de gracias y alabanza por el pasado que fue concedido.

b. En otros casos, hacia un nuevo rostro pluricultural de la vida religiosa en Europa

Vendrán hermanos y hermanas de América, Asia, África, Oceanía, a dar continuidad a la misión carismática del Instituto (tanto en lo contemplativos como en los apostólicos). Desde una nueva sensibilidad, nuevas propuestas, re-iniciarán una nueva etapa en la cual la vida religiosa tendrá que hacerse creíble en la sociedad. Se olvidará así el modelo habitual de religioso o religiosa que hasta ahora ha caracterizado al europeo. Ellos y ellas encontrarán nuevos caminos, nuevos estilos, que ya los europeos no podremos controlar.

Las nuevas generaciones europeas que todavía quedan habrán de ajustarse a esta nueva realidad. La vida religiosa asumirá un rostro intercultural, interracial.

Por otra parte, lo que sucederá está ya sucediendo en Europa a nivel político, económico, social, eclesial. La vida religiosa no será la única a experimentar cambios. Habrá una gran sintonía con el nuevo rostro de Europa.

En ese contexto no será extraño que la vida religiosa se configure y reorganice no tanto desde las naciones sino más bien desde las grandes regiones transnacionales de Europa. Será una vida religiosa más abierta a lo trans-parroquial, a lo trans-diocesano, a lo trans-nacional, más preocupada por hacer presente el Evangelio de la Verdad y de la

Caridad en los nuevos escenarios que se abren a la Evangelización, y para estar presente allí donde están en juego las grandes causas de la humanidad (sea a nivel de pensamiento, a nivel social, a nivel personal).

Se tratará de una vida religiosa con un rostro mucho más globalizado, pero al servicio de una globalización humana, inspirada por los grandes valores de la fraternidad-sororidad, de la libertad, de la dignidad de todos los seres humanos.

c. ¿Una vida religiosa que realiza sus sueños? O ¿conducida por el Espíritu una vez más?

Lo que la vida religiosa será en el futuro no depende de nosotros, ni de las condiciones ambientales, sin más. Depende del Espíritu Santo, que lleva adelante el proyecto del Padre y de Jesús.

El Espíritu Santo nos irá diciendo con los hechos si cuenta con la vida religiosa y en qué medida, en qué condiciones, con cuántas personas.

Parece que el atractivo de esta forma de vida se está trasladando a otras latitudes, a otros seres humanos, pero no nos resignamos a que esta forma de vida no tenga nada que decir a los jóvenes europeos, ni sea necesaria en la Iglesia y la sociedad europea. Por eso, me atrevería a diseñar el perfil que quizá el Espíritu nos pueda ofrecer en un inmediato futuro:

- Una vida religiosa *más humilde*: no intentará hacerse valer en la sociedad por sus grandes instituciones educativas, universitarias, sanitarias. Dejará al laicado esa función. Renunciará a aparecer como la gran solución de los problemas de la Iglesia (tanto intelectuales como prácticos) y prestarse a liderar su gobierno (sin hacer ascos, e incluso candidatándose para cargos eclesiales donde tenga influencia). Será una vida religiosa que esté al nivel de la gente humilde, que deslumbre por la calidad espiritual y humana de sus personas y no tanto por el esplendor y la riqueza de sus instituciones sociales y públicas.
- Una vida religiosa *más centrada en Dios, mucho más espiritual*: cada persona religiosa estará mucho más trabajada interiormente desde la perspectiva de la espiritualidad. Desde la iniciación en esta forma de vida la persona consagrada irá cultivando su experiencia de Dios “sin prisa, pero sin pausa”. Será fiel a la lectio divina, a la oración personal y comunitaria,, se impregnará del Evangelio, del Espíritu, llenará su vida, su historia de espiritualidad. Se irá convirtiendo día a día en una persona transparente, adquirirá con más intensidad los rasgos de la persona “testigo” de Dios, de Jesús.
- Una vida religiosa *más misionera*: habrá de prepararse y habilitarse para la movilidad que la misión del Espíritu en la Iglesia requiere hoy. Será una vida religiosa que renunciará a pensar demasiado en sí misma y extro-vertirse a la humanidad. Será vigía de las grandes causas que lleva adelante la sociedad y

tratará de hacerse presente en ellas con la convicción y la fuerza de los discípulos y discípulas de Jesús. La pasión misionera (el celo apostólico) hará que surja una vida religiosa que sea fuego de Dios, energía del Espíritu, acción mesiánica de Jesús.

- Una vida religiosa *más sencilla y simplificada* desde el punto de vista institucional. Renunciará a la super-organización, a las excesivas programaciones y mediaciones de gobierno. Optará por un liderazgo carismático, abierto a las sorpresas del Espíritu, que hace camino al andar, y no camina únicamente a través de mapas pre-constituidos. La minoridad numérica facilitará una reorganización interna simplificadora, más evangélica y más movida por el Espíritu y sus carismas.
- Una vida religiosa que se irá configurando con *formas nuevas de comunidad ampliada*, de comunidad-hospitalidad, como centros de espiritualidad y misión. Serán como “lugares” de encuentro con el Misterio de Jesús, escuelas de comunión.
- Una vida religiosa *que conmueve a la sociedad por los relatos a los que da lugar*, por las pequeñas historias que genera, por la belleza de los rostros compasivos, serenos, centrados, luminosos de sus hermanas y hermanos; y no por sus grandes instituciones y empresas.

Tarda el amanecer, pero ya se presentía desde el Concilio Vaticano II. El Espíritu nos está llevando hacia una nueva forma de sociedad, de Iglesia y dentro de ellas de vida religiosa.

¡Bendita posmodernidad que al mismo tiempo que nos reduce, nos hace descubrir no ya el camello de una vida religiosa de cargas, normas y leyes; no ya el león de una vida religiosa revolucionaria, militante, combatiente, mesiánica, intolerante con lo distinto y extraño; sino una vida religiosa-bebé, “niña”, pequeña, pero sembrada de promesas y de un nuevo futuro!

¡Qué bien lo dijo un anciano religioso en uno de los círculos de discusión en el Congreso mundial de la Vida Religiosa en Roma el año 2004, cuando dijo: Como a Nicomedo, Jesús nos dice hoy a la vida religiosa: ¡Tenéis que nacer de nuevo!” Sí, seguimos en el largo amanecer y ahí están los brotes de esa vida religiosa, en nuestras generaciones jóvenes de Europa y ya de todo el mundo.

d. Sí, ¡un largo amanecer compartido!

- Un largo amanecer... el que va desde el Concilio Vaticano II hasta el comienzo del tercer milenio.
- Un largo amanecer... la llegada de la pos-modernidad y los cambios acelerados de nuestro tiempo.

- Un largo amanecer... tras el ocaso del imperio de la razón instrumental, tras el prometeísmo una y otra vez fracasado, tras la noche de tantos pueblos oprimidos y ahora independientes...

Asistimos a un Adviento. Hay indicios ciertos de una afirmación más poderosa de Dios en nuestro mundo, aunque el imperio de las tinieblas no acaba de ser superado. Este largo amanecer es:

- el de «la derrota del pensamiento» (Alain Finkielkraut),
- el de «las estrategias fatales» (Jean Baudrillard),
- el de «la era del vacío» (Gilles Lipovetsky),
- el de «rumor de ángeles» (Berger),
- el del «fin de la modernidad» (Gianni Vattimo),
- el de la «postmodern scene» y su «excremental culture and Hyper-Aesthetics» (Artur Kroker y David Cook),
- el de la «estética de la desaparición» (Paul Virilio).

Un largo amanecer en la Iglesia...

- que, cuando tanto se hablaba del silencio de Dios, redescubre la fuerza de la Palabra y la confía abundante al Pueblo;
- que, cuando la sociedad tecnológica renegaba de la concepción simbólica de la realidad, se redefine como comunidad simbólica y recupera sus mitos, sus ritos;
- que en la época de la «masa solitaria» se siente más comunidad que nunca e idea las configuraciones más imaginativas de la comunión.

Un largo amanecer en la vida religiosa...

- que se ha confrontado ilusionadamente con sus Fundadores y sus sueños,
- que ha estrenado nuevos textos constitucionales,
- que ha intentado centrar carismáticamente su misión en respuesta obediente a los signos de los tiempos y lugares.

En este amanecer no acaba de percibirse con nitidez y distinción aquella realidad que está ciertamente llegando y cuya presencia aviva nuestra esperanza. Unas sombras suceden a otras y el amanecer se retrasa, se dilata, se alarga. Nos vemos precisados a volver sobre nuestros pasos. A veces entramos de nuevo en la noche, para dirigirnos posteriormente hacia el día. Nuestro caminar se asemeja al del pueblo de Israel por el desierto: no es lineal, sino en torbellino. Con todo, es un caminar irreversible hacia el Día.



POR TU PALABRA

Bienaventurados los pobres, porque suyo es el reino de Dios Comentario a Lc 6,20 y Mt 5,3¹¹⁹

Juan José Bartolomé, SDB

La bienaventuranza de los pobres no es solo la primera de las bienaventuranzas del sermón de la montaña, es la que mejor caracteriza la predicación de Jesús y sus convicciones personales, su pensamiento sobre el Dios por venir y la conciencia de su misión personal (cfr. Lc 4,18). A través de ella nos acercamos tanto al Dios en quien Jesús creía, su ‘teo-logía’, como al Jesús que predicó el Reino, a su misión personal.

¿Qué pobres son dichosos?

La bienaventuranza pronunciada por Jesús no se refería a un grupo determinado de pobres, los pobres ‘de espíritu’ (Mt 5,3), sino a los pobres, sin más (Lc 6,20b). La versión de Lucas se presenta más cercana a la bienaventuranza original; identificando a pobres con discípulos (“vosotros, los pobres”), el tercer evangelista vio la pobreza como situación característica del seguimiento de Jesús.

No es del todo lógico que Jesús haya declarado dichosos a los que son realmente pobres. El AT no percibe como situación ideal la carencia de bienes, ni propone la precariedad de la existencia como meta que alcanzar. La pobreza en Israel, entendida como indigencia económica y desvalimiento social, contradice el proyecto de Dios y su voluntad hecha norma legal.

Lamentablemente este axioma de la fe bíblica no fue nunca del todo experiencia de vida. En los tiempos de la esperanza, la solidaridad del Israel nómada evitó desigualdades entre quienes poseían poco más que sus ganados. Fue tras la conquista de la tierra, y terminado el período de asentamiento, que surgieron riqueza y pobreza a consecuencia de la mala suerte y de creciente injusticia social. A pesar de una legislación precisa y el clamor constante de los profetas (cfr. Am 2,7; 4,1; 5,11; 8,4; Is 3,14-15; 5,8-9; 10,2; Miq 2,2),

¹¹⁹ Artículo publicado en “La revista Católica”, XXIV, núm. 123, abril 2022.

el empobrecimiento de la mayoría, además de convertirse en problema social gravísimo, se hizo cada vez más problema teológico, pues cuestionaba la fidelidad de Dios a su pueblo (Job 24,2-12).

¿Por qué son dichosos los pobres?

Y es que el Dios de Israel se caracteriza por estar frontalmente opuesto a una pobreza que se va definiendo cada vez más en relación a Dios. La pobreza no caracteriza solo una situación real de inferioridad social; atañe a la situación del hombre ante Dios, ante quien el creyente se sabe desprovisto de bienes. Esta actitud de apertura hacia Dios, alimentada desde el fracaso, creó una corriente espiritual, la de “los pobres de Yahvé” (Sal 74,19; 149,4-5). En ella encontraron los desheredados apoyo a su fidelidad a Dios; acuciados por su necesidad, aprendieron a poner solo en Dios su confianza. La indigencia económica, y el desvalimiento social, se convirtieron en signo visible y necesario de una opción de vida profundamente religiosa.

Pero a pesar del cambio radical en su comprensión, la tradición bíblica no ha albergado duda alguna sobre la malicia de la pobreza. Confesando que Dios es el bien supremo del creyente, no deja de pensar en la pobreza como mal incuestionable. El motivo de la maldad de la pobreza radica en la oposición personal de Dios a ella: no es mala por lo que es, por cuanto comporta para quienes viven padeciéndola, sino por lo que Dios quiere ser para los pobres, por lo mucho que le importan. Que Dios esté contra la pobreza impide convertirla en un bien que alcanzar o en un ideal de vida que proponer.

El único bien del pobre es el de tener a su Dios totalmente a su favor. La única cosa buena que tiene la pobreza es que no va a durar siempre: el Reino de Dios es el porvenir del pobre. Tal fue el anuncio de Jesús: los pobres son felices porque de ellos es el Reino de Dios. Cuando reine, Dios tendrá como principal ocupación hacer dichosos a los más necesitados: la felicidad del pobre sería la primera preocupación del reinado de Dios (Is 49,7-26; Sal 72,1-4.12-14; 146,3-9; 1 Sam 2,4-8; Lc 1,52-53).

No entra Jesús a elogiar al pobre porque lo es, ni se pierde el tiempo en condenar su indigencia. No le importa tanto ‘salvar’ al pobre cuanto anunciar a su Dios. Que sea Dios la razón única de la bienaventuranza del pobre impide verla fundada en los supuestos méritos de quien vive en condiciones humanas desfavorables. Y es que la pobreza, o mejor la existencia del pobre, cuestiona la existencia de Dios, Dios saldrá del anonimato saliendo en defensa del pobre.

El Dios de Jesús, un Dios cuyo reinado hace desaparecer la pobreza, es un Dios que se sabe desafiado siempre que sabe de la existencia de un pobre. Allí donde hay pobres no se ha hecho aún realidad su Reino. Hay algo de ‘antidivino’ en la pobreza humana, algo que niega la soberanía de Dios, que banaliza su justicia. La pobreza es un obstáculo para su Reino, la negación de su regia voluntad.

El Dios de Jesús, dicha del pobre

Anunciando el Reino de Dios, Jesús no propuso la pobreza como modo ideal de vida al declararla bienaventurada. Señaló, más bien, a los pobres como objetos del amor preferencial de Dios. Proclamando bienaventurados a los pobres no hizo de la pobreza una virtud, ni declaró mejores a los que viven en ella. No canonizó ni la pobreza, como se solía hacer hasta hace poco; ni a los pobres, como están haciendo hoy algunos. El Dios de Jesús es un Dios que ha hecho una opción preferencial por los pobres, sin necesidad de que ellos sean ya buenos, solo porque él considera mala la pobreza.

Antes de saber a qué nos compromete esa singular decisión de nuestro Dios, tendríamos que sentirnos conmovidos por un Dios tan singular. Cuando la lógica extrañeza ante semejante Dios se nos convierta en maravillosa sorpresa, reviviríamos la experiencia personal de María y haríamos nuestra su alegría y su oración (Lc 2,47-48.51-53). Quedarse prendados de él nos posibilitaría vivir pobres y felices, porque nuestra pobreza personal no ahogaría nunca nuestra esperanza de tener, como asegurado porvenir, a todo un Dios.

Poder contar con tal Dios hace posible la felicidad sin tener que habernos liberado de nuestra pobreza. Aunque no poseamos todavía cuanto necesitamos, tenemos ya quien se ha comprometido en salvarnos de nuestra miseria. La felicidad que Dios nos ha asegurado se apoya en nuestra pobreza; un Dios que ha prometido lo mejor de sí a los que más desvalidos son, es sencillamente un Dios maravilloso.

El pobre, privado como está de bienes materiales y cargado de problemas de todo tipo, preanuncia el lugar de realización del proyecto divino. Dios va a estar allí donde están ahora los pobres. No es que en su miseria y desvalimiento esté Dios, pero sí que está por venir. Dios ha localizado su porvenir en el presente del pobre.

La opción preferencial por el pobre..., la tomó Dios

Una cultura como la nuestra, que descuida y margina al pobre, no puede sentir los cuidados de su Dios ni soportará la espera de su Reino. Desatenderse del pobre provoca la desatención de Dios. Nos cerramos al porvenir de Dios, nos desligamos de su reinado futuro cerrando entrañas y manos al pobre. A quien llena el tiempo de su espera de atenciones para con los pobres, Dios lo encontrará digno de él y de su Reino. Vivir preocupados por el Reino de Dios implica vivir ocupándose del pobre, al que Dios ha prometido su Reino (Mt 25,31-45).

La opción preferencial por los pobres no es moda o estrategia evangelizadora. Supone obediencia radical a Dios y respeto a su determinación de ser rey para los pobres. Impone, además, una vida en alternativa al mundo actual, unos valores que solo son asimilados por quien vive bajo la lógica de la cruz, la contracultura que define a la comunidad de los hijos de Dios. Redescubrir al pobre como quehacer nos autentifica como cristianos, sentir su angustia y atender su clamor nos ayuda a presentir esa voz, hoy aparentemente imperceptible, de Dios; los pobres son, pues, lugar privilegiado de nuestro encuentro con Dios.

Que Jesús haya declarado bienaventurado al pobre no significa que la pobreza sea buena ventura. Si la felicidad depende de la promesa de Dios, la pobreza humana ni la causa ni la sustenta. Donde reina la indigencia, y con independencia de las causas que la provocan, allí no ha llegado aún Dios. Hoy los pobres no lo son por querer ser cristianos. Ni hoy los cristianos viven normalmente entre los más pobres... Ni son pobres los cristianos que han profesado voto de pobreza.

El reto de vivir felices en la penuria

La pobreza sigue siendo cuestión abierta, lacerante, para el cristianismo. El discípulo de Cristo no puede abrazar como ideal lo que es un mal, lo que señala el déficit de Dios en el mundo. Pero ha de vivir sin necesidad de nada, renunciando ya a todo, porque Dios le ha prometido ser el lote de su heredad. Los seguidores de Jesús tendremos que inventar una forma de vida, la de la pobreza declarada bienaventurada, que eche de menos a Dios sobre todo donde se sufre indigencia y desvalimiento, sin tener que echar en falta los bienes de Dios, todavía no gustados, para poder ser feliz.

El discípulo de Jesús afronta la pobreza como una pregunta por su Dios y como recordatorio de su voluntad. Los pobres le recuerdan lo mucho que le falta Dios y lo lejos que queda aún su Reino. Sin robarle la alegría, la pobreza cuestiona la fe del discípulo y la fidelidad de Dios a sus promesas. No sería creíble una vida bienaventurada de pobreza, si no se combatiera la pobreza con tanto más entusiasmo cuanto mayor es la certeza de que Dios, en su Reino futuro, ya la ha vencido y proscrito.

Vivir de esperanza para ser feliz sin dejar de ser pobre

El pobre, precisamente porque lo es y se mantiene en espera del Reino, no necesita más de lo que Dios quiera darle. Acaparar bienes sin necesidad es un robo al prójimo necesitado y un acto de desesperación: desespera de Dios el pobre que se harta de su indigencia y busca liberarse del Reino prometido liberándose de su pobreza. No anticipamos nuestra dicha desviviéndonos por acumular bienes cuyo disfrute no podemos asegurarnos ni por un instante; más bien, perdemos la felicidad y la vida en el intento (cfr. Lc 12,13-20). La dicha de tener a Dios como futuro la obtiene el pobre en bienes y en deseos, quien sabe renunciar no solo a lo que no tiene todavía sino a cuanto ya le sobra. Dios, que ha librado al pobre incluso de su angustia y de toda inquietud al nombrarlo heredero del Reino, desea ser descubierto en exclusiva, y en exclusiva deseado, como único Bien de su vida.

La pobreza que hace feliz es la de quien se empobrece para enriquecer a los necesitados, la del que no deja de ser dichoso porque hace de sus escasos bienes remedio de la escasez del prójimo. Una vida de pobreza que no logre liberar cuanto se tiene, por poco que sea, para ponerlo a disposición de los hermanos que menos tienen no es bienaventurada, ni señala la presencia del Reino de Dios.

El discípulo de Jesús puede ser pobre y feliz: prueba su fe en el señorío de Dios que espera y da pruebas de la fidelidad de Dios solo si emplea su pobreza personal en la erradicación de la pobreza de los demás. De poco sirve a Dios y a nuestro mundo que, siendo pobres, logremos ser felices, si nuestra felicidad no nos lleva a superar lo que, en última instancia, es privación de Dios en los demás: la única forma de pobreza bienaventurada la consiguen vivir los que aman al pobre.

Con su bienaventuranza el Dios de Jesús ha liberado al pobre incluso de preocuparse por su vida, de angustiarse ante su futuro (cfr. Mt 6,25-34). Quien nada tiene hoy, tiene a Dios como porvenir. Por eso es feliz sin remedio. La alegría del pobre, por radicarse en su esperanza, no la perderá el pobre, a no ser que deje de serlo.

EL ANAQUEL

‘Dilexi te’ Francisco y León XIV¹²⁰

Dr. Lucas Fiorini¹²¹

“Él miró con bondad la humildad de su sierva” (Lc 1, 48)

El primer documento del papa León XIV ha sido más importante de lo que pudiera parecer. No solo por el tema, más en el contexto actual, sino también porque corrobora una continuidad con la figura y las enseñanzas de Francisco, confirmando y reforzando su magisterio.

Podemos decir que la exhortación apostólica *Sobre el amor hacia los pobres*: reafirma con claridad la centralidad del tema para nuestra fe; es un compendio ordenado con lo mejor de Francisco sobre la materia, reafirmando en el magisterio sus principales definiciones; recuerda, con su repaso teológico e histórico, que este tema tan querido por Francisco es parte de un magisterio mayor enmarcado en la Revelación y en la Tradición viva de la Iglesia; León XIV acompaña el documento de definiciones propias tan contundentes que no solo valida el estilo y los acentos temáticos de su antecesor, sino que decide darles una fuerte continuidad; y ordena al final un qué hacer y por dónde empezar cada uno.

Introducción

Después de un papado fuerte como el de Francisco, por estilo y contenido, que termina con un impacto alto y favorable en la mayor parte de sus contemporáneos, pero que, por eso mismo, provocó ciertos resquemores y resistencias en sectores concentrados de poder –incluidos algunos eclesiales–, era natural que surgiera la pregunta sobre la impronta del sucesor en relación a la continuidad o no de las principales enseñanzas impartidas.

¹²⁰ Pliego publicado en la revista ‘Vida Nueva’, núm. 3.430 del 18 al 24 de octubre de 2025.

¹²¹ Abogado, exsenador de la Provincia de Buenos Aires (Argentina).

El primer documento importante, la exhortación apostólica *Dilexi te*, ilumina este punto con claridad: hay continuidad fuerte en el contenido, con un estilo diferente, propio. Es evidente que el papa León XIV¹²² ha elegido (tiene) un perfil menos altisonante, más bajo, ordenado y formal. El contenido también cuenta con sus matices y aportes propios, como debe ser, pero manifiesta continuidad con las líneas de fondo centrales que marcó Francisco. La exhortación lo muestra cabalmente: toma un tema principal de Francisco¹²³, lo valida, lo realza y lo expone a su manera, pero con fidelidad total de contenido.

Continuidad

La exhortación se desarrolla en base a lo que el propio Francisco estaba preparando en sus últimos meses, como el mismo papa Prevost lo cuenta. Lo destacable es la fidelidad al corazón del contenido, que quiso mantener, y cómo con la publicación retoma y revalida las enseñanzas de Francisco, ocupándose de enmarcarlo en el Evangelio y la Tradición cristiana, reafirmando así su fuerza e importancia.

Como decíamos, lo hace aportando su estilo: preciso, ordenado, analítico si se quiere. Queda claro cuando se lo compara con el estilo particular y gráfico (algo coloquial y existencial) de Francisco, luminoso, pero sin el silogismo puro que caracterizó a muchos de sus predecesores. En esto León XIV marca su impronta, pero no como defecto, sino para realzar el magisterio precedente: el Papa realiza un repaso teológico e histórico del tema central que preocupaba a Bergoglio con una precisión exquisita, sin extenderse de más, expresando sus manifestaciones emblemáticas. Lo hace no solo ordenando y enmarcando, sino seleccionando referencias textuales del magisterio de Francisco, buscando las más claras y explícitas, dándole fuerza a la flor y nata de la enseñanza y el espíritu que guiaba al Papa argentino, y lo realiza con una solvencia inmejorable. Concretar esta tarea, con esa fidelidad y altura, es prueba inmejorable de la profunda coincidencia de fondo que León tiene con Francisco: no solo cuidó no aguar las proféticas y santas palabras y advertencias de Francisco, sino que sus agregados tienen la misma contundencia llamativa que caracterizaba el mensaje “incómodo” de su predecesor.

Primera cuestión entonces: hace propio el mensaje de Francisco en favor de los últimos, recordando que es parte del mensaje del Evangelio y de la historia de la Iglesia¹²⁴.

¹²² A los pocos días de la asunción de Robert Prevost como papa León XIV escribí unas breves reflexiones señalando algunos aspectos de fondo que me parecía importante considerar en el momento de analizar la posible proyección del nuevo pontificado, sobre todo para aportar algunas consideraciones que no había encontrado en los análisis surgidos tras la elección. En dicho escrito mencionaba siete puntos que, desde Francisco y a partir de la asunción de Prevost, son estratégicos para intentar comprender el camino y la misión de la Iglesia de acuerdo con los presentes signos de los tiempos. Cuatro meses después, el primer texto extenso e importante de León XIV confirma el proceso iniciado por Francisco en sus vectores principales y la continuidad en lo esencial por parte del nuevo Papa.

¹²³ Tan importante para él que definió por qué se llamó Francisco: “Recordando la elección de su nombre, contó que, después de haber sido elegido, un cardenal amigo lo abrazó, lo besó y le dijo: ‘¡No te olvides de los pobres!’” (6).

¹²⁴ “He decidido recordar esta bimilenaria historia de atención eclesial a los pobres y con los pobres para

Esta manera de exponer, justamente sobre una cuestión central del pontificado de Francisco, también expresa que el magisterio de su predecesor no fue un exceso o una parcialidad que requería correcciones o reconducciones, sino que es una enseñanza matriz de nuestra fe cristiana: lo que hace León XIV con esta exhortación es mostrar que el magisterio de Francisco no fue un paréntesis o una anomalía como algunos piensan o quisieran, sino que viene a incorporarse como aporte sustancial al rico corpus doctrinal de nuestra Iglesia. Frente a tantos que se contentaban con el perfil bajo y “no polémico” del nuevo Papa, contraponiéndolo al estilo de Francisco, este texto viene a decir que reafirma y ordena (en su doble acepción) lo más explícito del anuncio profético del anterior Pontífice.

La cuestión tratada y su recepción en este mundo

Que el amor hacia los pobres, cuestión sobre la que trata la exhortación, es esencial para nuestra fe lo desarrolla con claridad meridiana el nuevo texto¹²⁵. Pero no esperemos que sea lo que aguarda como mensaje el mundo, ni que simpatice ni menos que tenga mucho eco en la cultura imperante, dominada por un espíritu muy diferente, en muchos casos contrario¹²⁶. Por eso, es esperable que algunos se sientan “defraudados” por no tocar temas que interesan a los que están insertados en el sistema y, de este modo, una invisibilización de lo que no conviene que se difunda y, si así fuera, una campaña que logre desprestigiar el mensaje. Nada nuevo, pero para no sorprenderse por los ciegos que no quieren ver y los sordos que no quieren oír.

Vamos a la fuente

Lo importante que queremos mostrar en estas páginas es que estamos ante un documento que explica con claridad y precisión la centralidad que, para nosotros los cristianos, tienen los pobres, su dignidad, la opción preferente que merecen, su protagonismo, nuestra respuesta, todo fundado en la Revelación, la teología, la historia y el magisterio, en particular el de Francisco y el Papa actual. Vamos a encontrar el fundamento de lo que hemos expresado en el mismo documento, por lo que realizaremos un repaso de su estructura, ciñéndonos a su contenido.

‘Sobre el amor hacia los pobres’

Como hemos dicho, la exhortación es un compendio preciso sobre esta cuestión central. El Papa ha estructurado y desarrollado el documento en una breve introducción y cinco capítulos.

mostrar que esta forma parte esencial del camino ininterrumpido de la Iglesia” (103).

¹²⁵ “Para nosotros cristianos, la cuestión de los pobres conduce a lo esencial de nuestra fe” (110).

¹²⁶ “La cultura dominante de los inicios de este milenio instiga a abandonar a los pobres a su propio destino, a no juzgarlos dignos de atención y mucho menos de aprecio” (105).

■ **La introducción** (1)¹²⁷ inicia citando al Señor –“*Te he amado*”, palabras que le dan nombre a la exhortación–, quien se dirige en el libro del Apocalipsis a una comunidad cristiana que “*no tenía ninguna relevancia ni recursos y estaba expuesta a la violencia y al desprecio*”, y a **María** en el Magníficat: “*Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías*”¹²⁸. Allí están sus predilectos.

Cuenta luego (3) que este texto es parte de una exhortación que Francisco estaba preparando en sus últimos meses, lo cual explica también la centralidad de las citas constantes a su antecesor, y señala que le añade algunas reflexiones propias para “*proponerlo al comienzo de mi pontificado, compartiendo el deseo de mi amado predecesor de que todos los cristianos puedan percibir la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres*”.

■ En el **primer capítulo**, con “*algunas palabras indispensables*”, recuerda la centralidad que este tema tiene para nuestra fe, fundado en la Revelación (4 y 5), en santos como san **Pablo** o san **Francisco de Asís** (6), y en el magisterio eclesial con el Concilio Vaticano II (7). “*Estoy convencido de que la opción preferencial por los pobres genera una renovación extraordinaria tanto en la Iglesia como en la sociedad, cuando somos capaces de liberarnos de la autorreferencialidad y conseguimos escuchar su grito*”.

En el “*el grito de los pobres*” (8) se encuentra el motivo de “*la revelación de Dios a Moisés junto a la zarza ardiente*”, y desde entonces hasta hoy “*interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia*” (9)¹²⁹.

Invita a “*un cambio de mentalidad que pueda incidir en la transformación cultural*” (11) y advierte sobre el crecimiento de “*múltiples formas de empobrecimiento económico y social, reflejando el fenómeno de las crecientes desigualdades también en contextos generalmente acomodados*” (12).

¹²⁷ Se señalan entre paréntesis los números correspondientes a lo que se está analizando de la exhortación, y en “*cursivas entrecomilladas*” las citas textuales.

¹²⁸ Estas palabras de la Virgen en el canto ante Isabel, las más extensas de ella y que el Espíritu quiso que llegasen a todos con la fuerza del Evangelio, son tan contundentes y claras que, a veces, extraña que sean relativizadas o perdidas con la difusión de “mensajes” en apariciones: qué necesidad de no centrarnos en ellas si fueron tan significativas, plenas de contenido y referencias, y además atestiguadas por la Biblia. Cuánto bien haría que se insistiera en quienes tienen devoción mariana profunda (que son tantos) sobre la meditación y vivencia de lo que el Magníficat expresa.

¹²⁹ Rescata aquí también “*que las Naciones Unidas hayan puesto la erradicación de la pobreza como uno de los objetivos del Milenio*” (10). No se suma a las críticas apriorísticas genéricas que recibió este intento mancomunado global que, aun con sus falencias en algunas expresiones y proposiciones particulares, no dejó de expresar loables objetivos que implican e intentaron una corrección a ciertos males y peligros comunes y un freno al vale todo (y toma todo), en un mundo donde los más desarrollados y poderosos tienen una responsabilidad principal en los problemas comunes (tal vez haya que buscar en quienes no aceptan la imposición de límites o la modificación de sus comodidades el surgimiento de las críticas que ha sufrido, la ignorancia popular de su existencia, o la débil exigencia en su cumplimiento).

Desarrollando esto último, cierra este primer capítulo con una clara denuncia ante los preocupantes “*prejuicios ideológicos*” (13 a 15). Es aquí donde se explaya sobre fuertes consideraciones propias que ya expondremos y datos “*que a veces son ‘interpretados’ en modo tal de convencernos que la situación de los pobres no es tan grave*”, citando una aguda observación de Francisco en *Fratelli tutti*: “*Aumentó la riqueza, pero con inequidad, y así lo que ocurre es que ‘nacen nuevas pobreza*”.

■ En el **capítulo segundo** (*Dios opta por los pobres*) reafirma, en primer lugar, que “*se puede hablar también teológicamente de una opción preferencial de Dios por los pobres, una expresión nacida en el contexto del continente latinoamericano y, en particular, en la Asamblea de Puebla, pero que ha sido bien integrada en el magisterio de la Iglesia sucesivo*”, “*pidiéndonos también a nosotros, su Iglesia, una opción firme y radical en favor de los más débiles*” (16)¹³⁰.

Aquí repasa cómo en el Antiguo Testamento, y luego en particular con la encarnación de Jesucristo, esta categoría de predilección e identificación con los pobres es parte central de la Revelación (18 a 22), para concluir con Francisco que “*de nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad*” (23). En sucesivos puntos (24 a 34), repasa la importancia en toda la Biblia de esta “debilidad” de Dios y la respuesta que implica para nosotros, recordando que no sirve un culto sin misericordia ni la fe sin obras, como bien lo enseñaron los profetas, los evangelios y las cartas apostólicas. Todas estas palabras “*fuertes y claras del Evangelio deberían ser vividas*” – dice con Francisco – “*sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza*”. Y lo reitera luego al recordar expresamente lo que al respecto se escribe con dureza en la carta de Santiago¹³¹: “*¡Qué fuerza tienen estas palabras, aunque prefiramos hacernos los sordos!*”¹³².

¹³⁰ Simplemente decir que lo que hace León XIV, de reafirmar categóricamente la opción preferencial por los pobres en el contexto actual (profano y eclesial), es más que justo y necesario.

¹³¹ “*¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso esa fe puede salvarlo? ¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o una hermana desnudos o sin el alimento necesario, les dice: ‘Vayan en paz, caliéntense y coman’, y no les da lo que necesitan para su cuerpo? Lo mismo pasa con la fe: si no va acompañada de las obras, está completamente muerta’ (St 2, 14-17). ‘Su oro y su plata se han herrumbrado, y esa herrumbre dará testimonio contra ustedes y devorará sus cuerpos como un fuego. ¡Ustedes han amontonado riquezas, ahora que es el tiempo final! Sepan que el salario que han retenido a los que trabajaron en sus campos está clamando, y el clamor de los cosechadores ha llegado a los oídos del Señor del universo. Ustedes llevaron en este mundo una vida de lujo y de placer, y se han cebado a sí mismos para el día de la matanza’ (St 5, 3-5)*”.

¹³² Cita a Francisco en una de sus expresiones (muy “franciscana”... en cuanto a la *sine glossa*) más claras sobre... la claridad tremenda de la Biblia en este tema: “*Lo que dice la Palabra revelada ‘es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo. La reflexión de la Iglesia sobre estos textos no debería oscurecer o debilitar su sentido exhortativo, sino más bien ayudar a asumirlos con valentía y fervor. ¿Para qué complicar lo que es tan simple? Los aparatos conceptuales están para favorecer el contacto con la realidad que pretenden explicar, y no para alejarnos de ella’*” (31).

■ En el **capítulo tercero** se adentra en la “*Iglesia pobre y para los pobres*” (35)¹³³ y cómo esa definición se manifestó en ella en todo tiempo y forma. Lo hace recordando la centralidad por presencia, cercanía y servicio que tenían los pobres en las comunidades primitivas –“*verdadera riqueza de la Iglesia*”– (37 y 38), lo que claramente enseñaron los Padres de la Iglesia (39 a 48)¹³⁴, la expresión en el histórico cuidado de los enfermos (49 a 52), cómo se testimonió la solidaridad con los pobres y peregrinos en la vida monástica (53 a 58), en la liberación de los cautivos¹³⁵ (59 a 62), en las órdenes mendicantes (63 a 67), en la educación a los pobres (68 a 72), y en el acompañamiento a los migrantes (73 a 75). Cierra este capítulo elocuente sobre la constante respuesta histórica de la Iglesia al mandato divino de amor al prójimo necesitado hasta llegar al presente, refiriéndose a testigos plenos de esta llamada en el siglo XX, como la madre **Teresa de Calcuta** (76 a 79). Cabe destacar que culmina este importante repaso histórico eclesial reivindicando en el tiempo presente “*los movimientos populares*” (80 y 81), dándole respaldo y proyección mayor a una realidad incorporada por el magisterio de Francisco y que, así retomada, pasa a tener peso estructural magisterial. Aquí cita¹³⁶ y agrega expresiones propias en absoluta sintonía con Bergoglio.

■ En el **capítulo cuarto** enmarca las enseñanzas referidas a los pobres desde “*el siglo de la Doctrina Social de la Iglesia*”. En el breve repaso ejemplificativo sobre la importancia que en la DSI ha tenido también la dignidad de quienes están en esta condición, León XIV no ha dudado en seleccionar textos con admoniciones claras y proféticas¹³⁷. Así, tras señalar que la DSI tiene en sí misma una “*raíz popular que no se debe olvidar*”, y

¹³³ Con Francisco señala: “*Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres*” (36).

¹³⁴ Dos veces usa en esta parte el término “justicia social” para describir el vivo sentido de cuidado del mandato evangélico en los Padres de la Iglesia...

¹³⁵ Aquí hace referencias a la cuestión de la liberación, por supuesto sin agotar semejante tema, pero validando algunas formas concretas de entenderla, más allá de no limitarse a ellas: “*Desde los tiempos apostólicos, la Iglesia ha visto en la liberación de los oprimidos un signo del Reino de Dios. Jesús mismo, al iniciar su misión pública, proclamó: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos’ (Lc 4, 18)*” (59); “*La liberación de los cautivos era expresión del amor trinitario: un Dios que libera no solo de la esclavitud espiritual, sino también de la opresión concreta*” (60); “*La caridad cristiana, cuando se encarna, se convierte en liberadora. Y la misión de la Iglesia, cuando es fiel a su Señor, es siempre proclamar la liberación*” (61).

¹³⁶ Cita lo que Francisco denunciaba como *imperio del dinero*, por un lado, y el *torrente de energía moral* que atribuía a la incorporación de los excluidos, por otro: “*Estos líderes populares saben que la solidaridad ‘también es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del imperio del dinero’ [...]. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia*”. “*Cuando las distintas instituciones piensan en las necesidades de los pobres, se requiere ‘que incluyan a los movimientos populares y animen las estructuras de gobierno locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que surge de la incorporación de los excluidos en la construcción del destino común’*. Los movimientos populares, efectivamente, nos invitan a superar ‘esa idea de las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres, pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos’” (81).

¹³⁷ Vale la pena detenerse en los textos que quiso seleccionar –pues, por el tema y las amplias fuentes, los que podía tomar eran muy numerosos y variados, numerosos con otro cariz–, y advertir la común contundencia presente en todos ellos, mostrando un posicionamiento fuertemente crítico y de denuncia ante las estructuras dominantes presentes.

que “se reconoce nuevamente que la realidad se ve mejor desde los márgenes y que los pobres son sujetos de una inteligencia específica, indispensable para la Iglesia y la humanidad” (82), comienza nombrando la encíclica *Rerum novarum*, en la que “León XIII afrontó la cuestión del trabajo, poniendo al descubierto la situación intolerable de muchos obreros de la industria, proponiendo la instauración de un orden social justo”. Pasa luego a san Juan XXIII con *Mater et Magistra*, para recordar (hoy como ayer) que “los países ricos no podían permanecer indiferentes ante los países oprimidos por el hambre y la miseria, sino que estaban llamados a socorrerlos generosamente con todos sus recursos” (83).

Por supuesto, no faltan referencias al Concilio Vaticano II, que “representa una etapa fundamental en el discernimiento eclesial en relación a los pobres”. Cita el radiomensaje de san Juan XXIII a un mes de la apertura del Concilio: “La Iglesia se presenta como es y como quiere ser, como Iglesia de todos, en particular como la Iglesia de los pobres”. Y cierra este punto León XIV diciendo que “se perfilaba de ese modo la necesidad de una nueva forma eclesial, más sencilla y sobria, que implicase a todo el pueblo de Dios y a su figura histórica. Una Iglesia más semejante a su Señor que a las potencias mundanas, dirigida a estimular en toda la humanidad un compromiso concreto para resolver el gran problema de la pobreza en el mundo” (84). También rescata expresamente que “en la constitución pastoral ‘*Gaudium et spes*’, actualizando la herencia de los Padres de la Iglesia, el Concilio afirmó con fuerza el destino universal de los bienes de la tierra y la función social de la propiedad que deriva de ello”. Y concluye el punto diciendo que “esta convicción fue impulsada nuevamente por san Pablo VI en la encíclica ‘*Populorum progressio*’, donde leemos que nadie puede considerarse autorizado a ‘reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad cuando a los demás les falta lo necesario’” (86).

De san Juan Pablo II recuerda que su magisterio es el que ha reconocido la opción por los pobres como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”, y continúa citando la encíclica *Sollicitudo rei socialis*.

Tras mencionar a Benedicto XVI en *Caritas in veritate* (88), concluye con Francisco (89), recordando su procedencia de una Iglesia como la latinoamericana, donde se desarrolló un compromiso y reflexión clarificadora por vivir y conmoverse ante “el drama de la gran mayoría de sus fieles”, con testimonios que llegan hasta el martirio, como el recordado san Óscar Romero, arzobispo de El Salvador. “Yo mismo –agrega León XIV–, misionero durante largos años en Perú, debo mucho a este camino de discernimiento eclesial, que el Papa Francisco ha sabido unir sabiamente al de otras Iglesias particulares, especialmente las del Sur global”.

Aquí el papa León XIV decide, tal vez para que no queden dudas de lo importante y relevante aportado por Francisco en la materia, subrayar “dos temas específicos de este magisterio episcopal”: las “estructuras de pecado que causan pobreza y desigualdades extremas” (90 a 98) y “los pobres como sujetos” (99 a 102). Elige destacar y detenerse en este tema tan desarrollado por Francisco con dos de los planteamientos más profundos y “escandalosos”¹³⁸ de su antecesor. No es raro entonces que aquí tengamos

¹³⁸ Con este término nos referimos al uso que le daba Cristo cuando denunciaba el “escándalo” que

citas textuales particularmente “fuertes”, que León XIV –a propósito– no ha querido que se pierdan entre otras, rescatándolas y reasumiéndolas magisterialmente¹³⁹. Y aquí también hace muchos de sus propios añadidos fuertes que mencionaremos luego.

Resulta emblemático –o mejor, paradigmático– que cierre el tratamiento de esta primera cuestión central de Francisco con una cita de un documento muy citado en los 80 a propósito de estas cuestiones y los planteamientos que surgían desde la llamada Teología de la liberación: nos referimos a *Libertatis nuntius* (1984), de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuyo prefecto era entonces el cardenal **Joseph Ratzinger**. De esta famosa instrucción elige transcribir (textualmente, realzando su contenido) un expresivo punto “distinto” que “*nos ofrece una reflexión siempre actual*”: “*A los defensores de ‘la ortodoxia’, se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y de los regímenes políticos que las mantienen. La conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, son requeridos a todos, y especialmente a los pastores y a los responsables. La preocupación por la pureza de la fe ha de ir unida a la preocupación por aportar, con una vida teológica integral, la respuesta de un testimonio eficaz de servicio al prójimo, y particularmente al pobre y al oprimido*”¹⁴⁰. Huelgan los comentarios adicionales...

El segundo punto que León XIV quiere tratar del magisterio de Francisco es el ya mencionado de los pobres como sujetos¹⁴¹. Este tema es importante por tres cuestiones sobre las que nos detendremos brevemente, porque están profundamente imbricadas con lo que queremos mostrar en estas páginas.

La primera es por lo que rescata en sí, por el profundo valor que tiene el pobre en nuestra fe y para el mundo (no menor frente a una cultura del desprecio, la deshumanización, la

provocaban sus enseñanzas en fariseos, escribas y doctores de la Ley, poderosos de su época.

¹³⁹ En el punto 91, lo cita haciendo referencia al “*compromiso para ‘resolver las causas estructurales de la pobreza’, y llevarlo a cabo urgentemente. Hago votos, por lo tanto, para ‘que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo’*”. En el 92, expresa que, “*por lo tanto, es preciso seguir denunciando la ‘dictadura de una economía que mata’ y reconocer que ‘mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargados de velar por el bien común. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas’*”. En el 93, cita *Dilexit nos*, donde “*el Papa Francisco ha recordado cómo el pecado social toma la forma de ‘estructura de pecado’ en la sociedad, que ‘muchas veces [...] se inserta en una mentalidad dominante que considera normal o racional lo que no es más que egoísmo e indiferencia. Este fenómeno se puede definir ‘alienación social’*”. En el 94, recuerda que “*la falta de equidad ‘es raíz de los males sociales’. En efecto, ‘muchas veces se percibe que, de hecho, los derechos humanos no son iguales para todos’*”.

¹⁴⁰ La última parte de este punto de la instrucción transcrito por León XIV también es citada textualmente por Francisco en *Evangelii gaudium*, 194.

¹⁴¹ Anteriormente, ya había citado a Francisco haciendo referencia a esta cuestión en lo sociopolítico, pero León XIV no solo lo hace propio, sino que agrega que es aplicable también a la Iglesia: “*Si los políticos y los profesionales no los escuchan, ‘la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino’. Lo mismo se debe decir de las instituciones de la Iglesia*” (81).

indignidad y el descarte), lo que nos permite entender y “*considerar a las comunidades marginadas como sujetos capaces de crear su propia cultura, más que como objetos de beneficencia. Esto implica que dichas comunidades tienen el derecho de vivir el Evangelio, de celebrar y comunicar la fe según los valores presentes en su cultura*”.

La segunda porque reafirma la validez universal de una visión teológica desarrollada principalmente en América Latina que es la Teología del pueblo, que precisamente surge y revalida la profunda relación entre evangelización, cultura y pueblo, donde no solo hay *semillas* sino también *frutos* del Verbo. Es una temática importante de nuestra fe (que incluye, por ejemplo, la cuestión central de la inculturación), aunque extensa para abordar, pero León XIV no solo la rescata, sino que sabe señalar y validar sus aspectos nodulares en referencias concisas y precisas: “*La experiencia de la pobreza les da la capacidad para reconocer aspectos de la realidad que otros no son capaces de ver, y por esta razón la sociedad necesita escucharlos. Lo mismo vale para la Iglesia, que debe valorizar positivamente la manera ‘popular’ que ellos tienen de vivir la fe*”. Por eso cierra esta parte de la exhortación recordando con Francisco (hijo dilecto de esta teología) que “*aparece claramente la necesidad de que ‘todos nos dejemos evangelizar’ por los pobres, y que todos reconozcamos ‘la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos’*”.

Pero hay una tercera cuestión que debemos señalar aquí: León XIV continúa en la línea del paradigma teológico del Concilio Vaticano II, que toma como punto de partida un método no deductivo y atemporal, sino histórico, social y cultural¹⁴². Sobre esta cuestión, en la que no nos vamos a detener, sí podemos decir que fue aprehendida y desarrollada claramente por la Iglesia latinoamericana posconciliar. De hecho, el “ida y vuelta” entre la Iglesia universal y la latinoamericana del concepto de ‘opción preferencial por los pobres’ es un claro ejemplo de esto. Pero lo que aquí quisiéramos resaltar es que esta naturalidad con que el magisterio de Francisco advertía las cuestiones centrales (signos de los tiempos) del presente para iluminarlas desde la Buena Nueva es continuado como método y hermenéutica de fondo por León XIV. Eso se ve claro en el actual Papa en la explicación de la elección de su nombre, y se manifiesta también al resaltar esta cuestión de nuestra fe que aquí tratamos y que sigue presente en la realidad de los pueblos y del mundo.

»

El marco que vivió Bergoglio antes de ser elegido Papa es lo que un teólogo¹⁴³ reconocido y apreciado por Francisco denominaba “la irrupción del pobre” en la sociedad y en la conciencia histórica latinoamericana y de su Iglesia. En ese marco, se despliega parte sustancial del enfoque que las conferencias episcopales latinoamericanas aportan al magisterio y que encuentran en Francisco la confirmación de la madurez y universalidad de muchos de sus planteamientos, tanto de forma como de fondo. León XIV reconfirma estas aportaciones. Pero, además, dada las circunstancias actuales, reafirma como hemos

¹⁴² Hay una lectura histórica de la realidad, en sintonía con una fe sustentada en la Encarnación, que implica la revalorización de la categoría dinámica y múltiple de relación sobre la de sustancia.

¹⁴³ Juan Carlos Scannone, sacerdote jesuita argentino y una de las principales figuras de la ya mencionada Teología de la cultura y el pueblo. Sobre este término de “irrupción del pobre”, el autor señala que, en la realidad latinoamericana, “pobres los hubo allí siempre, y siempre se dio la opción evangélica por los pobres en la comunidad cristiana, pero la novedad, comparable con una ‘irrupción’, consiste en la fuerte toma de conciencia de la injusticia estructural que es causa de la pobreza, y en el ‘hecho mayor’ del correspondiente protagonismo actual de los pobres en la sociedad y la Iglesia”.

visto que el pobre no solo es objeto de la evangelización, sino sujeto histórico y teológico, digno protagonista y evangelizador. Esta cuestión que puede parecer abstracta no lo es para nada en un mundo donde se acentúa la concentración desproporcionada de las riquezas y, con esta grave degeneración, se promueve una relativización y marginación del pobre¹⁴⁴, negando la revalorización ontológica que desde siempre hace el cristianismo –y la sociopolítica y cultural que la acompaña–, y que fue “visualizada” y desplegada con un sustancial y especial aporte e hincapié por la experiencia eclesial latinoamericana como hemos visto.

“La pregunta recurrente es siempre la misma: ¿los menos dotados no son personas humanas? ¿Los débiles no tienen nuestra misma dignidad? ¿Los que nacieron con menos posibilidades valen menos como seres humanos, y solo deben limitarse a sobrevivir? De nuestra respuesta a estos interrogantes depende el valor de nuestras sociedades y también nuestro futuro” (95).

■ El capítulo quinto (103 a 114) reafirma la centralidad de este tema como “*un desafío permanente e ineludible para la Iglesia de hoy*”, recordando la parábola del buen samaritano que en “*Fratelli tutti*” el Papa Francisco nos invitaba a reflexionar”. Transcribe de su antecesor: “¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?”. Y concluye León XIV: “*Las últimas palabras de la parábola evangélica –‘Ve, y procede tú de la misma manera’ (Lc 10, 37)– son un mandamiento que un cristiano debe oír resonar cada día en su corazón*”.

Para cerrar este repaso ordenado de las ideas fuerza que León XIV desarrolla en su exhortación, señalemos que el Papa termina su providencial texto con una referencia sabia y práctica a la vez, necesaria, profundamente acertada. Titula los últimos puntos (115 a 121) *Aún hoy, dar*. Allí recuerda y reafirma que siempre es válida y asequible la posibilidad de ayudar concretamente a través de la limosna, sin que contradiga otras obligaciones y responsabilidades. “*Es evidente, para quien ama de verdad, que la limosna no exime de sus responsabilidades a las autoridades competentes, ni elimina el compromiso organizado de las instituciones, y mucho menos sustituye la lucha legítima por la justicia*”, pero esto no quita valor ni relativiza la obligación concreta de dar un auxilio puntual a quien lo necesita ahora y está ante nosotros: porque así lo enseña la Biblia como algo que agrada a Dios, porque es ejercicio práctico de la caridad, porque responde de manera concreta e inmediata a la necesidad y dignidad del prójimo, porque posibilita acercarnos al pobre que se encuentra con nosotros en el camino.

Y concluye el último punto ofreciendo una “hoja de ruta” para practicar ese auxilio con quien nos necesita: todo es válido, cada cual de acuerdo al lugar, posibilidades y vocación a la cual está llamado, pero no dejemos nunca de dar la mano que se le debe al prójimo,

¹⁴⁴ Y esos pobres de “inferior categoría”, sin derechos, pueden ser al final todos los que no pertenezcan a las minorías más pudientes o encumbradas, abarcando a muchos que hoy se creen superiores, superados y seguros: lo que creen lejano y para otros –a los que miran con desdén– puede alcanzarlos fácilmente en un mundo donde la tendencia sea que solo califica la disponibilidad y el poder del dinero.

sea de forma pequeña o estructural, y hacerlo “*ya sea a través del trabajo que ustedes realizan, o de su compromiso por cambiar las estructuras sociales injustas, o por medio de esos gestos sencillos de ayuda, muy cercanos y personales*”: como sea, que nunca se nos pase practicar al menos alguna de ellas.

Adenda: León XIV ‘dixit’

Más allá de la claridad de su exposición, cuya estructura repasamos y en la que queda evidenciado lo que señalábamos al principio sobre la solidez y precisión con que aborda el tema y el magisterio de su antecesor, las intervenciones propias de León XIV llaman la atención por su elocuencia y expresa claridad, y no dejan lugar a dudas sobre lo que desea transmitir. Para que cada uno juzgue lo que afirmamos, porque facilita el advertir su fuerza, y a fin de brindarlo de manera diáfana, instamos a una lectura detallada del documento, con especial atención a los siguientes puntos que hablan por sí solos: 7, 9, 10, 11, 14, 15, 17, 23, 39, 40, 42, 43, 45, 48, 57, 63, 72, 75, 80, 82, 92, 93, 94, 97, 108, 109, 112 y 114.

☆ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

Jugando en el tobogán de la vida

**“Cuando era niño, razonaba como niño;
cuando llegué a ser hombre, dejé las cosas de niño”... (Cf. 1 Cor 13,11)**

Era una tarde de verano, de esas en que el cielo parece pintado de ilusiones. Caminaba al lado de su papá rumbo al parque, con las zapatillas desatadas y la imaginación corriendo más rápida que sus pies.

Apenas llegaron, miró a su alrededor. El parque estaba lleno de niños, columpios que se mecían, risas que volaban como mariposas. Pero allí, cerca de la arboleda, se alzaba algo especial: un gran tobogán circular y cerrado, como un gusano gigante dormido en espiral.

—¡Es perfecto!..., musitó

El tobogán era como un túnel mágico. Tenía paredes de plástico azul oscuro, curvas por todos lados, y solo una pequeña entrada por arriba y una salida por abajo. Desde fuera, no se podía ver lo que pasaba dentro.

Se acercó despacito, como un explorador en la jungla.

—Papá, ¿jugamos al escondite? Tú, ya sabes, a buscarme...; a ver si me encuentras.

De un salto, subió los escalones del tobogán. El interior era fresco y oscuro, con la música de su propia respiración. Avanzó hasta una de las curvas y se acurrucó allí, en silencio, sonriendo con emoción.

—¡Mi papá no me va a encontrar!, pensó.

Dentro del tobogán, se sentía como en una cueva secreta. Podía escuchar los pasos de afuera, las voces, el viento moviendo las hojas... y el monólogo de su padre. El escondite era perfecto, pero empezaba a notar que se había encerrado en mundo solitario...

Entonces una vocecita conocida se coló por el tubo:

—Estoy aquí cerca. No te preocupes, sé que has hallado un escondite genial. Solo quería decirte que cuando quieras, te estoy esperando con los brazos abiertos.

Nuestro amigo constató que su papá siempre sabía qué decir, incluso sin verlo. Riendo se satisfacción, se dejó caer por el tobogán. Las curvas lo hacían girar como en una montaña rusa. Y apareció disparado por la salida, directo a los brazos de su padre.

—¡Te encontré!

—¡Pero yo salí solo! —insinuó el muchacho, que no podía dejar de reír.

—Entonces los dos ganamos —dijo con aplomo el padre.

Se sentaron sobre el césped, compartiendo una botella de agua y una manzana. —¿Sabes? A veces, los mejores escondites no son los que están más lejos, sino los que nos hacen sentir seguros.

Esa tarde jugaron un rato más. Se escondió otras veces, y su papá lo buscó con los ojos, pero siempre lo encontró con el corazón.

Y desde ese día, el tobogán circular no fue solo un juego. Fue su cueva mágica, su nave espacial, su escondite favorito. Pero sobre todo, fue el lugar donde aprendió que siempre hay alguien que te espera con los brazos abiertos.

Quiero apuntar con una señal indeleble la parábola que hoy ha sucedido. El niño no tiene nombre, puede ser cualquier persona; el padre, el papá es Dios que nos espera siempre y acoge con los brazos abiertos.

¡Un maravilloso encuentro en el mágico tobogán, en el parque de la vida!

Isidro Lozano

